

MISTERIOS DE LA LOCURA

NOVELA CIENTÍFICA

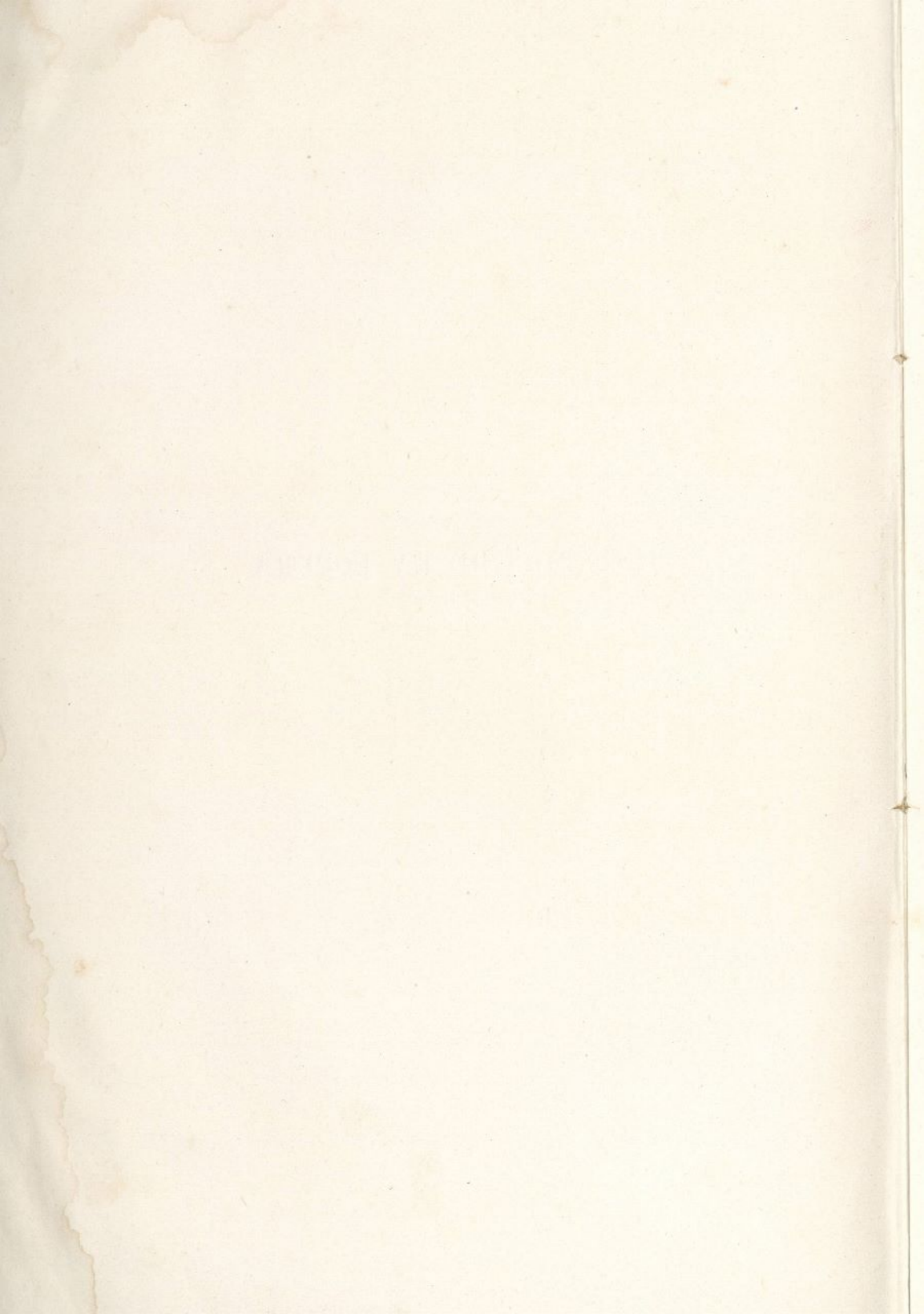
POR EL DOCTOR

J. GINÉ Y PARTAGÁS

ILUSTRACIÓN DE P. ERIZ

Precio: 5 pesetas.

MISTERIOS DE LA LOCURA



HENRICH Y C^{IA} EN COMANDITA — EDITORES

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C^{IA}

MISTERIOS DE LA LOCURA

NOVELA CIENTÍFICA

POR EL

DR. JUAN GINÉ Y PARTAGÁS

Catedrático de la Facultad de Medicina de Barcelona,
Médico-director
del Manicomio NUEVA-BELÉN

ILUSTRACIÓN DE PEDRO ERIZ



BARCELONA — 1890

IMPRENTA DE HENRICH Y COMP^{IA} EN COMANDITA

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y COMP^{IA}

Pasaje de Escudillers, núm. 4.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

MOTIVO, OBJETO Y FIN DE ESTE LIBRO

Así como el cósmico, contiene el mundo moral agentes muy perniciosos.

El *error* es una potencia infectante: un virus, que no tan sólo intoxica al individuo, sino que impide el desarrollo de las colectividades.

El error es mucho peor que la *ignorancia*. Esta es pasiva: la negación de un gran bien. La instrucción la combate.

El error es maligno y además contagioso y frecuentemente hereditario. Lejos de ceder á la luz, opone tenaz resistencia.

Siendo sombra la ignorancia, el error es una pantalla, que, en vez de refringir, repele los rayos de la ciencia.

Hay errores crónicos y á la vez pandémicos. Pertenece á esta clase el concepto vulgar de la locura.

Por la equivocada idea que el vulgo tiene de la

locura, el *loco* ha padecido mucho,... y aún le toca padecer otro tanto.

Es una injusticia no esforzarse en disipar esas tinieblas, cuando en los libros de la ciencia hay caudales de luz.

El final objeto de este trabajo es sustraer á los rigores de la didáctica y á los desabrimientos del tecnicismo la noción verdadera de la enfermedad mental, para popularizarla, revestida de formas tan atractivas y amenas como lo consiente la gravedad é importancia del asunto.

Así y todo, para sacar provecho de esta obrita, se requieren de parte del que la honrare con su atención, los siguientes requisitos:

1.º Espíritu de investigación de la realidad en lo ideal, así como de lo ideal en la realidad;

2.º Despreocupación del ánimo que preserve de *púdicos convencionalismos*, propios tan sólo de adolescentes y de la gran neuropatía del sexo femenino. Tal impresionabilidad, en cualquier otro caso, es *pura mogigatería*, que no se armoniza con un mediano desarrollo del encéfalo, ni haría el elogio de un regular cultivo de la inteligencia; y

3.º Cierta ilustración en materias biológicas y antropológicas, que podrá ahorrar al lector la pena de acudir con frecuencia á las *Notas Explicativas*.

¡Conoced al loco, compadecedle, cuidadle y tratemos de curarle!

J. G. y P.

Barcelona 11 de Febrero de 1890.

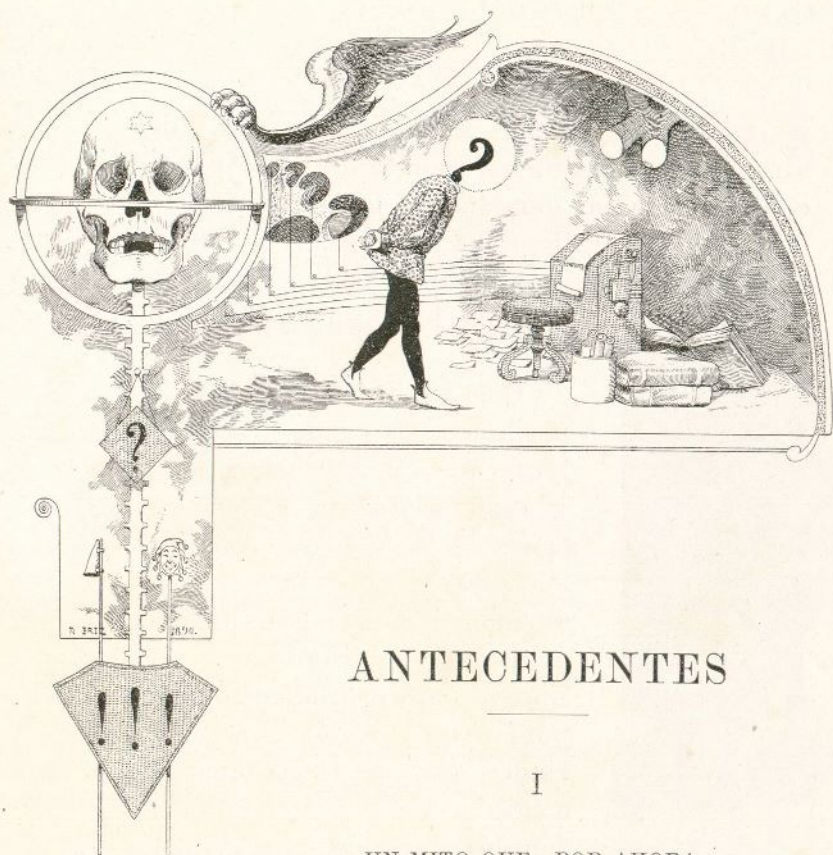
MEMORIAS DE ULTRAFRENIA ¹

ANTECEDENTES

Lo bello es tan útil como lo útil;
lo útil es tan bello como lo bello.

V. Hugo.





ANTECEDENTES

I

UN MITO QUE, POR AHORA,
LE VENDRÁ AL LECTOR UN TANTO HOLGADO

Como á buen pagador, diz, no le duelen prendas, daré á conocer las mías.

Vine de allá muy acontecido y quebrantado. Moraba en el centro de la gran ciudad y vivía holgado con mis bien ordenados negocios. Era

mi casa, aun cuando antigua, cómoda, bien aireada y profusamente alumbrada. Ocupaba el chaffán á mano derecha de la encrucijada de la *Conciencia*, saliendo á la calle de la *Libertad moral* y con vistas amplísimas á la de la *Voluntad* y al inmenso jardín de los *Deseos*.



Gozaba de todo lo que honestamente le es permitido á un joven de buenos sentimientos y esmeradamente educado al calor de la familia. Asistía á los espectáculos ópticos, sin darme más pena que asomarme á dos grandes tragaluces rectilíneos, entrecruzados ², que me ponían en relación con los variados campos retinianos; me solazaba en las armonías del sonido y me encantaban los prodigios del lenguaje, porque, á beneficio de bien entendidas comunicaciones telefónicas, hallábame incesantemente enlazado con los laberínticos ³ senderos y plazoletas de la *Acústica*, así como con el *eje* y las enroscadas *escalas* del *caracol*, en donde apenas para de funcionar el admirable cuanto primoroso *Órgano de Corty*.

El hermoso *sol de Rydley* ⁴, derramándose

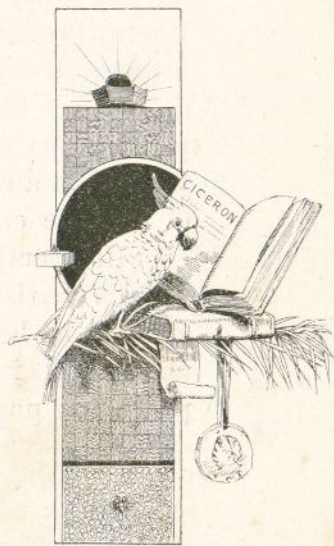
por los dilatados ámbitos é intrincadas regiones de la urbe encefálica, vibraba hacia mi casa sus rayos más esplendentes y, con ellos, los portentos de las ideas y juicios, los engranajes y filigranas de los raciocinios, las kaleidoscópicas combinaciones de la imaginación, los estimulantes incentivos de los deseos y los blandos vaivenes del querer.

Y por todos lados entraban en mi morada y en mi esencia la dicha, la alegría y los placeres. La pena, la tristeza y el dolor, en sus múltiples variantes, no llegaban á mí sino como débil penumbra, tenuísimo claroscuro, para dar más realce á las festivas líneas y á los alegres tonos de los colores de la felicidad.

Deus nobis hæc otia fecit, como decía Títiro á Melibeo.

.....

Perdona, oh lector, si hasta aquí no se te ha presentado de manera definida el sujeto que rige las oraciones que preceden. Imagina, para pensar piadosamente, que se trata de un personaje tan discreto, que, hasta el presente, no ha estimado oportuno exhibirse con su propia rea-



lidad... Ah, sí; cuanto más lo reflexiono, tanto más me convenzo de que su conocimiento sería en este instante extemporáneo, prematuro... Hasta, fundadamente, presumo que esta noción intempestiva, habría de redundar en perjuicio del interés filosófico—curiosidad—que es indispensable para que tu atención, de suyo delicada y avezada á cosas útiles, quiera sostenerse hasta el final de estos *Antecedentes*.

¿Hay, empero, urgencia de descifrar el enigma?... Satisfágase la necesidad del momento como lo ha hecho el dibujante ilustrador de esta novela, el incomparable Eriz: represéntese el postulado por un signo de interrogación.



II

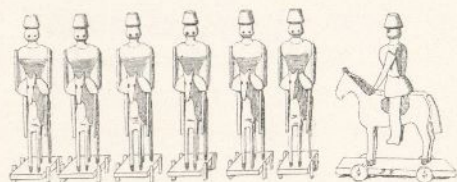
DE NIÑO Á HOMBRE



UÉ encantadora es la adolescencia! Fiestas de familia, los regalos de mi padre, el cariño de mi madre, las finezas de mis tías;... todo se dedicaba á mí... Unico vástago, y vástago masculino, de una familia numerosa y acomodada... ¿á quién se había de querer?

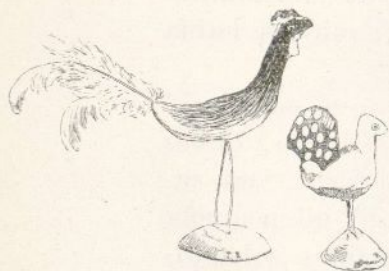
Mis tiempos infantiles, ¡qué embeleso! Ferias de santos, Navidad, Año Nuevo, Reyes Magos, *Corpus Christi* y Pentecostés;... mi salón de jugar, contiguo al jardín, mi pequeña leonera de niño, trocábase en tales solemnidades en bazar de juguetería y estante de dulcería. Mi cuadra tenía tal surtido de caballos de

cartón y aun de madera, con crines y colas al natural, que no lo hubiera más numeroso y



variado en las caballerizas de un príncipe de carne y huesos. Y ocurría, que los caballos más añejos eran más disminu-

tos que los más recientes: á proporción que crecía mi estatura, eran de mayores proporciones y de mayor riqueza los regalos nuevos. No hablo de los ejércitos de madera, plomo, estaño y cobre; ni de la artillería de bronce, que disparaba con pólvora sola, produciendo estampidos que alarmaban al vecindario; ni de los castillos, fuertes y ciudadelas, en montañas y en llanuras; ni de



los santos, custodias, sagrarios, floreros, capillas y casullas — estas últimas de papeles de diferentes colores, según las prescripciones del Ritual, con vivos de oro ó plata y ramajes aplicados; — ni tampoco de las colecciones zoológicas, mansas unas y feroces otras; ni, en fin, de los cromos, zootropos

y cajas de patos, gansos y peces imantados, con su correspondiente vasija, para ensayarse en la natación,... porque aquello era el cuerno de Amaltea: una bendición de Dios.

Yo era el santo, mis parientes me colmaban



de *ex-votos*, á trueque de recibir de mis labios una sonrisa ó un par de besos, los que, decían, sabía administrar con incomparable gracia.

Hasta que hube cumplido ocho años, no concurrí á la escuela. Mi buen padre me había enseñado á deletrear y á trazar los rasgos

elementales de la escritura. El maestro, carísimo, no tenía más que lisonjas para mi comportamiento y se hacía lenguas de mis progresos, primero en la lectura y caligrafía, después en gramática y aritmética, y luego alabó mi retentiva para los nombres y fechas de la Historia. Ocupaba siempre los puestos más distinguidos de las aulas, y en exámenes obtuve constantemente las notas más elevadas y diploma de honor.

Con tan plausibles auspicios, pisé los umbrales de la Universidad. No me impacientaban las largas explicaciones de los catedráticos. Iba siempre con la lección bien aprendida, porque era fácil mi memoria y no obtusa mi comprensión; continué siendo el estudiante mimado; á pesar de lo cual, tuve la fortuna de jamás malquistarme con ninguno de mis condiscípulos; con quienes, al salir de las clases, compartía, gustosísimo y rebosando alegría, las tareas de saltar, correr, tirar la pelota y aun embromar viejas en la calle.

.
Lo tengo bien presente:... era el día 28 de Octubre de 186... cuando recibí el grado de Bachiller. *Némíne discrepante*, decía el diploma, que poco después me puso en la mano el secretario del Instituto. Aquel día, el 28 de Octubre, me tenté el cuerpo; sentí en mi pecho un hervor

inusitado; percibí los latidos de mi corazón; acerquéme al espejo y vi bozo en mi labio. «Ya soy hombre», dije en alta voz, con todo y hallarme solo en mi gabinete.

¡Tenía quince años! En realidad era un mozo, pero me sentía un hombre.



III

FUEGO EN LA MECHA.

ESCARCEOS EN LOS MARES DE CUPIDO



o tenía formada vocación ni para la carrera del Derecho, como deseaba mi padre, ni para la de Medicina, según anhelaba mi madre,— ansiosa de tener á su lado quien, con tanta solicitud como saber, cuidase de sus entrevesados nervios, que la traían maltrecha desde muchos años, con jaquecas, gastralgias, hipocondrías y convulsiones,—ni, en fin, para la Iglesia, como solicitaban mis seráficas tías, solteronas de toda vocación y muy dadas á la devota tarea de vestir imágenes. Hubo consejo de familia, y de resultas, quedó convenido que fuese á robustecer mi organismo y á buscar inspiraciones

espontáneas en la campiña. Era una muy prudentísima tregua que se otorgaban mis parientes, para preservarse de una guerra intestina, que ya estuvo á pique de estallar y que, de



llegar el caso, hubiera sido sañuda, ya que no sangrienta, habida razón de los arañazos.

Poseía mi padre una magnífica casa de campo — procedente de herencia colatoria — con

mucho viñedo, campos de pan llevar, huerta y floresta, á orillas del Gayá, en el término municipal de P. de A., próxima al histórico Monasterio de Santa Cruz; y

era también suyo — de mi padre — el colono de la hacienda, quien á su vez tenía dos hijas: Angela y Rosa, de veinte abriles aquélla y de catorce ésta.



Descabalgando de la mula que me había traído á la alquería desde la estación del ferrocarril, hubo de tocar mi mano en el antebrazo desnudo, fresco y fino de Rosita. Era la primera vez que mi piel tocaba en piel de mujer, como no fuesen los pergaminos de mis amadas madre y tías. Aquella suavidad, aquel frescor tegumentarios, determinaron en mi naturaleza, de suyo nerviosa é impresionable, efectos hipertérmicos muy marcados y hasta entonces para mí desconocidos. Una llamarada ardiente, pero agradable, recorrió todas mis venas; sentí en mi pecho latidos insólitos; anubláronse mis ojos... No sé lo que pasaría en el cuerpo de Rosita: el caso fué que asomaron al punto otros dos de color de fuego en sus mejillas y vivísimos carmines en sus labios.

El tiempo lo era de vendimia. No había yo visto el activo trasiego de las viñas: quedéme admirado de tanta alegría en los hombres y de tanta expansión y abundancia en la Naturaleza. No sé cómo fué; pero dióse el caso de que mi compañera de faena — la de coger racimos — fué la bella Rosita. Los dos en una misma tira, los dos en una misma cepa, los dos siempre en un mismo racimo. Así hubieron de chocar — por supuesto, sin pensarlo ni quererlo, — nuestros dedos, después nuestras frentes, luego nuestras mejillas y, al fin, nuestros labios.

— ¡Esto es moscatel! — dije yo, encantado del aroma de aquella osculación.

— ¡Esto es garnacha! — dijo ella, por el dulzor que le encontró.

Había gente, y no ocurrió más novedad que cinco reiteraciones furtivas de catar yo el moscatel y la garnacha ella.

Riqueza alcohólica tendría el mosto de las uvas que comimos aquella tarde, cuando Rosita y yo resultamos embriagados, ella de mí y yo de ella, y alguna tontería ostensible debió escurrírsenos á ambos, al regresar, en alegre comitiva de vendimiadores de ambos sexos, al son de la dulzaina y entre chillidos y cantos,

á las siete de la noche, cuando la mayor, Angelita, tuvo que decirle á su hermana:

— Ven acá tú, poca pena.

Rosita encogióse de hombros, fué al lado de su hermanita y, con imperceptible mímica, me dijo:

— Chitón, y hasta luego.

Al llegar á la alquería, ya estaba puesta la



mesa, en la que humeaba una gran cazuela de gazofia, compuesta de coles, patatas, calabaza y cebollas; brillaban en ambos lados del gran recipiente culinario, una docena de plateadas sardinas saladas, de cabeza de oro y cola de azabache, en muestra de envidiable longevidad en la despensa y de su larga ausencia del casco de su primitivo envase.

Muy á pesar mío, no pude sentarme al lado de Rosita: Angelita había conseguido su propósito de colateralizar conmigo, valiéndose del pretexto de mandar por vino á la menor.

He de confesar que tardé poco en sentirme consolado, no sé si del alejamiento de Rosita ó de la contigüidad de Angela. Mi naciente sentido erótico hízome ver desde luego que, si aquélla era robusto capullo de la selva, ésta era una flor espléndida, de las de las plantas monocotiledóneas, monosépalas, monopétalas, monoginias y monandrias, cuyo esbelto y mórbido estambre estaba coronado, cual si fuese oscilante colosal antera, por una cabeza lindísima, adornada de dorados bucles é ilustrada con unos ojillos de ultramar, más nítidos que semáforo en noche de invierno destituída de luna, rayos y estrellas.

Como se ve, hacía aplicaciones provechosas de los conocimientos de Botánica taxonómica, adquiridos en el Instituto.

Angelita, á mi lado, hacía dos cosas: me miraba — ¿qué digo me miraba?... me asaeteaba con sus miradas — y á modo de riquísima pantalla, me preservaba de los fuegos ópticos de su linda hermanita, emplazada á su izquierda. Un observador sagaz habría notado un balanceo sincrónico del cuerpo de las dos hermanas, y heterocrónico respecto del mío. Angelita aún hacía más... ¿Qué hacía?...



No lo diré, porque lo que ella y yo hacíamos, no lo hacíamos con las manos... Cualquiera podrá presumir qué clase de devoción movía nuestros pies.

El colono, el buen Pedro, preguntó por mi padre, por mi madre, por mi tía Adelina y por mi tía Eufrasia. Tan ocupado me hallaba en mi mímica patente y latente, que para cada pregunta sólo acertaba á encontrar la misma respuesta:

— Mi papá sigue tan bueno; gracias; me ha dado expresiones para usted.

— Mi mamá sigue tan buena; gracias; me ha dado memorias para usted.

— Tía Adelina está muy buena; mil saludos para usted.

— Tía Eufrasia está muy sana; mil recados para usted.

Así terminó la cena; diéronse gracias al Señor; hubo desfile general y yo me quedé más harto de amor que de comida... ¿Harto de amor?... dije mal: con más ganas de un más allá desconocido, que los demonios lo entendieran... Eso es la cuerda del pozo, que se desliza en las manos y las calienta, hasta dar con el repleto cubo, cuya frialdad temple el ardor del rozamiento.

Cada vendimiador fué á su candil; para las parejas, uno solo; el colono y su mujer subieron juntos al desván, y á mí me adjudicaron el dormitorio principal, central del principal. Los colaterales eran: el de la derecha, de Rosita, y de Ángela, el de la izquierda.

Iba por candil á la cocina;... en el corredor me asaltaron dos bujías: una que me ofrecía Rosita y otra que me la presentaba Ángela. Por no desairar á ninguna, tomé las dos. Abrumado por tales finezas, no sabía qué



decir: di, como supe, las gracias simultaneando.
De seguir mi impulso, rabiosamente amoroso,
me como á las dos y me las meto en el corazón.

— Buenas noches, — dije, entre fuego y granas.

— Buenas y muy santas, — repusieron al unísono las dos hermanas, con melodía tan grata, que aun se conserva en mis tímpanos.



IV

EL OBSERVATORIO GEOGRÁFICO DEL AMOR



L gabinete que me había sido designado, era una estancia espaciosa, cuadrangular y más larga que ancha. El mobiliario consistía en una cómoda, con servicio de escritorio, de nogal, con arabescos, bastante antigua, pero bien conservada; seis sillas de enea, pintadas de negro, con vivos amarillos y, en las paredes, otros tantos cuadros que representaban el martirio de Santa Filomena. En la alcoba, aparte de la pila para agua bendita, que emparejaba con un crucifijo de latón, había una cama de matrimonio, de las más holgadas, con jergón altísimo, por lo exce-

sivamente repleto, — indicio inequívoco de que no hacía mucho tiempo había pasado la época de la trilla, — y tres colchones de lana, medianamente nutridos. También eran de lana las almohadas, sazonadas con fundas, nuevecitas, de percal, color de yema de huevo, y de la misma estofa eran las cortinas, que colgaban, formando panza, de una caña, á lo largo del bastimento de la alcoba, y hasta el cubrecama, que además se presentaba exornado con flequillos de algodón blanco, dispuestos en ondas y borlitas.

Fijando mi atención en pormenores y detalles, experimenté una gran sorpresa: debajo de las almohadas había, no uno, sino dos de esas prendas vestimentarias del cráneo, que siendo prosaicas por su forma, prestan servicio de abrigo útil al par que de preservativo inestimable contra el desaliño del cabello, tan natural como casi inevitable, en quien duerme exento de cuidados y á pierna suelta. Uno se hallaba debajo de la almohada de la derecha: éste era blanco y de finísimo percal; el otro gorro, de finísima lana, era rojo, y se ocultaba debajo de la otra almohada.

No pude evitar un comentario con ribetes filosóficos: esta duplicidad de prendas *epitalámicas*, ¿era obra de una sola mano, guiada por una inteligencia sagaz y eminentemente previsora, puesto que, estando en Octubre, estación inter-

media, así podía convenir el percal como la lana, ó había que admirar la obra de dos manos—probablemente muy lindas—que habían colaborado en competencia de asiduidad y acierto, con diversidad de criterios térmicos é indumentarios?

Y otro comentario: ¿cómo habían podido entregarse á cuidados tan prolijos la una y la otra? ¿Cómo habían podido trabajar en competencia las dos hermanas, siendo así que yo no las había perdido de vista, ni ellas á mí, desde que llegué á la al-



quería hasta que regresamos de la viña?

¡Ecco il mistero!... el misterio del amor.

Faltaría á la verdad, ó no la diría entera, si no declarase que el espectáculo de los dos gorros de dormir, hizo redoblar los latidos de mi corazón y montó al punto más alto el ga-

tillo del revólver de mi amor propio de Tenorio *debutante*.

Iba á desnudarme; pero me acordé del mímico telegrama de Rosita, expedido en la viña: «Chitón y hasta luego». Yo había también mí-



micamente asentido. Reflexioné que no es de jóvenes bien nacidos faltar á una cita amorosa, y más siendo esta la primera. Permanecí vestido, apagué las velas y me puse en acecho.

La primera en entrar en el salón, diri-

giéndose á su gabinete, el de la izquierda, fué Ángela. Su primera intención, según supuse, fué enterarse de la realidad de mi sueño. Conocí el intento;... retiréme súbitamente de la puerta y me refugié en la alcoba. Empecé á roncar, y de tal modo y manera lo hice, que la joven hubo de creerme profundamente dormido.

Ni dos minutos tardé en volver á mi observatorio. Esta vez con doble objeto: presumí que el descanso nocturno de Angelita sería precedido del correspondiente *expulgamiento*; pues por sabido tenía que esta práctica es usanza rigurosa en el sexo bello. ¡También se expulgaban mis tías!

No resultó fallida mi presunción... Cayó el pañuelo de la espalda, se abrió el corsé, y, naturalmente, cayeron también sayas y enaguas... Iban á salir los casquetes de ambos polos, alumbrados por la aurora boreal de una bujía, cuando entró Rosita.

Fortuna de este cambio de escena, pues en vista de tantos portentos, yo me iba desmayando, y me hubiera desplomado con estruendo en el pavimentado suelo.

Tomó Ángela su candelero y encaminóse á su cuarto. En lugar de «Buenas noches», díjole á su hermanita:

— Chiquilla, tienes muy poca vergüenza.

Rosita no respondió. Dejó la vela en la mesa,

sentóse en la silla y, cubriéndose la cara con el pañuelo, echóse á llorar. Angela, entretanto, ya se había retirado á su dormitorio.

A mí me enternecían los sollozos de Rosita. Esperé á que se despejase la escena, y cuando pensé que la mayor se habría ya acostado, salí de mi atalaya y, de buenas á primeras, estampé un beso en las mejillas de Rosita.

Ella levantó la cabeza, alzó hacia mí sus hermosos ojos, y, ¡oh sorpresa! Rosita no lloraba: Rosita tenía en sus ardientes labios la más seductora sonrisa.

El péndulo que había en el salón dió las nueve.

— Son las nueve,
— dijo. — A las doce en el corral, junto á la puerta de la huerta. Tráete la manta de la cama.

— Al punto de la media noche estaré en el corral. Traeré la manta. Ya habrá salido la luna. Entendido... No faltaré... ¡A la cama!

Sonó leve chillido de goznes mohosos. Ambos miramos hacia la izquierda. Nada se movía.



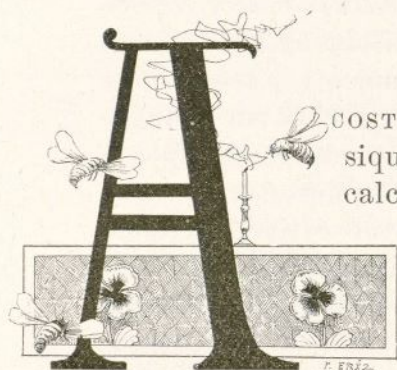
Auscultamos con atención en la puerta del cuarto de Angela y distintamente percibimos el acompasado soplo de persona durmiente.

— Era el viento, — dijimos ambos.

— Hasta pronto, — añadí yo, apretando fervorosamente la tomentosa mano de Rosita.



APLICACIÓN DE LAS ASIGNATURAS DEL
BACHILLERATO



COSTÉME é intenté buscar tan
siquiera una hora de sueño,
calculando que tiempo tendría
para acudir puntualmen-
te á la sesión, de *segunda*
convocatoria, á que me
había invitado Rosita.

Entonces dieron sobre
mí las Matemáticas. Comencé á contar minutos
y saqué la cuenta de que, desde el punto y hora
en que empezaba mi cálculo aritmético, hasta
las doce, faltaban 178 minutos, de los cuales res-
tando 60, que pensaba emplear en sueño, quédan-
ban 118, con los que había sobrante para hacer
muchísimos pensamientos, trazar planes para la
campana amorosa que se aproximaba, aban-
donar el lecho, tomar la manta de la cama y

salvar los dos tramos de escalera, el comedor y la cuadra, que me separaban del corral.



En pos de la Aritmética, presentóse la Geometría, ó, por mejor decir, la Trigonometría rectilínea. De mi fantasía no podían apartarse — y yo tampoco quería que se alejasen demasiado — las turgentes formas de Angelita. Dada la base y conocida la altura, ¿cuáles serían el volumen y la masa de los relieves? Dado un triángulo, cuya hipotenusa fuesen los puntos de descanso y el vértice la cúspide de las apetecibles esculturas, ¿cuál sería

la altura, ó sea la longitud, de una perpendicular tirada desde el vértice de ambos equiláteros? ¿Qué longitud tendrían los catetos, curvilíneos? ¿Cuál sería el seno de las curvas de los mismos?

Y esto sabido, entró la Física, presentando á mi asendereada mente múltiples problemas, referentes unos á la densidad, otros al espesor, otros al peso específico, otros á las propiedades ópticas, otros á las térmicas y otros, en fin, á las eléctricas y sobre todo á las magnéticas, de los tales elementos de belleza plástica.

De vez en cuando pensaba: «¡Qué excelente cosa es la instrucción que se da en los Institutos de segunda enseñanza! ¡De cuántas y cuán provechosas aplicaciones son susceptibles, para la juventud ilustrada, los conocimientos que nos insinúan los sabios maestros!»

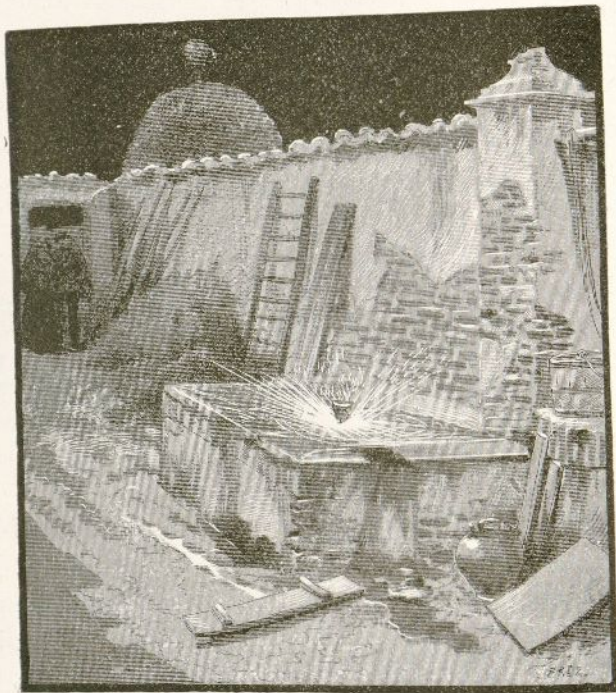
Luego entraban el Cálculo proporcional y la Geometría comparada. El primero tenía dos puntos de partida: uno era la edad y las condiciones esculturales de las dos niñas... La incógnita se adivinaba; pero no era fácil despejarla en el momento histórico en que me hallaba... ¡carecía de pizarra! El segundo punto de partida tenía por objeto una determinación sencilla de estética: ¿cuál sería más sabroso, la flor ó el capullo, el capullo ó la flor?... Pero Rosita era mi primer amor. El binomio era, sin embargo, interesante en ambos miembros.

El insomnio siempre tenaz. En el reloj del salón sonaron las once y media. Poco después oí pasos muy leves. Levantéme y no tardé en percibir nuevos pasos... Eché mis razonamientos (aquí la Lógica): «Rosita — me dije — había salido de su habitación y se encaminaba al



corral; sin duda se habrá olvidado de algún objeto, por ejemplo, una llave, y habrá vuelto por él».

Acercábase el momento. Tomé la manta,



abriguéme con ella y pasé al salón. Un rayo de luna, penetrando por la alta ventana, que no se cerraba por la noche, alumbraba fantásticamente la estancia. A la luz difusa, bajé sin tropiezo la escalera, llegué al comedor, dirigíme

á la cuadra, cuya puerta estaba entornada, y en un instante me hallé en el corral. Al otro extremo, junto á la puerta del huerto, me esperaba mi amada Rosita, arrimada al brocal del pozo contiguo, arrebujaadas en la cabeza las sayas de sarga encarnada, que con tanta gracia vestía.

Mi primer impulso fué abrazarla... Me detuvo, colocándome su linda mano en mis labios.

— Salgamos pronto de la huerta, — me dijo; — traspongamos la cerca, que es muy baja, y corramos.

Obedecí como un autómatas. Al rebasar la cerca, desprendióse un guijarro, que cayó con estrépito en el lavadero... ¡Ya estábamos en camino de la ventura y de la aventura!





VI

DE CÓMO EL CLERO PARROQUIAL SE INTERESA POR LA HIGIENE PÚBLICA

EL pueblo de P. de A. está emplazado en una hondonada angostísima. No advierte el viajero contigüidad de aquél, hasta tanto que, después de un recodo de la carretera que le es tangente, puede con la mano tocar la primera casa del arrabal. Por otra parte, el campanario pertenece al número de los que, en satisfacción del justísimo enojo de Felipe V, fueron decapitados.

P. de A. goza merecida celebridad en la historia de la Industria y del Comercio, por sus manufacturas de paños, mantas, fajas y otros artefactos vestimentarios cuya primera materia es la lana. Las aguas del Gayá, aun cuando poco copiosas, son la principal fuerza motriz de sus fábricas, porque el lecho del miserable riachuelo, es, por el lado de P. de A., extraordinariamente quebrado. En cada salto de agua se ha edificado una fábrica.



La gran masa del pueblo hállase á mucha mayor altura que el río; razón por la cual sus moradores sufrían, no ha mucho, el suplicio de Tántalo. Para la

bebida y usos culinarios, no tenían más remedio que bajar á buscar agua al río. Los campos contiguos á las moradas, que en otras condiciones hidrográficas hubieran sido huertas, — y que hoy lo son, — eran viñedos y tierras de sembrar, cuyas cosechas estaban siempre á merced de las humoradas meteorológicas del cielo.

La casa parroquial, adosada al templo y al cementerio, participaba irremisiblemente de este inconveniente gravísimo.

Siendo alcalde de P. de A. mi abuelo, dotó de aguas potables y de riego al núcleo urbano. Hízose, atravesando peña viva, un acueducto, sangrando el Gayá á dos kilómetros más arriba del pueblo... Desde entonces, cada casa tuvo su huerta,... y fué no pequeño beneficio.

La casa parroquial no podía tener huerta, aun cuando sí tenía agua de pie y aun fuente pública á la vista, en la plaza de la iglesia, por la sencilla razón de que carecía de campo.

Ninguno de los Reverendos Cura-párrocos que habían precedido al que lo era coetáneo con la Alcaldía de mi abuelo, se había acordado de estimular, con su insinuante palabra, ni al Mu-



nicipio ni al vecindario, para que fuese cumplida la ley de Sanidad en su artículo que prescribe que los cementerios estén alejados á lo menos un kilómetro de la urbe. Al punto en que fueron traídas aguas al pueblo y que cada vecino que poseía campo contiguo tuvo su huerta, sobrevínole al Reverendo Mosén

Pablo Hormiga, entonces administrador de los intereses espirituales de P. de A., la filantrópica inspiración de hacer llevar á efecto el precepto de la ley de Sanidad; de lo cual había de resultar, como hecho primordial, el alejamiento del cementerio, y como accidente sin importancia visible, la *hortalización* del Campo Santo.

Acudió, primero de palabra y luego de oficio, al Alcalde. Este reunió la Corporación municipal y expuso la querella del Reverendo.

Hubo acuerdo en que el Cura-párroco tenía razón; pero se consideró imposible acceder á sus humanitarios deseos, á causa de que escaseaban los terrenos en las inmediaciones, y los pocos que existían habíanlos sus respectivos dueños trocado en huertas. Además, ninguno



servía para inhumaciones cadavéricas, por carencia de subsuelo hábil: en todas partes la roca silíceá estaba á menos de un metro de la superficie.

No se dió á partido el ilustrado sacerdote:



abandonando las esferas municipales, á la *chita callando*, recurrió á las altas regiones de la Curia eclesiástica, simultaneando su expediente, con algo más que indulgencias, en las oficinas del Gobierno civil.

¿Qué resultó?... Que la víctima fué mi

abuelo. El nuevo cementerio fué emplazado en una viña de su propiedad, parte del predio en que estaba situada la alquería. Toda reclamación de perjuicios fué desestimada. Recibió mi abuelo, en seis plazos de otros tantos años, treinta duros por la expropiación forzosa.

A los tres meses de incoado el expediente por el Reverendo *Hormiga*, crecían frondosas coles, suculentas acelgas, nabos robustísimos y aromáticas chirivías en el antiguo Campo Santo. Era éste la huerta del Reverendo Cura-párroco, que él mismo, con sus sagradas manos, abonaba y regaba todas las mañanas, después de la misa y el subsiguiente chocolate.

Grandes pesares debió causar este enojoso asunto á mi pobre abuelo. Dimitió la vara, alzó su domicilio de P. de A. y pasó á morar en la masía, á pesar de no hallarse satisfecho de la funeraria vecindad, que, por la vía del buen *Hormiga*, se le adjudicaba.



VII

AMOR Y LUNA.

EL RAYO DE LA DIVINA CÓLERA



ESTÁBAMOS, según he dicho, Rosita y yo en el camino contiguo á la pared de la huerta. Ella guiaba y yo seguía escrupulosamente sus huellas. Andábamos por un sendero, á través de un campo en rastrojo. No había árboles ni cosa que proyectase sombra. La luna, clarísima, hacía muy visibles nuestros cuerpos. Quise hablar, y Rosa no cesaba de imponerme silencio.

Presto nos encontramos junto á la tapia opuesta á la entrada del nuevo cementerio.

Que esto fuese el cementerio, lo ignoraba yo; súpelo por el siguiente coloquio:

— La manta, — dijo Rosita. — Dámela; tén-dámosla sobre estos pedruscos; es preciso precaverse de la humedad del suelo y del relente de la noche. Siéntate y óyeme.

— Te oigo, hermosa, si vas á hablarme de nuestro amor.

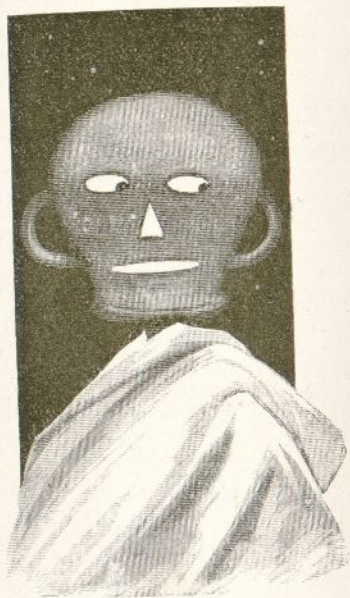
— Cállate;... no profanes estos lugares santos.

— ¿Por qué me has traído aquí?

— Porque este es el único sitio donde podríamos estar solos y porque aquí yo tengo algo que hacer.

— ¿Aquí? ¿A esta hora?... En verdad, no comprendo.

— Atiende y sabrás. La gente mira de lejos este lugar, porque, como te he dicho, este es el nuevo cementerio. Nosotras, por la noche y en días señalados, colocamos en las tapias ollas cascadas, con tres agujeros, y una vela encendida dentro, que, remedando los ojos, la nariz



y la boca, parecen calaveras vivientes. Es antigua costumbre en nuestra casa. Mi padre dice que esta obligación del colono entra en las cláusulas de la escritura de arriendo de la alquería. Martes y viernes no puede faltar la *función de ánimas*. Unos vecinos creen que las hay en pena y, en consecuencia, los deudos prodigan sufragios. Opinan otros que las tales apariciones son protestas que, desde el otro mundo, hace tu abuelo, el antiguo dueño de la alquería, porque, mal de su grado, tuvo que cederlo para cementerio.

—¿Y qué hacéis vosotras?

—Angelita y yo nos repartimos la tarea: ella alumbrá los viernes y yo los martes. No se encienden las velas hasta la una de la noche, pues hasta esta hora no salen los vecinos ganosos de contemplar el prodigio. De cuando en cuando les acompaña el cura. Hace á lo menos diez años que se repiten las mismas funciones.

—Y vosotras, ¿qué cuenta tenéis en este trabajo?

—En la puerta de nuestra casa hay un cepillo para las benditas almas. No falta devoción para los desagravios. Angela y yo nos vestimos de esos sufragios. Ellas, las benditas almas, no necesitan vestidos, pues la desnudez ha estado siempre de moda en el purgatorio.

— Me place la idea... Pero, veamos, ¿me has traído aquí para estas cosas?

— Por supuesto... Creía que esto te había de interesar y divertirte.



— Pues yo tengo otro atractivo mucho mayor. Yo te quiero á ti, Rosita mía, y sólo anhelo tu amor.

— No digas disparates... ¿No ves el lugar donde estamos? Además, que querer es querer; yo también te quiero á ti, porque eres muy simpático;... pero nada más.

— Dame, pues, pruebas de tu amor. ¿A qué habré traído la manta?

— ¡La manta!... Ahora lo verás. La manta sirve para abrigarnos con ella... así, los dos, y dar un paseo por esos alrededores, mientras llega la hora de la función de ánimas... ¿No te place el murmurar del río? ¿No te agrada



el canto de los grillos, el penetrante chirrido de las arañas y el acompasado y flautino silbar de los sapos, trasnochadores sempiternos, que también gustan de tomar la luna? ¿Dónde hallarías armonía más dulce y melancolía más apacible?... Atiende: ahora llega la lechuza; va á tomar su ración de aceite de la lámpara de los muertos... Chut... chut, repite... Esto quiere decir que miremos y callemos.

— Miro, en efecto, Rosita...; pero mira tú también y considera que yo siento cosas muy opuestas: el espectáculo funerario que me ofreces, me hiela las carnes; pero las tuyas, palpitantes de vigor y sangre, y el amor que por ti siento, me achicharran el corazón.

Desprendióse Rosita de la manta y, á todo correr, fué á esconderse en un matorral contiguo al otro lienzo de la cerca del cementerio. Corrí en pos de ella, y á buen seguro la habría alcanzado muy presto, á no haberme metido en una balsa de cal, resto, sin duda, de las obras del cementerio. En la caída torcíme un



pie, y mis pantalones pusiéronse como es de suponer.

— ¡Rosita! ¡Rosita!... me he caído y estoy hecho una miseria, — grité.

La niña no se hizo esperar. Dióme la mano, ayudóme á salir del hoyo, y con la protectora manta me *desencaló* cuanto pudo el pantalón.

Como no podía andar, nos sentamos en unos pedruscos adosados á la pared. El frotamiento de la lana me reanimó, y pronto me sentí aliviado de la torcedura y con los mismos bríos que antes.

Estábamos, más bien que sentados, reclinados. La niña, junto á mí, quiso con su pañuelo vendarme el pie.

— ¡Ay, Rosita! — exclamé. — ¿Cómo podré pagar tantos cuidados?... Pero, niña, yo necesito otra cosa... tu amor...; la dicha de tenerte en mis brazos, de quemar tus labios en los míos, de confundir tu aliento con el mío, poseerte con alma y vida.

A las palabras acompañé la acción... Rosita quiso apartarse de mí... La retuve por los vestidos... Hubo un momento de resistencia;... pero yo era el más fuerte... La niña dejó caer su frente en mi pecho.

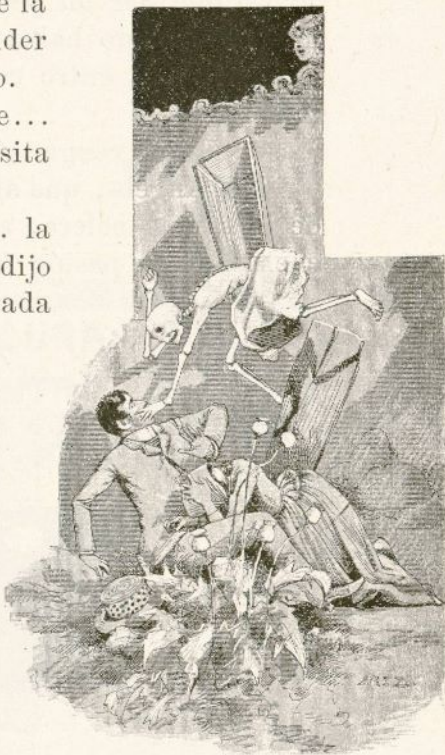
Una nube cenicienta vino á cubrir el frío rostro de la luna... Cuatro tañidos de la menor,

seguidos de otro único de la mayor de las campanas del acéfalo campanario de P. de A. dejáronse oír, al impulso del viento norte, en el poético retiro en que nos hallábamos. Era la una de la noche, la hora de encender las ollas en el cementerio.

— Suéltame, suéltame... Ésta es la hora, — dijo Rosita sobresaltada.

— ¡Esta es la hora... la hora de la expiación! — dijo una voz de mujer, acatarrada por el airecillo de la noche ó enronquecida por violento despecho.

Al instante, desde lo alto de la tapia vimos cernerse sobre nuestras cabezas un cuerpo rectangular, negro: un ataúd. Abrióse con gruñido extraño, y contenido y continente cayeron sobre nuestros cuerpos. Rosita se desmayó. Los dos, en estrecho abrazo, — que ahora no era de amor, sino de espanto, — quedamos incluídos entre la manta y la mortuoria caja, y al propio

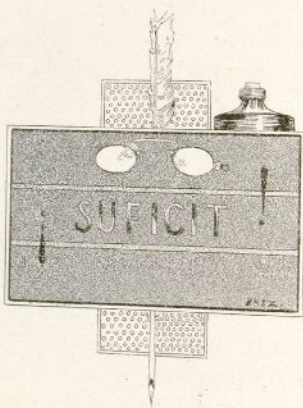


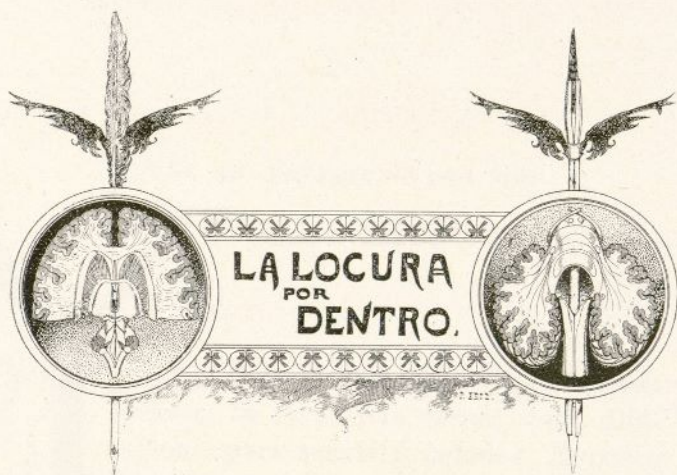
tiempo sepultados en un montón de escombros, de vestiduras, podre y huesos humanos. Me parece que un brazo de momia vino á aplicarse á mis labios obscenos.

Lo que por mi pasó, lo ignoro; sólo vagamente recuerdo haber oído otra vez la voz femenina, que, entre carcajadas histéricas, gritaba:

— ¡Estoy vengada! ¡Estoy vengada!

Era Ángela, que ahora oficiaba de Arcángel de la divina cólera, al paso que trabajaba por cuenta de su pasión frenética.

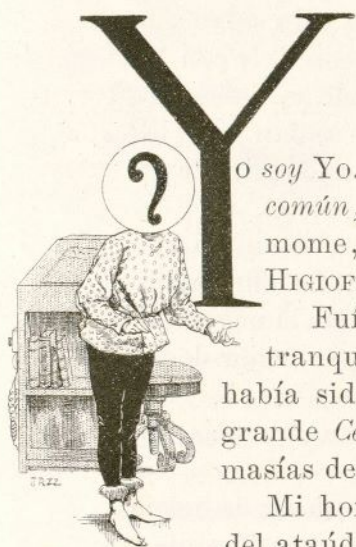




LA LOCURA POR DENTRO

I

ENTRA EN MATERIA.—EGO SUM



Yo soy Yo. Soy el *Buen sentido*, el *Sentido común*, la *Razón*, la *mente sana*. Llámome, para servir á ustedes, EULOGIO HIGIOFRÉN.

Fuí violentamente expulsado de la tranquila y plácida mansión que me había sido designada en el centro de la grande *Cerebrópolis*, por los excesos y demasías de las *Vesantias* ⁵.

Mi hombre perdió la chaveta, dentro del ataúd, en el mismo cementerio.

El ya no es Yo. Perdió el Yo. Su Yo es No Yo.
El Yo suyo soy Yo.

El cerebro suyo está *desyogado*, trasnochado, en plena *chifladura*, de resultado problemático.

En cuanto á *Yo*, *Eulogio Higiofrén* ⁶ —que es como decir que *discurro y hablo bien y con la mente sana*, — *Yo* he debido abandonar la dulce mansión en donde obtuve el ser después de muchas experiencias y ensayos en la niñez, porque *Yo* no quepo donde ocurren tales y tan cuantiosos excesos.

Transijo, me acomodo y aun me solazo y medro con las *Pasiones*, porque mi naturaleza, activa como es, se aviene con las alternativas de lo dulce y lo amargo, lo agrio y lo salado, lo picante y lo soso; pero no puedo convivir con las *Vesancias*, porque lo extreman todo y, ó siempre tratan de lo mismo, ó bien se andan por las ramas, sin orden ni concierto, sin ley, sin Rey y sin más Papa que las *papas* del delirio.

Somos además incompatibles, como lo son una afirmación y una negación. La afirmación de la salud de la mente soy *Yo*; ellas la negación. *Yo* soy luz de la inteligencia ó, por mejor decir, la claridad de esta luz; ellas, las *Vesancias*, son tinieblas, la sombra, el caos, ó, cuando más, los fuegos fatuos de la mente.

Rectos son mis intentos, honrados y de buena ley los productos de mi industria. Las *Vesancias*, ó huelgan y comen la sopa boba en *Cerebrópolis*, ó fabrican moneda falsa. ¡Cuántas, de tal

procedencia, circulan por los mercados científicos y de las relaciones del mundo civil, político y religioso, que no habrían de resistir al fiel con-

traste de la piedra de toque de la Razón, ni harían el peso en la balanza del juicio hígido!

¿Sabéis por qué? Porque hay locuras colectivas, de curso crónico, enquistadas en el uso y aferradas á la quilla de la humanidad como las almejas al casco de las viejas embarcaciones.

Como el individuo — el chiflado de mi cuitas y desengaños, — de resultas de la treta de Angela, cayó en estado sincopal, cerráronsele los ojos, y yo no pude escaparme por la ventana, como hubiera sido mi deseo, al punto en que vi el zafarrancho que junto á mí se preparaba.

No pudiendo avanzar y no hallándome seguro, sino, al contrario, muy amenazado en mi domicilio, no tuve más remedio que retroceder. Coléme de rondón en el *ventrículo medio*⁷, levanté la *glándula pineal*, descorrí la *tela corioidea*, introdújeme en el *acueducto de Sylvio*, y en un santiamén dí conmigo en el *ventrículo cerebeloso*. Instaléme aquí, debajo de la nacarada tienda⁸, y, pues me



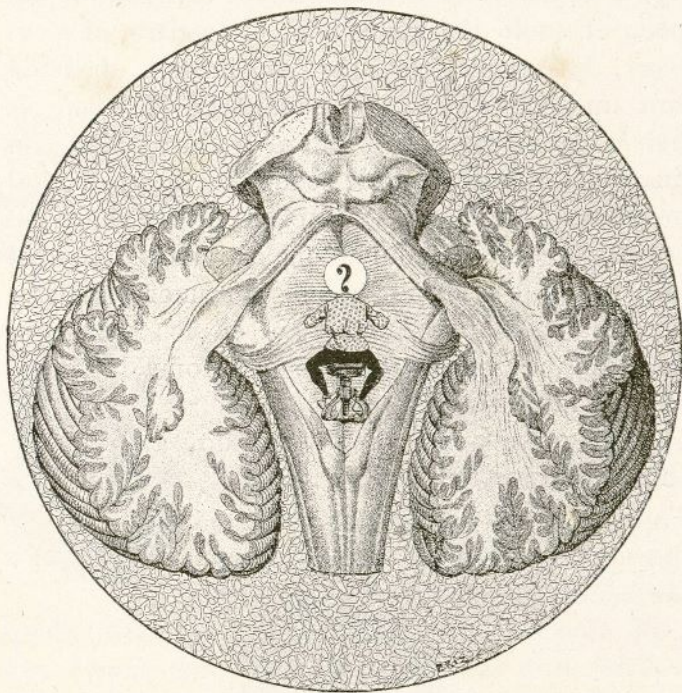
hallo fuera de la jurisdicción de *Cerebrópolis*, calculo que no lo pasaré del todo mal, empleando los ocios y matando el tiempo en la consignación de estas MEMORIAS DE ULTRAFRENIA, que al lector

benévolo dedico, abrigando la esperanza de que en ellas encontrará, á más de solaz y esparcimiento, interesantes disciplinas de patología mental, que, si pueden ser de utilidad á todos y á cada uno de los mortales razonadores, en evitación de percances de la especie, son de necesidad indiscutible para los hijos de Esculapio, como administradores de la salud del cuerpo y del espíritu y como *remendones titulares* de la admirable máquina antropológica.



Es esta tienda precioso observatorio, desde el cual, sin necesidad de tomar parte en ellas, puedo asistir á todas las escenas del gran mundo cerebral. Una gota de serosidad del ventrículo que conserva su figura esferoidal, me sirve á maravilla de lente amplificadora, colocada á la

entrada del *acueducto del Sylvio*, el cual, á su vez, cumple perfectamente los oficios de un tubo óptico. Poseo, pues, un perfecto catalejo monocular, para ver de cerca cuanto ocurre en *Cere-*



brópolis, y no digo saber cuánto se habla por allá, porque casualmente me hallo en las oficinas de la *Acústica*, desde las cuales ni el vuelo de un mosquito podría dejar de ser oído.

Tengo también buen recado de escribir. Ver-

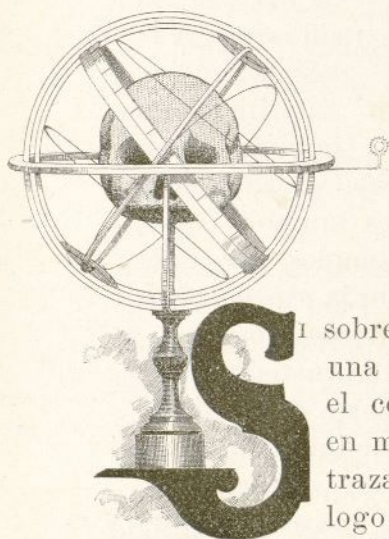
dad es que es de barbas la pluma de que dispongo; pero el *cálamus scriptorius* tiene siempre buenas puntas, desde que lo cortó el gran pendolista Arancio. Tinta no me falta, ni creo que se me agote el material atramentario: escarbando un poco el suelo del *ventrículo*, encuentro el *locus niger*, de Sæmmering, cuya substancia, desleída con un poco de agua que mana de la *fuelle de Sylvio*, me da un negro que ni la tinta china. En fin, estas MEMORIAS no las confiaré al papel, ni al pergamino; tengo cosa mejor: el *epéndima del ventrículo*, que, no sólo no cuele, como lo hace el papel sellado que, por buenas y numerosas pesetas, nos suministran, á veces, en los estancos, sino que, al propio tiempo que toma la tinta, esculpe la escritura.

Con que, pues, lector amado, atención y entremos en materia.



II

APUNTES TOPOGRÁFICOS DE ULTRAFRENIA

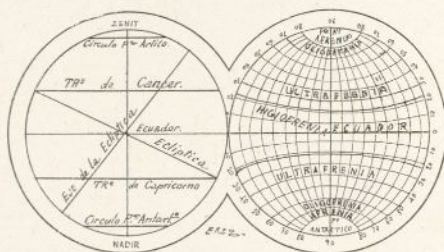


Si sobre un cráneo humano tiramos una línea circular que comience en el centro de la frente y termine en medio del occipucio, habremos trazado un *círculo máximo*, análogo al que los geógrafos imaginan en la esfera terrestre, dividiéndola en dos hemisferios y distante de cada polo 90° . Este círculo máximo sería el *Ecuador de la Razón*.

El sol de la inteligencia, como el del sistema planetario, es astro fijo. Carece de movimiento de traslación, y si lo tiene de rotación, es éste tan lento como el evolucionar de la Humanidad en la Historia.

En todos tiempos la *zona tropical* de la Razón

humana — el espacio comprendido entre la línea ecuatorial y los círculos menores, llamados *Trópicos*, de *Cáncer*, el uno, y de *Capricornio*, el otro, — ha sido siempre la misma, sin que en ella haya influído sensi-



blemente la oblicuidad de la eclíptica. Esta oblicuidad, en la esfera armilar es tan poca cosa, que apenas equivale á 52 segundos por cada siglo. Aun debe estimarse menor la oblicuidad de la eclíptica del Buen sentido, ó Razón humana.

Así, pues, ésta ocupa una zona vastísima, que se extiende desde el Ecuador hasta cada uno de los Trópicos. Aquí el sol del entendimiento, el juicio sano, actúa siempre con sus rayos verticales, presentándose á lo más alguno que otro eclipse, que no influye perceptiblemente ni en la temperatura, ni en el esplendor del clima. Si un nombre hubiésemos de dar á estas plácidas regiones, donde la mente evoluciona libre y en plena lozanía, llamaríamoslas regiones *Higiofrénicas*, é *Higiofrenia* ⁹ á los dilatados imperios que comprenden.

Estos antecedentes vienen al caso para determinar la latitud geográfica de *Ultrafrenia*. Este

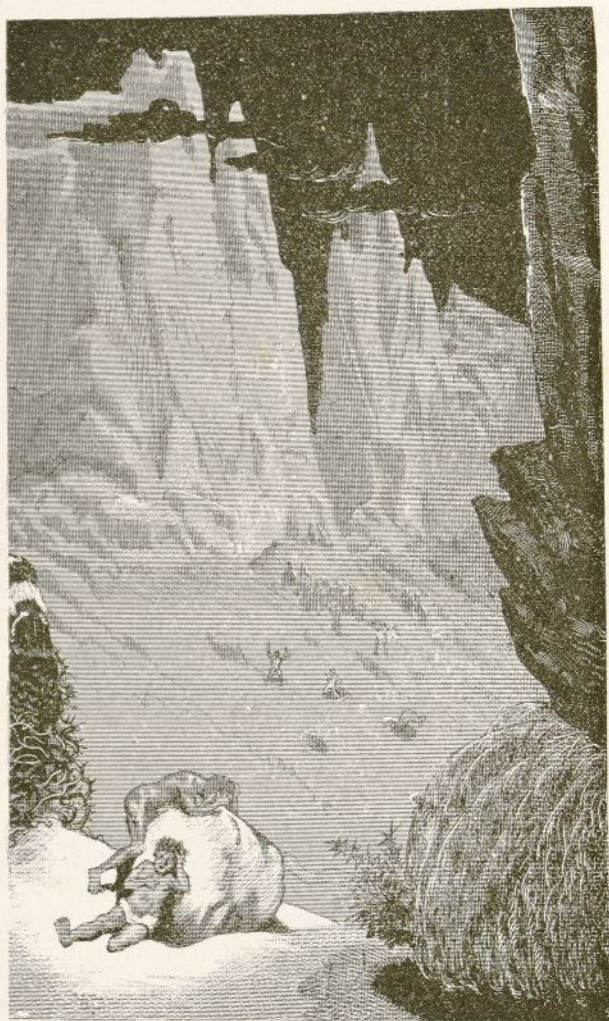
Estos antecedentes vienen al caso para determinar la latitud geográfica de *Ultrafrenia*. Este

accidentadísimo país comienza allá mismo donde aparecen los lindes de *Higiofrenia*, en uno y en otro hemisferio, y se extiende por ambos, hasta los círculos polares. Cuanto á los polos del cerebro humano, esos constituyen las lóbregas regiones de *Oligofrenia* y *Afrenia* ¹⁰.

Así, pues, admitida la equivalencia de *Higiofrenia* respecto de las zonas intertropicales de nuestro planeta, y dado que á éstas les está asignada la latitud comprendida entre el Ecuador y los 30° á 35° y 55° en ambos hemisferios, tendremos que la situación geográfica de *Ultrafrenia* será la de 30° á 35° y 55° en dirección á cada uno de los polos, comenzando en este último grado las regiones *oligofrénicas*, y siendo los polos, *ártico* y *antártico*, ya de suyo achatados y casi sin más luz que la de las auroras boreales, los países de *Afrenia*.

En una palabra y sin ya darme humos de helenista y de geógrafo, diré: que allá donde termina la *Razón* empieza la *Locura*, siendo el término de ésta la *Demencia*, así como el desenlace de esta última es la *Muerte*.

No faltará quien observe que, siendo las zonas intertropicales las más ardorosas, así como las comprendidas entre éstas y los círculos polares las de los climas templados, la *Razón*, que siempre vive en temperamentos medios, no puede medrar en aquéllas y sí en éstas. Esta objeción



carece de fundamento, puesto que el sol de la *Razón humana* no tiene calor propio: es la *fría razón*, y todo el que tiene lo recibe de los hechos. El sol de la *Razón* no es, pues, caliente *per se*; pero sí esencialmente luminoso. El sol de la *Razón humana* alumbra, pues, perfectamente con sus rayos directos y perpendiculares á las zonas *higiofrénicas*. Las *ultrafrénicas* reciben tan sólo rayos oblicuos, insuficientes para la visión clara y distinta, y además determinan proyecciones umbrías, que constituyen un error especial, el *error morboso*, que no se disipa con el candil del consejo, ni con la *lámpara maravillosa* de la ciencia.

El sistema orográfico de *Ultrafrenia* deriva de tres cordilleras principales, llamadas *Frenalgia*, *Hiperfrenia* é *Ideofrenia* ¹¹. Hay además los montes de *Frenoplexia*, ó del *Estupor*, que carecen de derivaciones: son, por decirlo así, *autóctonos* y circundan el gran lago, sin fondo, de las aguas negras, llamado *mar melancólico*, *negro* ó de *Azof*.

Los montes *frenálgicos* se denominan así porque en ellos todo es tristeza, dolor moral. Peñas escueltas, simas insondables, laderas lodosas, de color de manganesa, que destilarían lágrimas á no absorberlas las áridas tierras del pecado, el pozo sin suelo de los remordimientos y los canales de desagüe de la penitencia. Coníferas, cuyas puntas tocan á las negras nubes; sauces llorones,

cuyas ramas besan la tierra, y zarzas espinosas, de moras nunca sazonadas y de catadura tánica, acerba, tal es la estructura geológica y la mísera vegetación de los montes de *Frenalgia*.



¡Cuán distinta es la topografía de las montañas de *Hiperfrenia*! En cada pico se ve un templo, en cada promontorio un trono, en cada peña un altar ó un arco de triunfo. La más culminante de las cumbres es el *Parnaso*, con su correspondiente Olimpo. Apolo preside, Terpsícore baila, declama Talía, Euterpe pulsa, no se ve bien si la lira ó la bandurria, Melpómene blande la navaja de los homicidios, Erato escribe versos de amor, Polimnia romances para ciegos, Calíope poesías épicas, Clío miente de

Historia, Urania miente aun más, pues miente de las estrellas, que es más seguro mentir,

Pues nadie puede ir
A preguntárselo á ellas.

En otra cumbre aparece el palacio del Rey

Midas: sillares de oro, puertas de oro, árboles de oro y hasta caballos de oro. El edificio está montado en peña viva de oro.

El laurel, la palmera y demás árboles simbólicos de la gloria y del triunfo, constituyen la vegetación de esos montes, en donde siempre reina sol canicular, por lo cual ni hay sombra, ni frescor, ni sueño.

Los campos son de color de escarlata; las ramas de los árboles tienen figura de cetro y sus frutos son coronas condales, ducales, reales ó imperiales y hasta se ven mitras de obispo, capelos cardenalicios y tiaras de papa. El armiño es el único *mustelideo* que deja ver su níveo pelaje por entre los riscos de *Hiperfrenia*.



Las estribaciones de la cordillera de *Ideofrenia* comienzan más allá de las de *Frenalgia*, y extendiéndose de oriente á poniente, cruzan los montes *hiperfrénicos* y terminan en peña abrupta del lado de las regio-

nes *oligofrénicas* ó de la *Demencia*. ¡Imposible hacer una descripción de estos montes. Allá suben hasta tocar los cuernos de la luna; acá



hay hondonadas, en que rugen las fieras de la ira y del encono; más allá mesetas, donde brincan arlequines y payasos; á la derecha, brujas y duendes, en estrepitoso aquelarre; á la izquierda, cruces, santos, santas, vírgenes y cuadros disolventes del

más acendrado misticismo, con su correspondiente dotación de azotes, cilicios é instrumentos del Santo Oficio, y por doquiera troncos viejos y secos, con una ó dos ramas inflexibles, de

donde penden una ó más cuerdas de cáñamo, con su correspondiente nudo corredizo.

No seré prolijo tratando de la dotación *hidrológica* de *Ultrafrenia*, por más que, en tal concepto, aventaje á muchos de los países conocidos. Sus principales ríos son: el *Enos* ¹², de aguas vinosas, con mucha espuma y mucho espíritu, las cuales gozan de merecida reputación de tónicas del estómago y estimulantes del buen humor, siempre y cuando se emplean con parsimonia, mientras que su uso abusivo — muy frecuente entre los *ultrafrenenses* — abate las fuerzas y obtunde el sentido, hasta trocar en bestia á la persona; el *Hema* ¹³, que al paso que entra rutilante, espumoso y á borbotones, sale azulenco y con marcha lánguida, después de haber atravesado la capital cerebropolitana; y, por último, el *Hidor* ¹⁴, que más bien que río, es charca difusa, que infiltra todo el territorio, procediendo en realidad sus aguas remansadas del *Hema Rutilante*, ó de entrada, y volviendo al mismo en su sección azulenca, ó de salida.

La *Flora* de *Ultrafrenia* es muy caprichosa. Plantas tan modestas y salutíferas como la *salvia*, la *valeriana* y el *árnica* ¹⁵, no nacen ni encontrarían medros en un tal clima; en cambio, las *solanáceas virosas*, el *estramonio*, el *beleño* y la *belladona* ¹⁶, así como el *eléboro blanco* y la *mandrágora* ¹⁷ son, por decirlo así, domésticas y obje-

to de esmerados cultivos. En general, es de notar que las hierbas y las matas se agigantan, volviéndose arbustos y aun árboles arrogantes, al paso que los árboles y arbolillos, pasan por tal



desmedro, que aquéllos se resuelven en arbustos y éstos en hierbas, que apenas abultan en el suelo. Las plantas que más abundan son las *lianas* y otras de la *larga* clase de las *enredaderas*, las cuales, *haciendo de su oficio*, convierten en sotos inestricables los bosques, los campos, las huertas y los jardines.

Es notable que los árboles muestren sus raíces desnudas, escuetas, retorcidas y de tal modo contorneadas y agarradas á la tierra ve-

getal, que parecen piernas, muslos, antebrazos y brazos de otros tantos Prometeos, encadenados á la peña del suplicio; no faltando, en representación arbórea, los correspondientes buitres, con las alas extendidas, que desgarran los precordios y arrancan á las víctimas las entrañas, á picotazo limpio.

Si extraña es la *Flora* de *Ultrafrenia*, no lo es



menos en *Fauna*. Son casi todos los mamíferos feroces: carneros que muerden y devoran cuanto les sale al paso, incluso tigres, hienas y leones; bueyes que con el rabo, se azotan los flancos, para más y mejor enfurecerse; perros y gatos en hidrofobia congénita y permanente;... todo causa horror y mucho espanto. Las ovejas y las cabras caminan sobre sus ubres; los corderos y

cabritos chupan leche de la cola de sus madres; los mosquitos tocan la trompeta, las moscas el cornetín y las arañas la bandurria; las pulgas andan patas arriba; las abejas elaboran acíbar y vinagre en sendos panales de amianto; las avispas destilan un licor de consistencia y gusto siruposos; las gallinas y los patos echan huevos por la boca; gilgueros, pardillos, ruiseñores y canarios rebuznan como pollinos y construyen sus nidos en el mar; en cambio, los peces nadan por los montes; las tortugas y cangrejos corren tan veloces que no les alcanzaría una locomotora; razón por la cual son emblema del progreso; en fin, para colmo de contrastes, hay allá la costumbre — que también se va introduciendo en *Higiofrenia* — de, en vez de colgar á los ladrones en las cruces, colgar cruces del pecho de los ladrones. Cada ladrón, á lo menos con una cruz; de éada cruz, cuelga un juez, un escribano, un cura,... un hombre de bien.

La mortalidad en *Ultrafrenia* es muy reducida: no mueren más que los que se matan, sea por el procedimiento de Tanner-Succi, que es el más económico y preserva de indigestiones de *Ultra-tumba*, bien por el método detonante, confiando el éxito á una dosis de plomo en estado cónico ó esferoidal, bien imitando á las *Meregildas*, avezadas á manipulaciones hidroclóricas, bien, en fin, echando mano de la primera materia de

las de Villadiego — alpargatas — que ya fué empleado con éxito completo por el mal apóstol.

Fuera de estos casos, para morir, á los de *Ultrafrenia* les es preciso encaminarse á *Oligofrenia* y llegar hasta la helada *Afrenia*.

Lo cual equivale á decir, que la locura no es mortal, sino en cuanto conduce al suicidio ó se transforma en *Demencia*.

Doy aquí punto á estas breves notas topográficas. No es este el lugar destinado á describir los usos y costumbres de los *ultrafrenenses*: asunto es este que merece capítulo aparte, y formará el objeto del siguiente, consagrado á la *Demografía de Ultrafrenia*.



III

LA DEMOGRAFÍA DE ULTRAFRENIA.

LOS ULTRAFRENOIDES



UANDO Yo, en uso de las prerrogativas que me concedió Naturaleza, vivía en Cerebrópolis, hube, más de una vez y á pesar mío, de trabar relaciones con ciertas gentes, acerca de las cuales — según lo que me fué dado contemplar desde mi observatorio, á través de mi perfecto monóculo — adquirí luego la certeza de que, si no son las tales las vesanias en carne y huesos, son sus afines y próximos parientes.

La característica fisiológica de la tal familia, consiste en la manía de trabajar por su

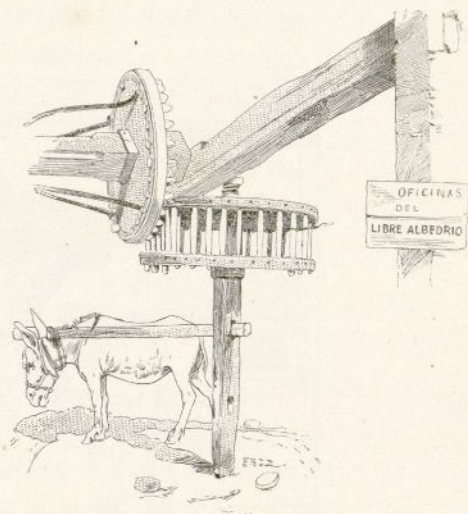
cuenta y razón, sustrayéndose en cuanto pueden á la vigilancia de la *Dirección general*, ó de la *Conciencia*, de cuyo centro no se desdeñan, sin embargo, de recibir órdenes, que obtemperan y cumplen con escrupulosa exactitud. Lo que no quieren, eso no, es que la Dirección se entere de lo que ellos maquinan cuando se les antoja hacer faena propia.

La agrupación abstracta de esos laborantes, hecha por filósofos cortados por el patrón de Javier de Maistre, constituye *la parte de bestia que entra en la composición de cada persona*, con lo cual necesariamente se afirma que *Yo soy la parte de persona que se halla en lo íntimo de cada bestia*.

Siendo deferente y hasta pródigo con aquel espiritual escritor, llamaré *tribu bestial* al conjunto de entidades que no tributan directamente en la Conciencia... Mas ¡á cuántos que pasan plaza de decentes les alcanza este denigrante epíteto! Si no, vamos á las pruebas: por ahí andan los más encopetados de la gran población cerebropolitana, los *Pensadores*, que se hacen lenguas de su libérrima independencia.—«El pensamiento es libre; no hay poder capaz de contrarrestar nuestra preciada autonomía; no hay límites para nosotros; nuestro ambiente es el infinito»,—repiten sin cesar, en todos los tonos de la gama...—¡Ilusos! no reparan que

en su trabajo son tributarios incondicionales de las sensaciones; que son esclavos de la sensibilidad, y que ni tan siquiera poseen la libertad de cesar en sus trabajos cuando se les antoje. Nadie es dueño de pensar ó dejar de pensar, ni de pensar esto ó lo otro. El pensamiento es á menudo tenaz, y por esta tenacidad resulta insistente en sus trece, contra todo esfuerzo de la voluntad consciente. Otras veces, en cambio, vuela, vuela como mariposa en torno de la llama, sin darse punto de reposo... Pensadores, orgullosos pensadores: sois autómatas, sois esclavos; vivís aherrojados en la ominosa ergástula del sentimiento.

La Conciencia os ve, os observa á ratos... ¿Estriba en esto vuestra aristocracia, vuestra decantada autonomía? ¿Viene de ahí la reputación de primorosas que se atribuye á vuestras obras? ¿Cuántos de vosotros nacen del más brutal automatismo, sin que de su presencia le importe á la Conciencia ni un ardite!... Corren, saltan, hilan un juicio, hilvanan y aun zurcen



un discurso, gestos mímicos, cantos, músicas y bailes, que pasan al *Cosmos* sin el *marchamo* de la suprema Dirección.



Y los *Deseos*, que no paran de golpear con los nudillos de los dedos en las vidrieras de las oficinas de la Conciencia,... ¿qué libertad tienen? Dícese que somos libres en el querer; mas el querer viene siempre del desear, y los *Deseos* nacen, crecen y mandan porque no pueden menos de nacer, crecer y mandar... Siendo así, ¿qué libertad hay en el desear y en el querer? Há-

blase de los *deseos conocidos*, que son los de las cosas que después resultan queridas...; pero ¿cuántos deseos hay que se pasan á la obra, sin que la Conciencia llegue á saber de ellos!... Así, pues, los *Deseos* — no diré todos — ó son tam-

bién de la *tribu bestial*, ú ofician de matuteros en los suburbios de la Conciencia y aun á las mismas barbas de esta respetable señora.

No cabe mayor similitud que la que echa de ver un ojo experto entre *Ensueños* y *Vesancias*. El *Ensueño* es *chifladura* del durmiente, así como la *Vesania* es *Ensueño* del despierto. El loco que

vuelve á la razón, suele decir: «Paréceme un sueño lo que por mí ha pasado». Los dislates de un ensueño, ¿á qué se asemejan tanto como á los disparates de la locura?

Así, pues, *Reflejismos nerviosos*, *Cerebraciones inconscientes*, *Automatismos cerebrales* y *Ensueños* ⁴⁸, tales son los próximos parientes de las *Vesancias*, que se albergan en la mente sana... ¿Cuál es su lazo común, su rasgo de fami-

lia? El sustraerse á la *Dirección* de la *Conciencia*: no estar Yo en ellos. Con ellos está otro, que no es Yo; ó mejor, no está nadie. Se han segregado del *Consensus*: ha habido *alienación*, ó para hablar más castellano, *enajenación*... ¿Enajenación de qué? ¿Cuál ha sido la cosa *enajenada*?...



El individuo... la *mente*. Resultado: un *mente capto*.

Ahora bien, si es justo una vez en la vida tener razón, pretendo estar en posesión de ella en este instante, y digo: «si los moradores de *Ultrafrenia*, con todos sus pelos y señales, merecen el nombre patronímico de *ultrafrenenses*, ¿no podría Yo llamar *ultrafrenoides* á esos vecinos de *Higiofrenia* por tantos puntos similares á los primeros?... Concédame el lector esta pequeña gracia, y hágamela también de mis reiterados pecados neotécnicos...; yo, en justa correspondencia, daré punto á esta narración preliminar y pasaré á ocuparme de los *ultrafrenenses* de verdad.



IV

LOS ULTRAFRENENSES



os que tienen algún conocimiento de la admirable ciudad de *Cerebrópolis*, sea porque la hayan personalmente visitado, ó porque se hayan tomado la pena de leer el ingenioso libro titulado *Un Viaje á Cerebrópolis*, escrito por el Licenciado *Ingracias*, dado á luz por un coetáneo, coexistente, conviviente, *correspirante* y *con-*

comiente con el que publica estas MEMORIAS, sabrán que no todo es calma en el ambiente moral, político é industrial de la mencionada ciudad. Hay allá, por el contrario, muchísimo movimiento, grande agitación, incesante comercio y aun frecuentemente borrascas y hasta tempestades morbosas. Refiriéndome á estas úl-

timas, conviene saber que las hay violentas y, sobre todo, dolorosas, casi siempre que se agita la maquinaria del organismo por ese hervor de la sangre llamado *fiebre*. En otros casos, el incendio tiene su punto de partida en la capital, y entonces se enciende también la *fiebre* y

se abrasan las demás comarcas del organismo. En estos casos, se habla de *meningitis*, *encefalitis*, *meningo-encefalitis* y también de *paqui-meningitis*¹⁹. Los señores médicos, por un *itis* más ó menos, no se empachan.

Todas esas agitaciones, motines, tumultos y levantamientos de *Higiofrenia* no tienen fama especial, y en el mundo pasan por *enfermedades comunes* del cerebro. En todos, ó en *casi* todos estos

casos me hallo Yo presente, y dicho está que donde Yo estoy, ó se restablece pronto el orden ó se acabó la fiesta de la vida, encargándose del individuo la *Neotafia*.

Hasta aquí no hay, pues, *chifladura*: agítase ó se abate la mente; se sufre por el dolor ó por los ardores que producen respectivamente la neuralgia, la inflamación ó la calentura; pero



la *Conciencia* continúa ejerciendo su acertada jefatura, y la *Razón* se conserva.

Muy otra cosa es la *chifladura*, *vesania*, ó *locura*: reina desconcierto cerebral; pero éste se establece de manera progresiva, sin levantar fiebre; cunde el desorden á todos los distritos *cerebropolitanos*, desde los de la sensibilidad á los de la inteligencia y desde éstos á los de la voluntad.

Aun hay más: como en la *enfermedad vulgar* del cerebro no se ausenta el dueño de la casa, se tiene conocimiento del mal que ocurre; se temen los que amenazan y se solicita remedio para aquél y preservativos para éstos. Lo contrario sucede en la *Vesania*: en los primeros momentos del tumulto, el amo y corregidor del cerebro está en sus oficinas; entérase de las novedades y toma toda suerte de medidas para no dejarse engañar ni vencer por los enemigos morbosos que asedian la plaza. La lucha arrecia;... los galos se hallan á las puertas de Roma;... chillan los gansos del Capitolio;... pero en vano: las centinelas del *Buen sentido*



son pasadas á cuchillo, ó bien se pronuncian en favor del enemigo. Este allana la morada del Presidente;... al Presidente no le queda más que el valor de emigrar á uña de caballo, ó rendirse á discreción... ¿Qué podría, en tal caso, imperar, sino el caos ó la báquica anarquía?

No hay, pues, autoridad; ya no hay Gobierno en Cerebrópolis... Preguntad en los centros administrativos por lo que ocurre en el Estado, en las Provincias ó en los Municipios *cerebropolitanos*... Nadie sabe nada: unos dicen que todo va bien, rematadamente bien, á pedir de boca; otros afirman que todo marcha mal, á pedir de infierno.

¿Remedios?... ¿Qué remedios pedirá una población que no tiene conciencia de sus propios males, desenfrenada, que no siente sino el ardor de las pasiones, desbordadas en todos y en cada uno de sus individuos, y que se halla sin alcaldes, ni gobernadores, ni ministros, y sin rey ó presidente?

Sucede aquí lo que en cierta nación, que yo estimo mucho. Con la prensa, que se lamenta sin cesar, hacen coro unos pocos senadores y diputados de los que aun conservan residuos del antiguo patriotismo. «El pabellón nacional es vilipendiado por tribus bárbaras, fanatizadas por santones; se roba en el ramo de consumos; se estafa en contratos para construcciones na-

vales; se irregulariza á todo irregularizar en Ultramar»... Tales son las quejas... El Ministro interpelado responde: «que no hay tales carneros; que la prosperidad se cierne sobre la cabeza de los administrados, y que todo cuanto se escribe y vocea, no es más que el grito de los hambrientos del Presupuesto y la obra de los eternos enemigos del orden y del buen gobierno.»

¿De qué mal adolece un Ministerio que de tal modo se comporta?... Del mismo que le aflige — y le aflige sin que él lo conozca — al individuo en cuya mente se desencadena la tempestad de que voy hablando. Ni el Gobierno ni el individuo tienen noción clara de su propia enfermedad, ni de los peligros que les amagan; ambos ponen empeño en desconocer y negar la una y los otros; ni el uno ni el otro solicitan y ni tan siquiera aceptan, un remedio... Uno y otro están perfectamente *chiflados*... son de *Ultrafrenia*.

En resumidas cuentas, es el loco un enfermo del conocimiento, que desconoce su propia enfermedad..., por lo mismo que no tiene el conocimiento sano.

.
.



Mis ojos, ó por decirlo mejor, mi excelente telescopio, no me engañan. Allá, en los *tálamos ópticos*, junto á la cinta blanca que los separa de los *cuerpos estriados*, en una palabra, en mi propio palacio de marras, han fijado una proclama, que mejor se llamaría asqueroso pasquín.

Leo:

JUNTA REVOLUCIONARIA

« ULTRAFRENENSES:

» Acudid.

» Ha llegado nuestra vez; la tiranía ha succumbido al impulso de la fuerza brutal, que es la nuestra.

» Queda desocupado el infame palacio de la *Conciencia*: es preciso orearle.

» El Presidente ha huído como un cobarde. Se le busca, para hacerle justicia en su cabeza.

» Todas las cadenas quedan rotas.

» No hay ya categorías ni servidumbres.

» Libres sois en vuestras aspiraciones y de vuestro trabajo. Esta Junta os lo garantiza.

» Quedan cerradas las puertas de salida de la capital. Aquí no se rehusa á nadie; vengan de donde vinieren, todos pueden entrar. Todos son libres de hacer las manifestaciones que gusten, mientras no salgan de la ciudad.

» *No se dan salidas.*

» Queda la capital de *Ultrafrenia* declarada en estado de *Extasis* ó *Estupor*, que da lo mismo.

» *Ultrafrenenses*: procurad que esto dure mucho.

» ¡Viva la libertad!

» ¡Viva la anarquía!

» ¡Viva la bronca!

» ¡Viva la gresca!

» *Nueva-Cerebrópolis 30 de Octubre de 186...*»

Hay un sello alegórico: es la diosa Razón, patas arriba.

La orla dice:
«*Non ragonar da niente.*»

.
¡Cómo las turbas se apilan ante el cartel! ¡Qué tumulto! ¡Qué agitación más extraña! Es una olla podrida, que hierve á más no poder.



Unos brincan como endemoniados; otros corren y se esconden cual gazapos; otros se encaraman en la espalda de los que están leyendo y, apoyándose con las manos en la cara, les tapan

los ojos; aquél chilla; éste patalea; el otro pisa el callo á un viejo y se escapa como un rayo;



otro tira la zancadilla y hace caer de bruces á uno que no estaba para estas bromas; otro escupe á los ojos de un prósbita; el de allá vocifera como alma en pena; un anciano hace la mamola á un pilleto arrodillado, que reza el *Confiteor*; una dama encopetada silba como un mozo de mulas; una monja tira reniegos y enseña rolliza pantorrilla; tres bailarinas piden el

Viático; un señor mayor, que calza gafas azules, arrolla con mucho aliento el cordelito de una peonza; un obispo hurta el pañuelo á un municipal, que lo advierte y continúa impasible; allá se ve un inglés que saca la cuenta de la lavandera; más lejos se descubre á un alienista de

mucho empaque, que se las come verdes, pues se propone clasificar las vesanias por su asiento anatómico... Unos gritan, aúllan otros; otros lloran ó gimen, otros graznan ó braman... Campanas, castañuelas, cascabeles, violines, flautas, trompetas y tambores, todo suena y resuena á la vez; humos de azufre, amoníaco, sulfidohídrico, mirra é incienso, todo humea á un tiempo; pechugas de ave, revalenta arábiga, guindillas de Calahorra, salchichones de Vich, cebollas, chuletas y rábanos crudos y fritos, todo sabe á la vez; cosquillas, besos, alfilerazos, puñaladas y trancazos, que hacen cardenales, de todo cae á la vez y de todo reciben los circunstantes curiosos.

.
Lector: no sé cómo salir de mis apuros. Entre tanta revoltina, ¿cómo describir con método la población *ultrafrénica*?...

A mi auxilio viene ahora un nuevo cartel, que acaban de colgar del balcón central del vacío palacio de la *Conciencia*.

Dice así el cartel:

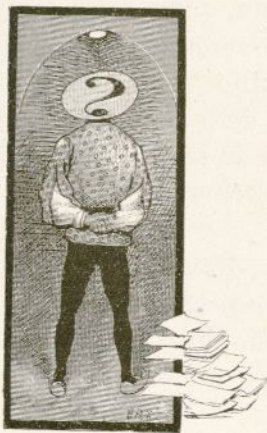
«La Junta Revolucionaria ha resuelto celebrar una *Gran Locura*. A fin de que todos los ultrafrenenses, sin distinción de clases ni categorías, puedan tomar parte en acto tan patriótico, decreta:

»ARTÍCULO ÚNICO: Quedan constituídos en sesión permanente, para deliberar sobre el expresado proyecto, en el ex palacio de la ex presidencia: en el día de hoy, las *Alucinaciones é Ilusiones*, y en el de mañana, los *Delirios é Impulsos*.

»De todo se dará cuenta y razón, y lo que fuere sonará».

De este úkase gubernamental colijo: que la población *ultrafrénica* está formada de *Alucinaciones, Ilusiones, Delirios é Impulsos*.

Es cuanto puedo decir hasta el presente, ateniéndome á las impresiones que recibo. Como no abandono el catalejo, no ha de faltar materia para el capítulo siguiente.



UN GALIMATÍAS. — TEMPESTAD EN PUERTA.

¡ORDEN! ¡ORDEN!



Como el palacio ex-mío es transparente, hasta cierto punto, porque las paredes, aun cuando de color de café con leche, son de material muy fino, y como en mi precipitada huída no tuve solaz para apagar la luz, — que entonces lo era de la *Razón*, así como ahora lo es de la *Sin-razón*, — veo perfectamente, desde mi tienda, cuanto ocurre allá dentro.

Abrese la puerta principal del palacio: por ella se precipita en tropel toda la gente femenina. Todo son empujones, empellones, coscorriones y codazos, para entrar las primeras. En el vestíbulo del salón del trono, se entabla viva

querella entre *ópticas* y *acústicas*. Una de éstas, con el vestido lleno de solfas, se encara con otra de aquéllas, cuya nariz viene montada por lindos espejuelos de cristal de roca, con marco similar.

— Tengamos la fiesta en paz, — dice la de las solfas. — ¡Paso á la falange acústica! ¿quién en esplendores y compases podría compararse con una *Semifusa*?

— Alto ahí, brava persona, — dice una *Corchera*, — si usted tiene muchos compases, yo puedo tener muchos *bemoles*.

— Pues yo, para servir á ustedes, — replica una *Mínima*, — dispongo de muchos *sostenidos*.

— Eso es farsa, — dice la *óptica* antes citada; — aquí la aristocracia empieza y concluye en las de mi rango. ¿Qué sois las *acústicas* sino las esclavas del *Lenguaje* y de la *Música*? No tenéis expresión propia. Entráis, sí; pero ya no podéis salir sin ajeno auxilio. A ver... producid una modulación de sonido por vosotras mismas... haced un signo — no pido más que un signo — que exteriorice el efecto que habéis causado en *Cerebrópolis*... Sin el complicado mecanismo de la *fonacia* y del habla y sin ins-



trumentos de viento ó de cuerda, ¿quién tendría noción de vuestra existencia? Diréis que no falta quien habla moviendo las orejas; mas, tengo para mí, que esa mímica auricular, en la que debió ser gran maestro cierto rey de la Frigia, cuando aparece en algún humano, constituye un argumento en favor del incomparable Darwin. Además, vosotras no proporcionáis sino los elementos burdos de las ideas... ¿Qué de trabajo no se necesita para llegar á componer con vuestros materiales, una palabra, un discurso, un libro, una polka, un schotisk ó una misa de *Requiem*! Nosotras no: las ópticas vivimos de nosotras mismas: el color, la extensión, la figura, y hasta el relieve y la distancia, — cuando hay un poco de práctica, — todo lo ofrecemos hecho y derecho. Tenemos además lenguaje propio: lenguaje insinuante, lenguaje universal... ¿Quién desconoce el lenguaje de los ojos? En cambio, — ya lo he apun-



tado, — el lenguaje de las orejas no es humano, ó es muy primitivo, antediluviano: es lenguaje de bestias: *Veluti pécora, quæ Natura finxit prona atque obedientia ventri*. Si la alcurnia cerebro-politana arranca de la inteligencia, ¿qué sensaciones podrían competir con las que nacemos en los ojos?... De todo lo cual infero, que nadie tiene derecho á entrar antes que nosotras en el palacio de la *Conciencia*.

A un *batutazo* de *Semifusa* rompen estrepitosas todas las acústicas: campanas, tambores, clarines, bombos, flautas, zambombas, violines, cornetas, cantos, alaridos, silbidos, chillidos, y gaitas,... todos, á quien más puede, hacen de las suyas. A otro golpe de batuta de la Directora, que debe ser la señal de *alto el fuego*, se restablece el silencio... Adelántase el *Do de pecho*, y lo da diciendo: «¡Adelante y á ellas!»

Las ópticas, atronadas por la descarga cerrada de las acústicas, se tapan los oídos con las manos, de lo cual resulta que ya no pueden combatir. Aterradas por el estruendo, ya sólo oponen resistencia pasiva... Pero *nobleza obliga*: sus cuerpos, inflamados por el heroísmo hereditario, amontónanse formando alta barricada en el dintel de la puerta del salón. Vencidas y ultrajadas por la muchedumbre, son todas *pasadas por ojo* por las vencedoras. Las *táctiles* descargan puñetazos á diestro y siniestro en todo lo que les

viene á mano; no las mueve ardor guerrero, sino instintiva afición á la *boxa*. Las *olfativas*, como el gallego del cuento, dicen: «Huéleme que habría palos;» y, en efecto, los hay *urbi et orbis*. Las *gustuales*, que no están afiliadas á ningún partido y que lo mismo les da ser las primeras que las últimas de entrar, se lamen dedos y labios del gusto que les da el edificante espectáculo. Las *eróticas*, temerosas de perder terreno, ármanse de dardos, que toman del inagotable carcaj de Cupido. Callan las *gástricas*; las *faríngeas* piden agua, para apagar la sed que causa el ardor del combate;... las *estercoráceas*, en fin, hacen su bajo papel — pero sin papel — dejando como testimonio irrecusable de su mala educación, un olor que, si bien no es el de la pólvora, recuerda sobradamente la combinación del azufre con el hidrógeno y el amoníaco.

Las *acústicas*, á cuya cabeza está siempre *Semifusa*, ocupan los sillones á derecha é iz-



quierda de la tarima del trono. Dicho está que éste se lo reserva para su uso la capitana. Las *ópticas*, que han debido ceder á regañadientes, se sientan en los bancos de terciopelo carmesí, que están contiguos á la tarima; de las *tactiles*, unas se codean — por puro gusto de codear — con las *ópticas*, mientras que otras ocupan las filas subsiguientes; *olfativas* y *gustuales* se colocan juntas, á la cola; serpenteando por el estrado, ocupan el lugar que pueden las *eróticas*, y por último, las *viscerales*, avergonzadas de las mucosidades propias, se esconden en los ángulos y rincones del salón.

Restablecido el orden — no por obra de autoridad, sino por el cansancio de la lucha, — Semifusa, la presidenta, *por sufragio universal*, manda pasar á la del día, oficiando de secretaria de la mesa la más joven, que lo es una de las *eróticas*, llamada por mal nombre *Pudenda*.

Semifusa se levanta y dice:

— Alucinaciones é Ilusiones de todos los distritos, altos, medianos y bajos de esta gran capital...: compañeras: nos congrega en este histórico recinto un decreto de la Muy Poderosa Junta Revolucionaria de Nueva-Cerebrópolis,



cuyo incommensurable patriotismo le ha inspirado la idea de celebrar una *Gran Locura*, en que tengan genuina representación todas las fuerzas vivas de *Ultrafrenia*. Y, como nosotras, en uso del derecho que nos compete, hemos sido llamadas las primeras, — esto es, antes que los *Delirios* y los *Impulsos*, — es lícito pensar que la que se va á hacer será una *gran locura alucinatoria, en medio del estupor melancólico*, que ha sido decretado para la capital. Trabajemos, pues, con ahinco y sin descansar, á fin de hacer una obra digna de nuestra historia. Nosotras, las *acústicas*, hemos sido violentamente aludidas por una de nuestras consortes, las *ópticas*, la cual ha expuesto las razones de ciertas preeminencias de nacimiento; razones que no me propongo rebatir en este instante, pues los actuales momentos no lo son de lucha, sino de paz, paz y trabajo, y buen concierto entre todas nosotras, á fin de que la obra reúna todas las perfecciones posibles. ¿Qué dirían los *Delirios*, qué harían los *Impulsos*, si no les presentásemos un cuadro estético alucinatorio del todo idéntico al de las sensaciones hígidas, ó normales? ¿Qué fundamento tendrían nuestros vecinos para desplegar sus bríos y talentos *ultrafrénicos*, si no fuesen de ley los productos que nosotras ofreciésemos? Si se omitiera ó fuese insuficiente nuestra cooperación, lo que resultaría no sería una *locura*,

sino un *sueño*, ó, por mejor decir, un *ensueño*, que es *flor*, si no *de un día, de una noche*. Digámoslo, puesto que es verdad, —y sirva mi franca declaración de desagravio para las ópticas y cuantas puedan haberse sentido ofendidas por nuestro comportamiento en el vestíbulo, — tratándose de entendimientos sanos, nadie, en el orbe estético, es superior á las sensaciones luminosas; pero, siendo cosa de *chiflar un cerebro* por la vía de las sensaciones morbosas, las *acústicas* damos quince y raya á las más pintadas, incluidas las ópticas... No hay poder equivalente al de nuestras *alucinaciones é ilusiones*. Somos primero campanadas, trompetadas, silbidos, zumbidos, arroyos, ó gritos; luego nos transformamos en campanarios, bandas de regimiento, ríos revueltos, mares tempestuosos, interjecciones, insultos y discursos. Al principio, todos se ríen de nosotros; luego ya dudan de nuestro realismo é interioridad; al fin nadie dificulta que seamos sensaciones verdaderas, *cantantes ó sonantes* y aun á veces, *parlantes, cantantes y sonantes* al mismo tiempo. Alquilamos piso, no por meses, sino por años y años...: guapo ha de ser el que nos obligue á levantar el domicilio, aun cuando nos sigan juicio de desahucio por falta de pago ó por pagar en moneda no muy católica. Por esto defendemos aquí nuestra primacía, nuestra prioridad, nuestra indiscutible superior-

ridad, en tiempos de locura. Sea la paz con nosotras y concertemos nuestra tarea. Declaremos ser de la misma laya *alucinaciones* é *ilusiones*, cualquiera que sea el sentido de donde procedan. Fuera distingos filosóficos, en que se han entretenido médicos demasiado metafísicos. Que un sabroso salchichón de Vich, colgante de un clavo del techo de la despensa, se le antoje á uno que es el cuerpo del Iscariote que vendió al Maestro, y que á otro, donde no hay salchichón, ni clavo, ni techo, ni cosa que cuelgue, vea también el cadáver del apóstol suicida, ¿qué más da? ¿No mienten con igual perfección, respecto de la realidad óptica, la *ilusión*, de que es ejemplo lo primero, y la *alucinación*, de que lo es lo segundo? Esto por lo que hace á las *ópticas*, — con lo cual se echará de ver que no carezco de sus noticias, — lo mismo diría de una de nos-



otras: al clamor de la campana de la oración, uno oye trompetas, que le anuncian su marcha triunfal en sentido del cadalso; tal otro, sin que haya campanas, ni campanario, ni campanero, oye las mismas cornetas de su juicio final. ¿Qué más le da al infeliz, que por obra de su propia

chifladura se ve conducido al expiatorio catafalco? Esto sentado, *erudimini*. Trabajemos de acuerdo unas y otras y propongamos un sistema completo de *alucinaciones é ilusiones acústicas, ópticas, táctiles, gustuales, olfativas, eróticas y viscerales*, que merezca los honores de ser aceptado por la Junta Revolucionaria y transmitido, sin adición ni desmoche, á los *Delirios* y á los *Impulsos*, para que resulte una ver-



dadera locura, una locura completa.

— Pido la palabra, — dice una táctil, á quien llaman *Pepa Trauma* ²⁰.

— Usted la tiene.

Es la *Trauma* una mocetona de pelo en pecho y toda carne y huesos. Cada una de sus manos pesa dos kilos. Las tiene sembradas de

desolladuras, y en cada nudillo de los dedos ostenta un callo, indicio de su profesión. Dicho va con esto, que su voz es de amazona de los mercados.

— Señoras: yo propongo que se nombre una comisión ponente, formada de una alucinación de cada distrito, para que, sin levantar mano, redacte un informe razonado, á fin de que éste sea al punto sometido á discusión y votación.



LA PRESIDENTA. — La proposición de la Trauma, paréceme conducente á un fin práctico; la considero aceptable. Si alguna quiere apoyarla ó impugnarla, puede usar de la palabra.

(Un murmullo general).
— ¡Que se vote! ¡que se vote!

LA PRESIDENTA. — Se va á proceder á la votación. Las que aprueben, se tocarán la punta de la nariz con el pulgar y estirarán la mano midiendo el palmo; las que no, darán un pellizco á la del lado.

No se oye ningún quejido, — señal de que no hay pellizcos, ni, por consiguiente, votos negati-

vos,—en cambio, en cada semblante se levanta una mamola. El conjunto es deliciosamente inharante.

LA PRESIDENTA.—Queda aprobada la proposición de la Trauma. La mesa indicará la Comisión informadora.

Cinco minutos de silencio; la Presidenta escribe y luego dice:

—Pudenda va á dar lectura de los nombres de las señoras comisionadas.

PUDENDA (*leyendo*).—Presidenta, en representación del distrito acústico: *Semifusa*.

Vocales: en representación de las ópticas — *Fosforita*, la de los espejuelos.

De las táctiles — la *Trauma*.

De las gustuales — *Piperita*.

De las olfativas — *Pituitosa*.

De las viscerales superiores — *Ptialita*.

De las viscerales inferiores — *Cólica*.

De las eróticas—una servidora de ustedes.

LA PRESIDENTA.—Se suspende la sesión. La Comisión pasará al ventrículo medio, para redactar el Informe. Dentro de veinte minutos continuará la sesión, para dar lectura al Informe, discutirlo y votarlo.

Mientras la Comisión se dirige al ventrículo para deliberar, las Alucinaciones se disponen á dormir una pequeña siesta. Yo aprovecharé el tiempo para dar cuenta de importantísimas no-

ticias que me llegan de *Extra-Cerebro*, por las vías auditivas. El asunto es interesante, pues se trata de una consulta entre Galenos, y la voy á transcribir textualmente.



VI

ENTRE GALENOS



A lo he dicho: mi posición estratégica para escribir estas MEMORIAS es inmejorable. Todas las salidas de *Cerebrópolis* están cerradas: la Junta Revolucionaria ha declarado á la ciudad en estado de *Estupor*.

Pero este orden de cosas no alcanza á *Cerebelópolis*, ni reza, por consiguiente, con la tienda que me sirve de tugurio. Aquí, en el ventrículo cuarto, está la oficina acústica, la cual por este lado tiene expeditas las comunicaciones. Oigo, pues, cuanto por ahí fuera se dice — aun cuando no lo vea,— y como tengo buena mano, buena tinta, etc., etc., escribo con

el *cálamus scriptorius*, cuyas barbas son nada menos que las raíces de los nervios auditivos.

— Apoplejía, don Antonio, apoplejía. La carótida, harta de miedo, ha estallado y ha convertido al encéfalo en una charca de negros cuajarones, empapados en suero negro. Mi larga práctica me ha enseñado que, si esto no lo remedia, una sangría *ad deliquium*, *volaverunt vel volavere*... ¡Chica! Antonia... dale un puñado de alfalfa á la mulita.



— ¿Es la misma bestia que compró usted al señor ecónomo mosén Pascasio?

— Sí, señor; y que ha salido de calidad. Mire usted, por el tiento sabe las casas donde hay enfermo; me lleva allá, y, si no receta, es porque para esto me basto yo.

— Todo lo contrario con mi jaquita, que pagué por buena al gitano de Xulé. Es en extremo devota: ha convertido mi visita en un *vía-crucis*.

A la hora de hoy, ya me ha invitado seis veces á adorar el santo suelo. Suerte que en sus muchos pecados lleva la penitencia. Mírele usted las rodillas cómo las tiene de cascadas, peladas, desolladas y ensangrentadas. Si no enmienda, dentro de poco será un caso de doble *hígroma*.

— Poco grano, don Vicente, poco grano. Es preciso amar al prójimo como á nosotros mismos. El abdomen de usted hace rápidos progresos, y es indispensable condolerse de los que van debajo.

— Pues, mire usted, don Antonio, se equivocan los que piensan que esto es debilidad y que yo ando escaso con mi jaca. Ayer, sin ir más lejos, se cenó la sopa de toda la familia; en lo cual no tuve reparo, porque ella — la jaquita — no tiene escrúpulo de moscas, de las cuales había tres entre dos aguas, ó por mejor decir, entre dos caldos. Ya ve usted que la doy tratamiento antropológico.

— Oiga... ahora llega el caballo de espadas.

— ¡Ah!, si el niño Agapito Zuriago... ²¹ Ahora es el indispensable en todas las consultas; la moda, la moda... Y que no se da importancia el nene... Ya verá usted las teorías de escuela que nos espeta. Mucha teoría..., pero ni pizca de sentido práctico.

— Señores: suplico á ustedes disimulen mi



tardanza... Como el río baja turbio y grueso, he tenido que dar un rodeo de un cuarto de hora, con lo cual no contaba.

— ¡Ah! la juventud; siempre atolondrada. Agapito, es preciso tener más atenciones con los mayores en edad, saber y gobierno. No nos enfadamos por esto. Vamos al caso, si á ti te parece. Como aquí no hay médico de cabecera, pues todos llegamos á un mismo tiempo, tú, Agapito, harás la relación del caso clínico y expondrás tu parecer el primero.

— No hallo inconveniente. Pasemos á la alcoba.

Cinco minutos de silencio. Sigo yo pluma en ristre... Empieza la consulta... Habla don Agapito.

— De informes que me he procurado al entrar, resulta: que en los antecedentes morbosos de este joven figuran, como hechos de herencia, una madre neuropática y dos tías devotísimas. No pretendo decir que la devoción sea cosa frenopática; pero los extremos del misticismo indican falta de robustez mental. Este joven recibió una educación exageradamente afectiva: hubo en ella un sobrante de *caríños que matan*. Saltó, sin gradación, de la niñez á la pubertad. Su inflamable espíritu cayó de repente en la llama del amor. Sopló viento afortunado para la pasión y se avivó la llama. Fué ésta dardo

de soplete, que oxida y reduce. Iba el joven á saborear los más altos favores de Cupido, y en el instante en que la sangre le hervía en los nervios, vióse envuelto en el frío sudario de la muerte. Un ataúd, como llovido del cielo, vino á ser tálamo de un amor primero, en el álgido período. A él y á su linda pareja, la bella Rosita,



el hálito frío de la tumba les cuajó el espíritu... por sorpresa. El cerebro es como un lago: arrojad en éste una piedrecita y determinaréis en sus antes tranquilas aguas un sinnúmero de círculos, que se llaman de *difusión*, porque son cada vez más vastos, hasta que se estrellan en las orillas. Así se conmueven las regiones del encéfalo por las impresiones que á ellas acarrean los sentidos. Cuando el lago se hiela, ya no le conmueven

piedrecitas ni sacudidas aun más fuertes; no se producen *círculos de difusión*, ó por lo menos, éstos no alcanzan á las orillas. Cosa análoga ocurre en este cerebro, que está *inhibido*: la *inhibición* es al cerebro lo que la congelación al lago. Esto es *estupor*, *éxtasis* ó *frenoplexia*. Véase, si no, el cuadro sintomatológico. Los ojos del enfermo están fijos: clavados ora al suelo, ora al techo, cual si



mirase siempre á un mismo objeto; contraída está la fisonomía:

apenas cuenta quince años, y tiene cara de viejo. Levantado de la cama por impulso ajeno, cuelgan inmóviles y rígidos sus brazos; si se le sienta y se le obliga á encorvarse, conserva indefinidamente la actitud que se le ha impreso. Sus músculos están rígi-

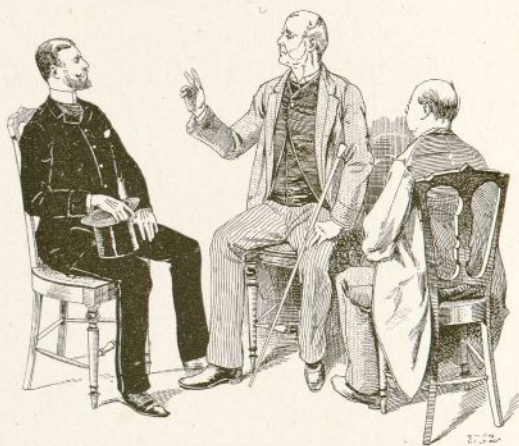
dos: á diferencia de lo que ocurre en los *catalépticos*, las contracturas musculares de los *extáticos* son de muy difícil vencer; diríase que en el *éxtasis* los músculos son de hierro, y de cera en la *catalepsia*. En vano se solicita del enfermo una respuesta: hay *mutismo frenopático*; aun cuando se le pellizque ó pinche, su laringe no produce

sonidos. Conócese, no obstante, que son sentidos los estímulos doloríficos: su semblante se ha contraído visiblemente al influjo de los ensayos estetiográficos, ó de la sensibilidad. No está abolida la sensibilidad moral: cuando le hemos hablado de Rosita, no ha gemido ni suspirado; pero ha corrido una lágrima por sus mejillas. No quiere comer, ni beber, ni tomar medicinas: no obedecen estas negativas á impotencia de la deglución, ni á ausencia de sensaciones de hambre y sed, sino á una voz alucinatoria que ordena estas resistencias pasivas. ¿Qué es de la sensibilidad de este sujeto? ¿Ve, oye, percibe impresiones de frío, calor y dolor y sabores y olores? ¿Atiende á las necesidades naturales de excreción?... Parece este enfermo una estatua... ¿Hay carencia de sensibilidad ó ausencia de medios de expresar las sensaciones, ideas, juicios y las consiguientes voliciones que se forman en el sensorio? El estado de los movimientos reflejos — los que están fuera de los alcances de la voluntad — puede servirnos de guía para resolver esta difícil cuestión. [Hay estúpidos cuyas pupilas se mantienen inmóviles á la luz: éstos no ven; pero las pupilas de nuestro joven se agrandan y achican según de ellas se aparta ó se aleja la llama de una vela: nuestro enfermo ve. Hay estúpidos á quienes se les puede introducir el mango de una cuchara en la garganta, sin que por esto se

provoque la náusea: éstos carecen de impresionabilidad faríngea;... nuestro enfermo ha echado una bocanada de jugo estomacal al hacer este ensayo: es que tiene sensible el tragadero. Hay estúpidos en quienes, por fuertes que sean los estímulos sensoriales que se les aplican, ni el pulso ni el corazón modifican su ritmo: en éstos está abolida la sensibilidad general;... en nuestro enfermo, á beneficio de estímulos cutáneos, hemos visto coloreársele el semblante y aun me ha parecido que se conmovía el pulso: nuestro enfermo conserva, pues, la sensibilidad de la piel. De lo expuesto colijo: que en nuestro extático hay una rebaja de la sensibilidad, así general como especial; pero esta facultad subsiste. En cambio, está suspendida la motilidad voluntaria y, con ella, los medios de expresión. Es, pues, un caso de *frenoplexia*, en el que, con esas apariencias de quietismo absoluto, se efectúa en la mente una verdadera revolución de alucinaciones, que darán pie á los más extraños delirios y desplegarán toda la escena frenopática sobre un fondo de tristeza, ó melancolía, que no es posible ponderar con ninguna de las aflicciones que salen al paso en la existencia normal del hombre. Así y todo, considero á este joven perfectamente curable, en un período que no pasaría de tres meses, si su familia, atemperándose á los consejos de la ciencia médica y sobreponiéndose

á afectos que no dirige la razón y que, ahora más que nunca, engendran *caríños que matan*, resolviese pronto colocarle en un asilo frenopático bien dispuesto: en *un manicomio que no lo pareciese*; en donde, á más de hallarse sustraído á impresiones que fomentan las alucinaciones y aumentan los dislates del delirio, podría recibir un tratamiento físico conveniente, que, á mi modo de ver, debería tener por base la hidroterapia y los bromuros alcalinos. Si así no se hace, es de temer que empiece el deshielo: cese la inhibición en las regiones encefálicas que dirigen los movimientos y las expresiones; el delirio se quitará entonces la máscara y veremos el cuadro de la *manía melancólica*, con delirio alucinatorio, hasta los más altos grados del furor, si ya no es que el suicidio haya puesto término á la tremenda escena morbosa que amenaza. Quizás después el delirio *se sistematice*; quizás las alucinaciones se concentren alrededor de un objeto, y el enfermo presente los caracteres de un *monomaniaco*. Malo; porque en tal caso el mal sería incurable; el pobre chico viviría vida de loco, para morir demente. En fin, señores, he abusado de la atención de ustedes, y al paso que espero consejos de su superior ilustración y consumada práctica, solicito sean indulgentes con éste, que ha sido uno de mis primeros ensayos clínicos.

— Bien, Agapito, bien; has hablado como un libro. Se conoce que tienes buena memoria y que durante la carrera no has perdido el tiempo. Tu padre siempre me lo decía; pero yo no lo quería creer, porque los devaneos de la juventud suelen causar lamentables distraccio-



nes. Tu padre, sin embargo, era más práctico; y en un tal caso, de seguro que se despachaba con una sangría de á libra. ¿Qué opina usted, don Vicente?

— En cuanto á mí, todo me hace al caso, menos la *inhibición*. A esa manía de inventar nombres, que ahora se ha desarrollado entre los jóvenes, la considero muy perniciosa, y por más

que dé cierto brillo á las palabras, no conduce á nada útil.

— Con perdón de ustedes, debo manifestar que, si bien estoy de acuerdo en que no es cosa buena inventar nombres nuevos para cosas viejas, opino que es indispensable crear nomenclatura para las cosas y hechos nuevamente descubiertos. ¡La *inhibición*!... claro está que la inhibición no es cosa de los vasos, ni de la sangre, ni de la nutrición de los tejidos: es una propiedad que tiene la substancia nerviosa de alternar en la función y en la inacción. Donde quiera existe esta alternativa, hay nervios de por medio. Los fenómenos de la inacción son fenómenos de parada — *d'arrêt*, como dicen los franceses. — Picando con una aguja el bulbo raquídeo, se produce un *arrêt* tan general y tan completo, que cesa inmediatamente la vida. Esto lo saben los *puntilleros* del arte taurino. El sueño fisiológico es otro fenómeno de parada, y lo mismo digo del *hipnotismo provocado*, que tanto maravilla á los que no se quieren tomar la pena de estudiar las cosas nuevas. Ni uno ni otro sueño son debidos á defecto ni á exceso de sangre en el cerebro: hay congestiones cerebrales que desvelan, y también desvela la anemia cerebral. Haya congestión, anemia ó derrame de serosidad en los centros nerviosos,— cosas que alternativamente han demostrado las

autopsias hechas en cadáveres de estúpidos, — no son las tales lesiones causa del *estupor*, sino efectos consecutivos, necesarios, del estado de *inhibición* en que se halla la materia nerviosa. Para comprender la *inhibición* y darse cuenta aproximada de su manera de ser, basta comparar momentáneamente la substancia nerviosa á un imán. Tritúrese y examínese molecularmente, con todos los auxilios del análisis, lo que poco antes de la disgregación era un imán: ¿en qué se le hallará diferente de la materia de una barra de hierro que no esté imantada? Algo parecida debe ser la *inhibición* á la *inconductibilidad* que, para ciertos fluidos, presentan determinados cuerpos. El secreto está en la intimidad de los varios átomos: contentémonos con la noción del fenómeno y renunciemos generosamente á la investigación de su esencia. El *estupor* es, pues, un fenómeno de suspensión, — *d'arrêt*, — en virtud del cual las funciones cerebrales están parcialmente suspendidas, así para los actos de la inteligencia, como para los de la sensibilidad y motilidad voluntarias... Suplico á usted, señor don Vicente, se dé por satisfecho con estas explicaciones, pues me parece que me están ustedes sometiendo á un examen... y ya los tengo hechos todos, incluso los de las Reválidas de la Licenciatura y Doctorado.

— Y bien satisfecho que estoy de ti, querido

Agapito, y digo lo mismo que don Antonio: eres un joven de provecho;... cuando tendrás práctica, valdrás muchísimo... Ahora, inclinándonos al caso de la consulta, soy de parecer que no debemos aconsejar el manicomio. Si tal hiciéramos, además de aumentar la pesadumbre de la familia, saldríamos notablemente perjudicados... La carrera, ilustrado joven, tiene flores y espinas: justo es que quien se expone á los abrojos reciba el perfume de las flores. Además, como dicen los franceses: *il y a vivre et savoir vivre*.

— Si entramos en este terreno, venerables colegas, tendré el sentimiento de separarme de ustedes al instante, y diré particularmente á los interesados mi manera de ver... Decente cosa es, señores míos, cobrar honorarios, *decentes* también, por nuestros servicios; pero otra cosa y muy otra, es ocultar la verdad á la familia, para transformarse en exutorio permanente del peculio de los desventurados.

— Cálmate, Agapito, cálmate;... no digas más y se hará como tú pides.

— Es que si tales son las cosas que me ha de enseñar la práctica de mi profesión,... renunciaría á la práctica, don Antonio. Jamás mi padre, que usted dice fué su amigo, abusó de modo tan inaudito del título de médico.

— Señores,— dice una voz femenina, muy

sonora: — el chocolate aguarda á ustedes. Sír-
vanse pasar al salón.

.
En este instante, la Comisión informadora
vuelve á entrar en el salón del trono... Yo me
pego de nuevo al catalejo de Silvio.



VII

UN DOCUMENTO PARLAMENTARIO



UE en el seno de la Comisión informadora no habrá reinado todo el respeto y consideraciones mutuos, que para tales casos se requieren, despréndese del talante de las señoras comisionadas al entrar en el salón del trono. Allá está Fosforita, la de los espejuelos, que lleva roto uno de sus preciosos cristales, coincidiendo el foco de fractura del *flind-glass*, con un chichón *cardenalicio* en la órbita, de tal tamaño y figura, que cualquiera podría leer entre renglones la palabra *puñetazo*. Ahora aparece la representante del sentido del gusto, con una muela sangrienta entre los labios. *Pudenda*, la imberbe secretaria, trae entre manos un jirón

de su vestido magenta, procedente de la región anterior del pecho, cuyos turgentes hemisferios revelan al desnudo el desgarrador percance. No se observa novedad en la Trauma: se conoce que, en las primeras y segundas de activa en que habrá intervenido, habrá sido más bien *sujeto* que *predicado*. Hasta la presidenta, doña Semifusa, ostenta graves indicios de que ha habido *zafarrancho de combate*. Su batuta está en dos pedazos, á pico de flauta; noto además que tiene desgarrado y ensangrentado el lobulillo de la oreja izquierda, habiendo perdido el pendiente... ¿Habrán mediado tirones eficientes de este desgarró cruento?

Es probable que, apremiando el tiempo, se habrán hecho las paces á última hora, después de los desahogos del mal humor. El documento que se va á leer será muestra de que ha sido redactado *cálamo corriente* y á gusto de la presidencia.

Ya está la Asamblea en orden. Todas las *siestantes* se van despabilando, unas espontáneamente, otras por ajeno estímulo.

LA PRESIDENTA.— Continúa la sesión... La señora secretaria leerá el Dictamen de la Comisión.

PUDENDA (*leyendo*). — «Dictamen razonado que emite la sección estética de *Ultrafrenia*, para dar los fundamentos clásicos de la *Gran Locura*,

que se celebrará en *Nueva Cerebrópolis*, según decreto de la Junta Revolucionaria, de 30 de Octubre de 186...

»Es indudable que todas las ideas son hijas de sensaciones. Donde no ha habido sensaciones, no son posibles ideas; donde no hay ideas, no puede haber juicios; donde no se forman juicios, no caben razonamientos, ni voliciones, ni expresiones del movimiento voluntario: *ergo*, la sensación es la *materia prima* de toda la industria cerebral; *ergo*, no existen *ideas innatas*. ¡*Ideas innatas!*... Los que las inventaron hicieron una verdadera *limonada psíquica*, *ad gratum saporem et ad usum stultorum et imbetilium*. Confundieron lo *abstracto* con lo *innato*. Demostración: lo *infinito* se forma de la idea de lo *finito* — que da toda sensación cuando empieza y cuando acaba, — y de la negación — que crea toda sensación cuando cesa de existir. — Mézclese y agítese *secundum artis; regulæ*... y tendremos la idea de lo *infinito*.



»¿Es esto innato? ¿Tienen esta idea los niños al nacer? Si la tienen ¿por qué no la expresan? Y si no la expresan ¿por qué decir que la tienen?

»Para ser buena una *Locura*, ha de tener fun-

damentos fisiológicos; de lo contrario, resultaría una *Demencia*. De donde se deduce que, tratándose de hacer una locura formal, una locura *de tomo y lomo*, es indispensable hacerla partir de las sensaciones. En esto la Junta Revolucionaria ha dado muestra patentísima de que sabe dónde le aprieta el zapato y dónde tiene la mano derecha y, en fin, de su extraordinaria competencia, pues ha llamado primero que á nadie á las *Alucinaciones*. ¡Aplaudidos sean sus talentos y quede consignada nuestra gratitud por la justicia con que se nos ha tratado!

»Viene ahora la cuestión delicada de cuál de los distritos estéticos debe ser el primero en orden y categoría en la función frenopática que



se prepara. Si el asunto fuese hígido — de sanidad de la mente — no sería disputada la preferencia á las ópticas y tampoco lo fuera si se tratase de una *locura alcohólica*, movediza, formada de sapos y culebras, ratones y sa-

bandijas, lucecitas, figuritas y fantoches que no paran de correr, saltar y bailar. En casos tales, la preeminencia de las alucinaciones ópticas es incuestionable. Pero el caso presente lo es de

estupor, y de *estupor melancólico*, con el delirio y zarandajas colaterales y subsiguientes, y aquí las acústicas han sido, son y serán siempre las primeras.

»Esto sentado y admitiendo que las Alucinaciones somos *sensaciones sin objeto*, como dijo una ilustre *Ardilla* ²²; *sensaciones sin excitante funcional*, ó, si se quiere, *sensaciones que nacen y crecen espontáneamente en el encéfalo*, no se puede perder de vista que, si bien nuestro primer origen no se halla en las regiones intelectivas, tenemos con ellas las relaciones más íntimas y hasta vínculos de familia. De donde se colige que, para el acierto en nuestra obra, es indispensable contar con el concurso de las potestades de la *Inteligencia*. Nuestro trabajo deberá, pues, ser *psico-sensitivo*.

»¿No tenemos en el Distrito intelectual, cada una de nosotras, los grandes almacenes, con armarios, vitrinas, estantes, cajones, cajas y cajitas de la *Memoria*? ¿Cómo habrían de faltar-nos materiales bien elaborados, para preparar los que sean indispensables para hacer un *buen delirio*, con todas sus consecuencias?

»Importa, pues, presentar un contingente *alucinatorio* elemental de primera mano. Éste lo produciremos nosotras solas. Pero luego hay que añadir labores más acabadas, labores *psico-sensitivas*, formadas de *recuerdos*, que no habrá

más que bruñirlos un poco, para hacerles sacar el brillo de *actualidad*, que es de rigor en nuestros artefactos.

» Así, pues, habida razón de estas consideraciones y teniendo en cuenta el estado *frenopléctico* que queda estatuído en Cerebrópolis, el Programa alucinatorio de la Locura que se proyecta consistirá:

» 1.º A las ocho de la noche, repique general de campanas, tocando la *Marcha de los difuntos*.

» 2.º Dos docenas de curas, muy feos, de grueso abdomen y cogote de tres repliegues, cantarán el *Dies iræ*, ante un ataúd abierto, del cual se levantará una momia, con los brazos en cruz.

» 3.º Una docena de esqueletos ejecutará la *Danza Macabra*, al son de la gaita gallega, que tocará el demonio que gime á los pies del Arcángel San Miguel.

» 4.º Un embozado misterioso, echará polvos, misteriosos también, en los manjares y bebidas que se destinen al interesado. *Ptialita*²³ cuidará de que á éste todo le sepa á carne de cementerio y á tripas de gusano.

» 5.º Sonarán, varias veces al día, las trompetas del Juicio final; aparecerá el valle de Josafat, poblado de calaveras, que se ejercitarán en la masticación *en vilo*; fémures con casaca, darán el brazo á tibias con sayas y abanico.

» 6.º Habrá retortijones de tripas; correrán

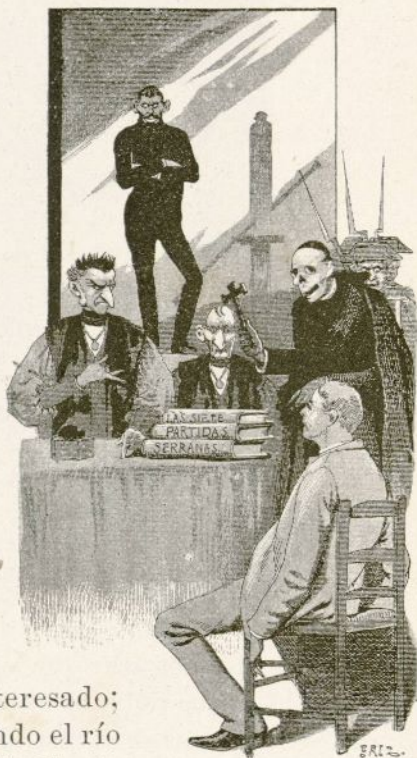
serpientes en los intestinos, haciendo sonar el cascabel á toda orquesta.

»7.º Un gusano roedor se meterá en el ventrículo izquierdo del corazón; la carcoma que fabrique, correrá con la sangre para sembrar remordimientos en todas partes y dar angustias en el epigastrio.

»8.º El cielo estará cubierto de nubes cenicientas; soplará viento de levante, que helará las carnes y hará crujir puertas y ventanas.

»9.º De vez en cuando se presentarán jueces togados, con séquito de alguaciles, mozos de la Escuadra y Guardias civiles. En las escenas más adelantadas se verá el cadalso, y el verdugo junto al garrote.

»10.º Una muchacha bonita, de catorce á quince años, irá palideciendo y encanijándose á la vista del interesado; ella le pedirá agua, y aun cuando el río estará cerca, aquél no tendrá aliento para extraer un vaso y dárselo á la niña muriendo de sed.



» 11.º La niña le dará una rosa; el interesado irá á besarla y olerla: sus labios serán picados por espinas y sentirá olor de ruda mezclada con gangrena.



» 12.º Se presentará un bosque seco exornado de encinas deshojadas, de cuyas ramas muertas colgarán cuerdas de cáñamo con nudos corredi-zos, algunos de ellos provistos del respectivo suicida; voces de éstos repetirán: «¡cuélgate, cobarde, cuélgate!»

» Tal es el Programa de la parte estética que Alucinaciones é Ilusiones de todos los distritos ultrafrénicos tienen la honra de proponer á la Muy Poderosa Junta Revolucionaria, pudiendo asegurar que se ha hecho cuanto se ha podido y que todas se hallan dispuestas á aportar nuevos materiales, cuando se estime conveniente variar el plan de la Locura que ha sido concebido.

» Nueva-Cerebrópolis, 30 de Octubre de 186...

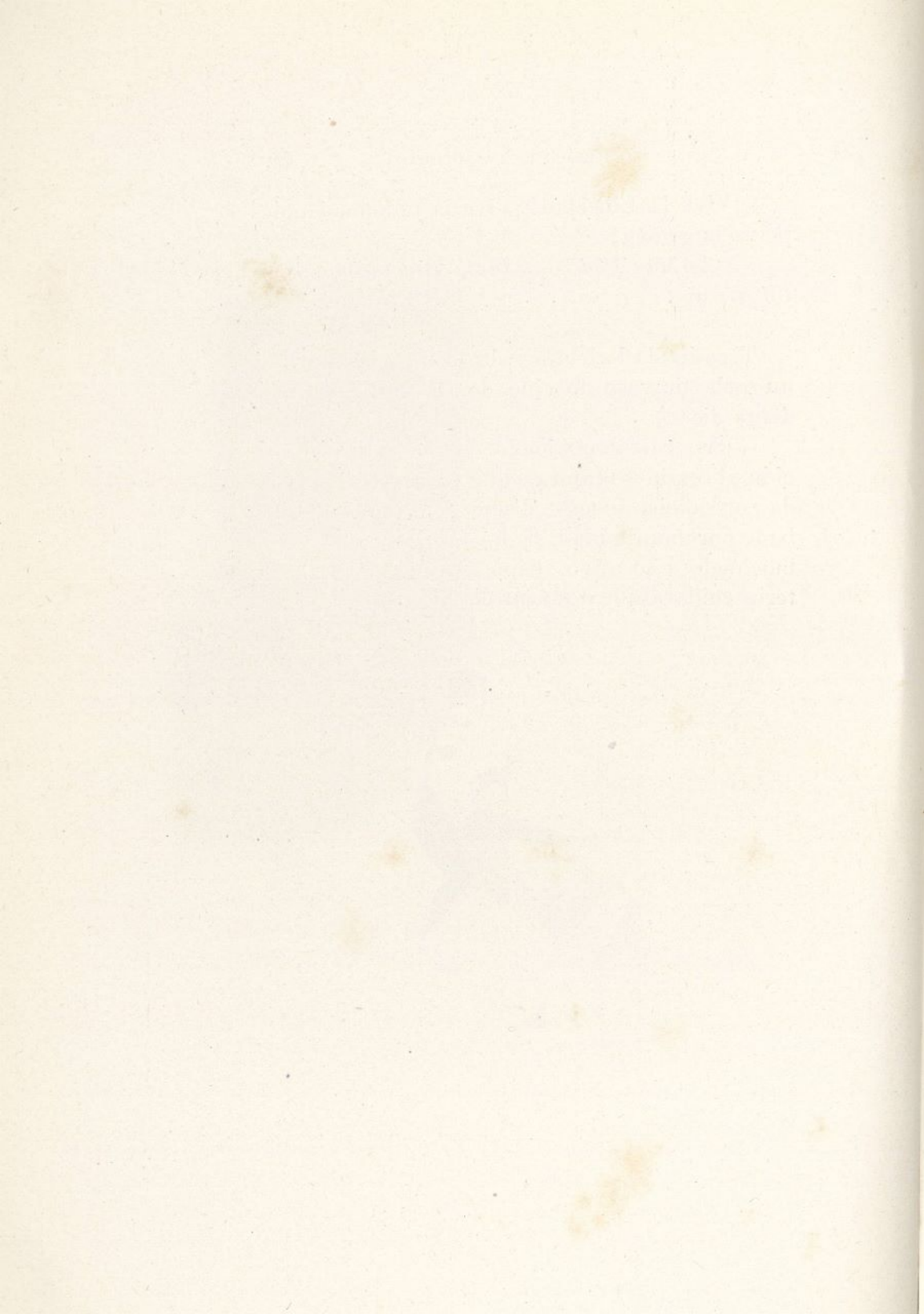
» ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia!
¡Viva la gresca!

» *Á la Muy Poderosa Junta Revolucionaria de
Ultrafrenia.* »

Terminada la lectura, la secretaria apura de un sorbo un vaso de vino de Oporto. La Presidenta dice:

— Señoras: suponiendo que no habrá oposición al luminoso Informe que se acaba de leer, se da por suficientemente discutido, votado y aprobado por unanimidad. Se levanta la sesión. Cada mochuelo á su olivo. Pepa Trauma y sus adláteres cuidarán de despejar el salón.





VIII

LAS VESANIAS



No he tardado en darme razón de la impaciencia de la Presidenta para llevar á efecto el despeje del salón: la Junta Revolucionaria estaba hacía rato en la antecámara aguardando á que terminara la Asamblea de las *Alucinaciones*, para ocupar á su vez el aposento principal y entrar en funciones de poder ejecutivo.

Semifusa tomó el documento parlamentario, firmólo y rubricólo, con la secretaria; púsole un sobre, dirigido á la *Presidenta de la Muy Poderosa Junta Revolucionaria* y lo dejó en la mesa. Hecho lo cual, Presidenta y secretaria salieron las últimas, y apenas hubieron tras-

puesto la puerta principal, entraron por la de la antecámara los miembros de la Junta Revolucionaria, que son las *Vesantias*.

Considero tarea superior á mis fuerzas un retrato á vuela-pluma del concepto general de las *vesantias*; son entre sí tan diferentes y tan radicalmente antitéticas, que toda generalización sería por extremo difícil. No cabe, pues, una descripción fundada en sus rasgos físicos, y si algo se puede intentar es la abstracción comprensiva de los rasgos biográficos que las son comunes.

Coinciden, en efecto, en un hecho: en *no saber lo que se hacen*; son inconscientes de sí mismas: imposible pedirles responsabilidad de sus propios actos. Estos son obra de impulsos irracionales: sus obras están fuera de razón.

De ellas se ha dicho que *no raciocinan*: error crasísimo y de muy fatales consecuencias. *Raciocinar* es lo mismo que *discurrir*; *raciocinio* y *discurso* son sinónimos. Pero, no todo el que *raciocina* está en el uso de la *Razón*. *Razón* es la salud de la mente. La mente sana *raciocina*, pero también *raciocina* la mente enferma. La mente sana discurre sobre motivos verdaderos; la mente enferma discurre sobre motivos falsos; son sus fundamentos *errores morbosos*. Puede equivocarse en sus discursos la mente sana porque aquéllos tengan por base el *error*; pero

hay una gran diferencia entre el error normal y el morboso: aquél se disipa con la instrucción y la experiencia; el *error morboso* es insoluble en todos los líquidos é infusible á las más altas temperaturas de la Lógica. El uno es blando y maleable, el otro es duro y tenaz. Quien merece el nombre de *testarudo*, es casi un loco.

Piensan algunos que no hay lógica en la *chifladura*: otro error, debido á falta de observación. He conocido dos *Emperadores del Universo mundo*: el uno vestía, sin escrúpulo, la modesta blusa del obrero, calzaba alpargatas y ceñía su cabeza con un pañuelo anudado en la frente. En su alta dignidad, no se desdeñaba de alinear los estrados del asilo. En lo mejor de la faena, empuñaba la caña de la escoba cual si fuera un cetro y mandaba recio sobre sus innumerables vasallos. El otro *Emperador* sufría el secuestro que le imponían monarcas envidiosos de sus glorias; jamás decayó su espíritu. No quiso aceptar la libertad que diz le ofrecían sus enemigos. Quería conquistársela con su propia espada. Todos los días expedía decretos, que autorizaba con su sello. Nadie pudo verle desnudo ni mal vestido.

El primero era un emperador *ilógico*; el segundo seguía el curso de una *chifladura* del todo conforme con las reglas del portentoso arte de discurrir con chichonera y andadores, cuyos

elementos aun hoy día se explican en los Institutos de Segunda Enseñanza, al lado de otra asignatura arqueológica: la *Psicología*.

Lector: paréceme que me voy poniendo serio y en camino de fatigar tus nobilísimas facultades. No me tomes por maestro, que nada podría enseñarte;... quiero y debo atenerme á mi modesto cometido de cronista, y voy al caso de mis apuntes.

No me son del todo desconocidas las miembros de la Junta Revolucionaria que han entrado en el salón: eran visitas de mi casa, en determinadas circunstancias, y solían portarse de manera circunspecta — quiero decir, que nunca hicieron demasías. — Desde que se han hecho *Vesantias*, se habrán extralimitado y ya podrán arder en un candil.

Esa que se sienta en el sillón contiguo al de la Presidencia y que apoya la cabeza sobre el antebrazo, á su vez aplicado á la mesa, es doña *Angustias*.

La que va como movida por empellones,



corriéndose hacia el sillón central, mirando embobada á derecha y á izquierda, y que para tomar asiento necesita de esfuerzo extraño, es doña *Psicofrígida* ²⁴.

La tercera en concordia es doña *Psicocálida* ²⁵, nombre que le sienta al pelo, pues su cuerpo de criolla arde como el purgatorio. Su vida es un no parar. Habla á destajo; su boca es un raudal; no hay dique para sus ríos de palabras: adolece de *logorragia* permanente. Cuando para de hablar, es que grita, ladra, aúlla ó muerde. No tiene manos sino para rasgar, romper ó pegar... ¿Pegar?... Pega más que goma tragacanto.

Es un demonio,
Es una arpía,
Es una furia,
Una *Manía* ²⁶.

La cuarta, que va á sentarse en el segundo sillón de la derecha, es la señora *Baronesa del Cogollo*. Hace mala letra cuando habla y tiene la escritura tartamuda. Posee muchos millones de billones... entre lengua y labios. Es muy guapa... en un cuarto oscuro y además talentuda improvisada.



Ahora mismo, ya que no puede disponer de otros más altos, va á ponerle á su amante los cuernos de la luna. Las demás vesanias la miran con malos ojos, pues dicen que no es del gremio. Por befa cántanle una canción que dice:

Resultó en último análisis,
que era su vigor parálisis.
Y en dama tan principal
Parálisis general ²⁷.

Aquella que entra arrimada á la pared, *escuriendo el bulto*, es doña *Persecuciones*. Mirar receloso, cuerpo flacucho, andar arrítmico, ora encogida y pasito á paso, ora corriendo en busca de un escondrijo ó de una atalaya. Su voz es baja; habla poquísimo, por no comprometerse; se espanta de su propia sombra; de vez en cuando se mira aterrorizada las manos, porque *los dedos se le antojan huéspedes*. Está siempre en acecho y ausculta sin cesar el espacio. Todo cuanto se dice y hace es por ella y contra ella. No come ni bebe por temor al veneno universal. Jesuitas ó masones son sus enemigos implacables. No perdonan medio de perderla... El día en que sepa quiénes son sus enemigos, tomará venganza ruidosa; por no morir á manos de enemigo, se extrangulará ó se arrojará al río.

He aquí, lector, los cinco miembros de la

Junta Revolucionaria, que hoy impera y manda, hace y deshace en Nueva-Cerebrópolis. Cuatro de éstos, doña *Angustias*, doña *Psicofrígida*, doña *Psicocálida* y doña *Persecuciones*, son *vesanias* por derecho propio; en cuanto al otro miembro, la señora *Baronesa del Cogollo*, hay mucho pleito: según unos, es una verdadera *vesania*, pues tiene delirio propio, curso propio y lesiones propias; pero opinan otros que, más bien que *chifladura*, es *Demencia de nacimiento*, y por consiguiente, debe ser considerada como exótica en *Ultrafrenia*, siendo *Oligofrenia* ó *Afrenia* su verdadera nacionalidad. Cuando se haga un nuevo padrón, quizás se hará justicia á estas aspiraciones de las *vesanias*.



Llega disparada doña *Psicocálida* á la mesa presidencial, y descarga tan tremenda manotada en ella, que levanta en alto el tintero, derramándose su contenido sobre la carpeta del *Informe*.

Doña *Angustias*, que ya tiene bastante con las suyas, en presencia de este exabrupto, pro-

rumpe en tales alaridos de dolor, que no parece sino que le están arrancando una entraña. A la pobre *Psicofrígida*, ya de suyo embobada, el estruendo la hace el efecto del trueno gordo:



quédase con la boca abierta, los ojos abiertos, las manos abiertas, las piernas abiertas... y más abriera, si más tuviera por abrir. Doña *Persecuciones*, como gato escamado, se pone á la defensiva debajo de un sillón; la *Baronesa del Cogollo*, tomando á broma la acción de doña *Psicocálida* y queriendo repetir el puñetazo, levántase, con mucha pena, del sillón, se tambalea y da de bruces en la mesa, causándose un chichón en la nariz y una epistaxis, sin consecuencias.

Doña *Psicocálida* saca partido de las penalidades de doña *Angustias*, del terror de doña *Psicofrígida*, del miedo de doña *Persecuciones* y de la epistaxis de la *Baronesa*, para soltar la sin hueso, con la ronca voz que la caracteriza.

— Voto al *plexo coroides* y al *espolón de Morand*²⁸, que la han de pagar cara las malditas. ¡Tanto tiempo, tanto ruido para hacer un programita! ¡Programitas necesito yo para mis negocios!... Me basto sola. Donde quiera me acompañan mis valientes *Delirios* y mis invenci-

bles *Impulsos*. De lo que á veces pecho es de sobra de bondad. ¿Por qué había de consentir yo en lo del *estupor*, que me cohibe de todo en todo? ¿No era de mucho más efecto una *Locura* de las mías, una *Manía aguda*, con repiques de delirio y furor, que hubiera podido llegar hasta el homicidio? Esto era lo procedente. No como ahora, que me veo precisada á hacer las cosas para mí más difíciles: callar y estarme quieta... Diga usted, doña Badulaque, ya que le han dado la presidencia de la Junta Revolucionaria — porque el sujeto fué chiflado de repente, — ¿qué piensa usted hacer con el plan de las Alucinaciones?... Haga usted su santa voluntad; pero acabe pronto, que yo tengo prisa y espero turno.

Doña Angustias se suena con la punta del negro manto que la cubre de la cabeza á los pies, y con voz desfallecida y palabra entrecortada por suspiros, dice:

— Sólo tengo hipos y suspiros: no tengo lágrimas. Llorar de seco... mala cosecha de consuelos. Me oprime la garganta un nudo; siento otro nudo en el estómago, que me quita el apetito. Cerrado está mi vientre; seca mi piel, veo la pena y me solazo en ella... la devoro. No; que no me quiten las penas; por ellas gimo y lloro; pero no podría vivir sin ellas. Compadeceos de mí; pero compadeceos más á Psicofrígida, mi amada prima hermana. Siente, como

yo, las penas; pero no la es dado el desahogo de contarlas. Está encadenada con sus mismos nervios. No puede hablar... Yo hablaré por ella. Soy su más próxima parienta. Venga el pliego.

Lo toma, lo abre, lo lee de la cruz á la fecha, no sin que doña Psicocállica dé palpables muestras de impaciencia, ni sin mucho recelo de doña Persecuciones, quien se figura que el documento es una delación en contra suya. La señora Baronesa se pasa el rato arrancándose pellejos de los labios, que, soplando, echa al viento á medida que adquieren forma de virutas, entre sus dedos, y á proporción que salen va diciendo:

— Vale un millon;... dos millones;... tres millones;... deuda consolidada.

— Está bien, — dice doña Angustias, — está bien... Es un buen trabajo... Deberemos auxiliar á mi prima yo y doña Persecuciones.

— Eso no... — dice esta última. — Esto es la obra de la Masonería... ¡Jesús! ¡qué descarga de electricidad me han echado en la espalda los malditos!

— Usted, cuando quiera, — replica doña Angustias, — podrá cooperar en la Gran Locura. Esté convencida de que no hará mal papel y será siempre bien recibida. En cuanto á mí, prometo auxiliar á mi prima con alma y vida... ¡*Psicofrigidita!* hija mía, ¿no te parece bien?...

Si no puedes hablar, haz á lo menos un gesto con los ojos ó con la cabeza... Ya ven uste-
des que afirma y consiente... En su nombre
digo, que este Programa debe ser aprobado por
la Junta y luego transmitido á los Delirios é
Impulsos, para que lo pongan por obra... ¡Ay!...
no puedo más;... las fuerzas me abandonan;...
¡No me repliquéis!... Tengo ganas de llorar...

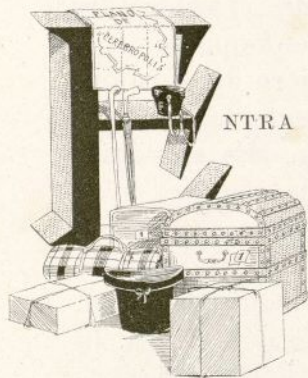
Al pie del documento escribe doña Angustias
lo siguiente:

«Visto Bueno... Pase á los Delirios é Impulsos,
para su cumplimiento y efectos oportunos...
— Nueva-Cerebrópolis 30 de Octubre de 186... Por
la Presidenta de la Junta Revolucionaria, que
no puede firmar... *Angustias...*» Lugar del sello.



IX

LORD SPLEEN



NUESTRA en escena un personaje principal. No se escame el lector: es un inglés. Inglés *pur sang*; inglés de las orillas del Támesis; nacido y criado en la nebulosa Albión; de esos ingleses tras-humanantes, que antes dan que piden dinero: es Lord *Spleen*.

Tiene muchas tierras en Irlanda y dinero en todos los Bancos del mundo. Con cuidar de su patrimonio tendría ocupación más que suficiente; pero necesita la mayor parte del año para otra tarea que le apremia: pasear su melancolía. Es *touriste enragé*: un judío errante.

De vez en cuando visitaba mi palacio: venía á buscar consuelos para su desabrimiento. Esco-

gía los días de lluvia con viento de Levante. Como temía perder la Razón, Yo le garantizaba que mi amistad no había de faltarle nunca. Ahora le veo en *Ultrafrenia*: seguramente va en busca de emociones en que desleir el mal humor. Véole ahora, como antes, entregado al soliloquio.

— Triste, muy triste estoy... ¿Estaré loco?... Soy rico, joven, afortunado en negocios... y me siento infeliz. Quisiera gozar de la vida, y la existencia me aburre. Les envidio el valor á los suicidas. Lo que más temo es enloquecer... ¡y vengo al país de la Locura! Quiero distracción, bullicio, alegría; pero me ofende la luz, me apesadumbra la felicidad ajena. Mis angustias aumentan en la soledad y en la sombra, y no busco sino oscuridad y huyo de la compañía. Amo á la alegría y me encamino á la tristeza. No deliro; conozco la realidad de mi ser moral. Conozco que no está sana mi mente. Soy la *Melancolía sin delirio*... Sin delirio, ¿y temo enloquecer?

Olvidaba decir que el personaje cuyo retrato moral acabo de esbozar, se ha colado de rondón en mi ex palacio, ignorando, sin duda, mi destierro y seguramente me estará buscando por la casa, que conoce al dedillo, pues, como llevo dicho, solía frecuentar mi trato.

Poco he de añadir para completar el retrato

de Lord *Spleen*: estirado, esparragíneo, como un inglés; rubio, como un inglés; pelaje á la inglesa; gorra blanca, de doble visera, de turista; en cada mano un maletín; debajo del brazo un paraguas, y oblicuamente ceñido al pecho, el correaje del binóculo con su correspondiente funda.

Llegado á la mesa del salón, — en este momento vacío, porque las vesanias acaban de salir, — el inglés se alivia de su numerosa *impedimenta*, dejándola sobre el mencionado mueble... Ve el tintero...

cae en la idea de que un buen inglés, aun estando triste y en vías de suicidio, no debe ni puede dispensarse de tomar apuntes de viaje. Saca, en consecuencia, de lo más profundo del más íntimo de sus numerosos bolsillos un enorme *carnet*... Temí al pronto que me caía un competidor para mis MEMORIAS DE ULTRAFRENIA...; presto salí de



mi zozobra... Lord *Spleen* echa de ver el pliego, ó documento oficial, que, esperando el secamiento de la tinta, aun palpita sobre la mesa. Su primer impulso es enterarse... La educación inglesa no consiente la curiosidad indiscreta... El noble Lord suelta el papel... A buen tiempo, porque en aquel instante vuelve á entrar Angus-



tias, en busca del interesante documento, para hacerle llegar á su destino.

A la vista del inglés, la Vesania queda aún más sobrecogida. — Casualmente los *ingleses* tenían mucha participación en la historia de sus aflicciones.

Lord *Spleen*, que en la recién llegada reconoce á quien más teme, la Locura, pierde el sentido.

Cada uno en un sillón, dos sillones contiguos: desmayado el caballero, sobrecogida la dama... ¿Quién socorre á quién?

La primera en reponerse es la señora... Prueba clara de que no es la primera vez que le dan sustos los *ingleses*.

— Caballero, — dice, — no os debo nada;... aun el plazo es largo... No me apremiáis á tiempo... Pero ¿os habéis puesto malo?... ¿Qué es eso? ¿Teméis de mí?... Serenaos... No os quiero mal... Al contrario, quisiera serviros... Me interesáis... El desmayo os sienta perfectamente.

— Señora, — dice con voz desfallecida el inglés. — Por lo que veo, somos tal para cual... No nos hemos comprendido, porque el miedo recíproco nos lo impidió: vos estáis afligida, yo estoy triste... Quería ver al amo de la casa.

— ¿Ignoráis?... Don Eulogio está ausente, fugitivo... ¿No sabéis lo que pasa?

— ¿Por quién me tomáis?

— De pronto por un inglés;... pero desde que sois tan bueno, puesto que no me pedís nada, creo que sois un *Delirio*.

— No, por Dios, y él me libre de perder la chaveta... Y vos, ¿quién sois?

— Soy Angustias, la más afligida de las *vesanias*.

— Pues yo soy *Spleen*, el más contristado de los entes de razón.

— Pero, ¿sois ó no un *Delirio*?

— Repito que no; es más: nada me aterra tanto como la locura.

—Entonces este documento no podría interesaros.

—¿Qué es?

—El programa de una *Gran Locura* que va á celebrarse en *Nueva-Cerebrópolis*, según decreto de la Junta Revolucionaria, de la cual soy, aun cuando indigna, un miembro.

—Me espantáis... ¿Qué ocurre?

—Pues... que estamos en plena *chifladura*. La capital se ha declarado en estado de estupor... Están cerradas todas las salidas... Pronto va á principiar la gran fiesta. Pasad los ojos por este documento.

El inglés lee, y á proporción que avanza, pierde el color, que ya había vuelto á asomar en sus labios.

—¿No podríais, pues, encargarnos de este papel y hacer cumplir lo que se ordena?

—En modo alguno... Por mi parte, digo: «enterado, y á más señores.» Y vos, doña Angustias, quedad con ellas, que yo me escurro. Buscaré donde esconderme

mientras dure el trancazo, si no hallo un escape para mi apuradísima persona.

—Entonces, voy á convocar por teléfono á los *Delirios* y á los *Impulsos*.



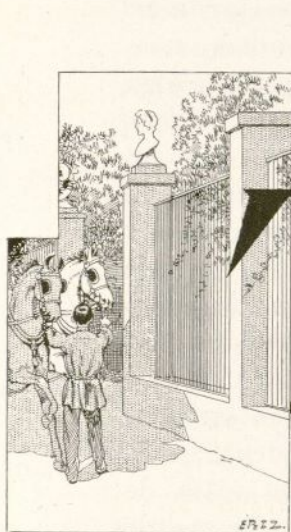
Doña Angustias se dirige al fondo del tálamo óptico; abre una portezuela y se introduce en la *cápsula interna*²⁹, oficina telefónica, desde la cual se pone en comunicación con todas las circunvoluciones cerebrales, donde residen los *Delirios*, y el *cuerpo estriado*, donde habitan los *Impulsos*. Como no ha cerrado la puerta de la oficina oigo, desde aquí, lo que dice doña Angustias.

— *Delirios é Impulsos*: redactado el programa de la *Gran Locura*, esta Junta lo ha aprobado en todas sus partes. Quedáis convocados, para las ocho de esta misma noche, para llevar á cabo nuestras órdenes. En el cajón principal de la mesa hallaréis el documento en debida forma.

Son las diez de la mañana: faltan aún catorce horas para que principie el cónclave de los *Delirios é Impulsos*. Aprovecharé el tiempo para allegarme noticias de *Extra-Cerebro*.



NOTICIAS DE EXTRA-CEREBRO



TREPIDACIÓN, ruido de un vehículo de cuatro ruedas, tirado por dos caballos, frecuentemente fustigados, según menudean los chasquidos de la tralla. Cuatro voces diferentes, que indican otras tantas personas en el carruaje;...

hablan poco; alguno gime ó llora... Subir una cuesta, según se repite el ¡hip! ¡hip! del cochero;... parada y descanso, después del chirrido de los goznes y vibración de los hierros de una verja: he aquí las primeras impresiones que á mí llegan por la vía acústica.

—Esta es la mansión de la *Locura*, como dice el vulgo; yo llamaría á esto el agosto

Templo de la Razón humana. Aquí se la conserva en cuidadoso reposo, se la tributa el culto de la Ciencia, y cuando uno ha perdido este inestimable patrimonio, lo viene á recobrar aquí... Mire usted, don Pedro, cuán consolador es esto: hay una verja; pero está cubierta de follaje y flores, que esconden el hierro... Todo son jardines, bosquecillos, frutales, huertas y avenidas, sembradas de fuentes, laguitos y cascadas. ¡Qué bien se hallan en esta mansión los pajaritos! ¡Cómo manifiestan su alegría y sus amores, con sus trinos y gorjeos!... ¡Qué bellos y tranquilos esos horizontes! El monte, poblado de viñedos y pinares; allá, á la derecha, la extensa y verde llanura, surcada de canales y de un río, cuyo murmurio conducen hasta estas alturas las brisas del mar. A la izquierda, la rica aldea, rodeada de quintas de recreo, cuyos jardines contribuyen á embalsamar este ambiente; más allá, al frente, la gran capital. La vista de pájaro de que aquí se disfruta, permite seguir sus anchos paseos y frondosas avenidas, que no encuentran límite hasta el mar, esa ancha zona azul, poblada de embarcaciones de alto bordo, indicio inequívoco de un gran comercio. Aquel vigilante de granito, aquella fortaleza ciclópea, que domina el puerto, padrastro un tiempo de la ciudad que crece á sus pies, empieza á ser invadida por la urbe;... la población que hoy

comienza á subírsele á las barbas, llegará á no tardar á la cumbre; darále tratamiento de Bastilla, y sobre el portal del puente levadizo, en caracteres visibles desde la llanura, escribirá: «*Aquí se baila*». Repare usted, don Pedro, este detalle y atesore otro consuelo. Esta inscripción en letras de oro, á la entrada del edificio, contiene un poema: «*Servate l'esperanza, voi qu'entrate*»³⁰, dice. Imitación del Dante, sublime por la antífrasis, y por el sitio en que nos encontramos. La ciencia y el amor al prójimo, adúnanse aquí para combatir al mayor enemigo del hombre. La locura, con tales medios, es curable;... y su hijo de usted recobrará la razón.



—Don Agapito, es usted demasiado bueno. Oyéndole me siento aliviado... Pero, ¿no teme usted que cuando mi Eulogio saldrá de su letargo, encontrándose solo, así aislado, sin los consuelos de la familia, se ponga mucho peor? ¿Qué pensará de nosotros? ¿No creerá que le hemos aborrecido, pues que le hemos abandonado?

—El gran defecto del sentido vulgar, don Pedro, en casos tales, consiste en querer juzgar

de lo que pasa una mente enferma, con el mismo criterio con que se juzga de las ideas y sentimientos de la mente sana... Las impresiones del ingreso en el asilo, son siempre favorables al enfermo. ¡Ojalá fuese posible repetirlas á menudo! ¿Qué más podríamos desear para nuestro joven si, al desvanecerse el estupor en que se halla sumido, notando la ausencia de sus deudos, experimentase y expresase la necesidad de estar con ellos? ¿No sería este un signo positivo de que la sensibilidad moral recobra sus dominios?



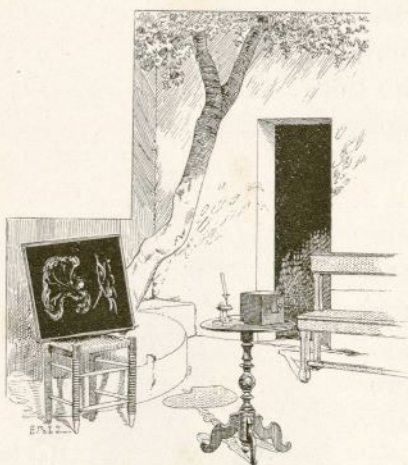
El aislamiento frenopático es una dieta moral. Lo impone el médico, porque la experiencia le ha enseñado cuánto perjudican al paciente las impresiones exteriores y más especialmente aquellas en que nació el delirio. De la misma manera y con el mismo fundamento, se proscribe la alimentación para el que sufre un catarro del estómago, particularmente si es de esos llamados *ab ingestis* ³¹. En tal caso, se establece, si no una abstinencia rigurosa, la pro-

hibición de aquellas sustancias que causaron la indigestión. Cuando las fuerzas del estómago, á

beneficio de la dieta, se restablecen, ¿qué vemos? Que el enfermo apetece, y desaparecen el disgusto y repugnancia por la cosa que se indigestó. ¿Nos entristece el renacimiento del apetito alimenticio? ¿Por qué no habríamos de alegrarnos de que, en el día de mañana, renaciera en Eulogio la apetencia de la familia? La *nostalgia*³², en estos casos, es un revulsivo moral de grandísima eficacia. ¡Dichosos los locos que llegan á sentirla de verdad!... Vamos, Rosita, no llore; tenga por ahora resignación y confianza para después... El señor Director habrá acabado su visita y pronto nos recibirá... Ya verán ustedes qué persona más afable... Ya verán cuánto entiende de estas cosas, y cómo sabe consolar con esperanzas, que en sus manos tienen siempre mucho fundamento. Un instante: no quiero dejar de señalar á ustedes una curiosidad. ¿Ven aquella encina que inclina su copa, como si fuese un dosel, sobre un poyo de mampostería?... Ésta fué la primera cátedra de patología mental en nuestra Nación... Aquí concurríamos todos los días festivos los estudiantes de Medicina que, hallando un gran vacío en la enseñanza oficial,



queríamos ser imbuídos en el conocimiento de las enfermedades mentales. El doctor *Libe*, — tal es el nombre del Director, — con bondad inagotable, nos instruía en los preliminares de la *Psiquiatría*. Montaba en una mesita el microscopio,



para enseñarnos las maravillas de la estructura de los centros nerviosos; trazaba en el encerado esquemas clarísimos de las partes del encéfalo, y luego nos explicaba las causas, los síntomas y el diagnóstico de las locuras, y acababa por darnos reglas y preceptos para el tratamiento de las mismas. ¡Era una enseñanza al gusto pitagórico!... Cuando nos creía bastante fuertes en las nociones teóricas, nos acompañaba al asilo, y

ante los enfermos, nos daba lecciones clínicas, que nunca podré olvidar, y á las cuales debo lo poco que se me alcanza de esta difícilísima especialidad. El profesor tiene exposición clara, palabra insinuante y lo que podríamos llamar elocuencia demostrativa. Nunca asentaba un aserto que no lo probase con razonamientos ó por la vía experimental. De vez en cuando, sazo-

naba sus discursos con expresiones epigramáticas, decentemente veladas, que solían desempeñar el oficio de frases nemotécnicas. Al terminar la lección inaugural, nos dijo: «Mi misión es ponerlos al corriente de los adelantamientos de la ciencia, á la sombra de esta encina;... miradla: vosotros sabréis aprovechar los frutos.»—Comprendido el equívoco, á coro dijimos:

—Tantas gracias, señor doctor.

.
—Vamos ahora á ver al Director... Yo conduciré á Eulogio.

Intervalo de llanto y gemidos de mujer. Oigo una conversación, que debe tener lugar en una estancia contigua... No la entiendo bien... Diez minutos después dice don Agapito:

—El doctor Libe, director del Manicomio... Está perfectamente enterado de los antecedentes, causas y circunstancias en que sobrevino el trastorno mental. Va á exponer á ustedes su autorizada opinión y será preciso atenerse estrictamente á sus consejos.

—Va por el mundo un error muy perjudicial: la incurabilidad de la locura. Cierto que hay enfermedades mentales cuya curación está por encima de los recursos del arte; pero, por fortuna, éstas no son las más. Hay muchas, no obstante, que no se curan porque se pierde el tiempo en remedios que no van al caso... En lugar de

proporcionar tranquilidad y sosiego en un retiro conveniente, se cree que no ha de haber cosa mejor que paseos y viajes: locura que viaja anda camino de perdición. Por fortuna, el enfermo que, por la vía de mi ilustrado colega y distinguido amigo don Agapito Zuriago, me hacen



el honor de confiar á mis cuidados, viene á tiempo y no adolece de locura incurable; lo cual es lo mismo que decir que, echando mano de los muchos remedios, positivos unos, y negativos otros, morales y materiales de que dispone el Manicomio, puedo prometer á ustedes

que en un plazo, relativamente breve, Eulogio habrá recobrado la razón... Eso sí, es indispensable que ustedes me secunden de todo en todo: es de rigor que, una vez establecida la *dieta moral* — la sustracción del enfermo á las relaciones de la familia — no se empeñen en interrumpirla. Esto se resuelve mediante absoluta confianza de ustedes en la casa y su Director. Para fortifi-

carles en este propósito, les suplico visiten detenidamente el Establecimiento, y una vez se hayan convencido de que aquí no hay rejas, ni cadenas, ni palos, ni castigos morales ni corporales para los enfermos; una vez hayan formado el concepto de que éste es un *Manicomio que no lo parece*, — pues, si bien se atiende á la seguridad de los alienados, no se usan con ellos violencias ni depresiones, — estaré yo más satisfecho de la confianza que en mí han depositado.

— ¿Ha dicho usted, don Salvador, que no pegan á los locos? — dice Rosita. — ¡Por Dios, que no le castiguen al pobre Eulogio!

— Señorita: en esta casa, semejante crueldad tiene correctivo inmediato. No digo yo levantar la mano, pero ni tan siquiera amenazar ó dirigir palabras mal sonantes á un enfermo... Esto trae consigo la inmediata expulsión del empleado que tal hace. La preocupación vulgar de que el Manicomio es lugar de castigos y privaciones, tiene fundamentos seculares: viene de aquellos tiempos en que los locos eran confundidos con los criminales; de entonces data la horrible máxima de que *el loco con la pena es cuerdo*. Lo que hacen las penas, los castigos, es agravar la locura, así como el cariño la mitiga: el trato afectuoso de enfermo, acaba por sugerir en la mente trastornada la idea de la propia enfermedad;... y el loco que conoce que lo está, anda

camino de curarse... Recibirán ustedes frecuentes noticias del enfermo: yo tendré el mayor placer en comunicárselas; podrán ustedes verle, sin que él vea á ustedes; en una palabra, señores, es preciso que se sobrepongan á los sentimientos vulgares, y que dejen guiar sus afectos por el criterio de la ciencia médica.

—Gracias por todo, doctor, —dice don Pedro. — En usted confiamos, y si hemos venido con la pena en el corazón, nos iremos llenos de consuelo.

— Agapito, — dice el doctor Libe:— ¿quiere usted hacerme el obsequio de enseñar la casa á sus amigos? ¿quiere usted conducir al joven á su habitación? La primera de la izquierda; la que está contigua al jardín.

.



XI

LA GRAN LOCURA, Ó SEA LA OBRA DE LOS DELIRIOS É. IMPULSOS



ALIQUANDO *bonus dormitat*
Homerus, y *Yo*, sin el
bonus, — quizás más
bien con *malus*, para
que á esta narración

no le faltase pelo ni señal
alguno, — también me he
dormido al arrullo de las
esperanzas de que el bueno
del doctor Libe, — que en
lengua germánica significa
amor, — ha colmado el co-

razón de las tres personas que han
conducido á mi *ex-Yo* al Manicomio.
Claro está que, de cumplirse los tales vati-
cinios del Director, quien resultaría más be-
neficiado sería *Yo*. Destronado, *desencasado* y

desterrado, recobraría, á no tardar mucho, mi palacio, mi hacienda y mis dominios. Pero ¿es esto posible? ¿No ha de cumplimentarse el programa de las *Alucinaciones*? ¿No continúa el estado excepcional en *Cerebrópolis*? ¿No ha de consumarse en todas sus partes la horrenda orgía, la asquerosa bacanal, á que la Junta Revolucionaria llama la *Gran Locura*?

Y en tal estado de cosas, ¿quién se encarga de someter á los revoltosos, atar corto á los *Delirios*, avasallar á los *Impulsos* y echar á puntapiés á las *Alucinaciones*?... Tiene el doctor, no diré cara, pues no he tenido el gusto de vérsela, pero sí, palabras de entendido y de hombre de bien... Así que, esperanzas las tengo,... pero sólo medianas, sólo medianas;... no tantas como las han concebido los parientes.

Pero acudamos al catalejo. El sueño me habrá arrebatado, cuando menos, media hora de la función intra-cerebral.

.....
Ya están en escena *Delirios é Impulsos*: señal que se ha dado cuenta del *Programa alucinatorio*, el cual estará aprobado y lo están poniendo por obra.

.....
Campanas, muchas campanas, doblan á difuntos. Llovizna; sopla un viento muy frío. Salen de una casa negra tres ataúdes.

—¡Padre mío!... Yo os he matado;... la culpa fué mía... Falté á la honestidad, al decoro, al honor de vuestro nombre;... fuí liviano... ¡Perdón! ¡perdón!

—No hay perdón para los hijos ingratos... Te maldeciré desde mi tumba.

Un ataúd blanco. El cadáver de Rosita, pálido, cual si fuese de cera. Al levantarse la tapa, el cadáver se incorpora; baja sobre los hombros de niñas vestidas de blanco, que la llevan al cementerio. Rosita

viste también de blanco; ciñe sus sienes una corona de azahar. Adelántase indignada, terrible, con la boca abierta, ganosa de morder al autor de sus desdichas.

—¡Malvado! —grita.— ¿Dónde está el malvado que abusó de mi amor y de mi inocencia, cubriéndome de cieno?



El terror se apodera de mi *ex-Yo*. Quiere huir; quiere gritar;... todo en vano; sus piernas están agarrotadas por las cuerdas del estupor; busca inútilmente en su garganta la voz, que se escapa, como viento sutil, por la boca del estómago.

Otro ataúd, amarillo y rojo, con vivos de cinta azul. De él se desprende una arrogante moza: al aire el cabello, al aire el cuello, al aire el voluptuoso seno. Lleva en la mano una antorcha preñada de humo resinoso. Es una furia, erótica y vengadora á un tiempo.



— ¡Malvado! — dice. —
¿Huyes de mí?... Quiero tus carnes, como quisiste tú las mías; quiero hacer ascuas de tus huesos y cenizas de tu corazón... Voy á convertirte en hoguera. De ti, en breve, no quedará más que la pavesa y el humo; humo pestilente, como el hedor de la podredumbre en que tú y tu cómplice fuisteis sepultados en vida.

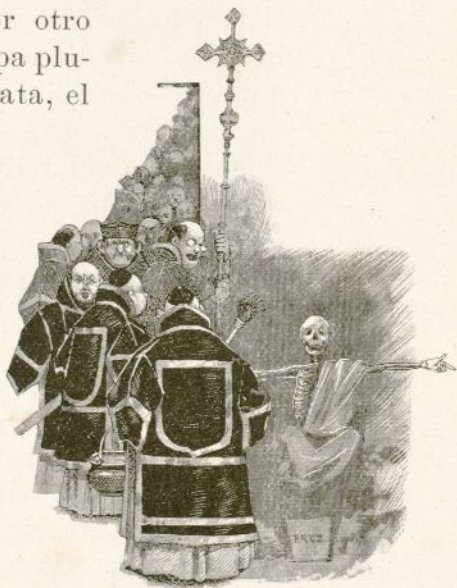
— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios poderoso!... Libradme de esa hermosa arpía... Aniquiladme ó dejadme escapar... No encuentro voz para mis dolores, ni palabras para mis pensa-

mientos... ¡Dios, Dios mío... ni movimientos para poder huir!... ¡Dios, Dios mío, acabad mi existencia!

Cantares místicos:

*Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum,
Coget omnes ante thronum.*

Una cruz alta, muy alta, sin faldellín; dos hileras de sacerdotes con bonete y sobrepelliz, cerradas por otro sacerdote más obeso, con capa pluvial negra, festoneada de plata, el cual empuña, á manera de pincel de argentino mango, el místico hisopo. Voces de deglución, voces de sepulturas bromatológicas, caras de sentimiento avezado á más y mucho más, por obra de la profesión... Estos son los elementos del fúnebre cortejo. Llegan á un ataúd, transversalmente colocado... Se levanta el muerto, seco, negro, podrido, casi sin carne; sólo en la cara parduzco pergamino, enmohecido; órbitas



huecas, empero fulgurantes; humeantes de gases sulfurosos las narices; repleta de llamas rojizas la boca: boca de horno de pan cocer...

—¡Que me lo traigan! —dice la momia flamígera, — ¡que me lo traigan al gran libertino, al grande obsceno! Entre en mi momia su esqueleto, y aliméntense de sus carnes los mismos gusanos que acabaron con las mías... Ven y toma... Toma y vuelve.

Y le arrima, con su mano descarnada, tan tremendo bofetón, que le estampa en bajo relieve la parrilla metacarpiana ³³... El agredido quiere huir; sus miembros no le obedecen... porque están rígidos.

—Esto es horrible, — piensa y quisiera decirlo, mas no puede; — esto es horrible... Esta momia vengadora del cementerio profanado, me ha roto la mandíbula; va á devorarme... Morir... morir quisiera ahora mismo... ¡Dios mío, enviadme la muerte para mi consuelo!

Los sacerdotes y la momia se desvanecen como sombras. Aparece el cementerio en fría soledad, alumbrado por la luna, velada por una nube cenicienta. Óyese una zampoña que toca los compases del *Miserere*. El gaitero es un demonio flacucho, negro, barba de chivo y con los indispensables cuernos, del tamaño y figura de pimentones encarnados. Al paso que toca, baila, retorciendo piernas, muslos y caderas y hacien-

do miles de carantoñas, que le sientan como á todos los de su clase. De los nichos despréndense muchos esqueletos *semovientes*. A cada uno de sus pasos, que son acompasados, corresponde un chasquido de huesos secos. Acércanse los esqueletos al gaitero y arman juntos una farándula en torno de la víctima.

— Eso más, ¡Dios mío! Me hallo ya entre los muertos, y aun crecen mis tormentos y angustias.

En este instante, un esqueleto gigantesco descarga tan fuerte palmada en el hombro del desdichado joven, que se siente dislocada la clavícula. Es tan vivo el dolor, que se siente venir el desmayo... No es, sin embargo, el desmayo lo que le va á sobrevenir...

.



Ruido de chapuceo acuático; el interesado estornuda repetidas veces. Hasta este ventrículo... á lo largo de los cordones posteriores de la médula espinal, sube una corriente cálida... Es que nos meten en un baño caliente, fuertemente

sazonado con mostaza negra... Entran vapores extraños en *Cerebrópolis*, cuyo aroma llega hasta aquí; son vapores *clorofórmicos*: el *sulfonal*³⁴ invade, por las vías de la sangre arterial, á la revuelta *Cerebrópolis*. El deliquio no es deliquio: es sueño clorofórmico, que podrá acallar por



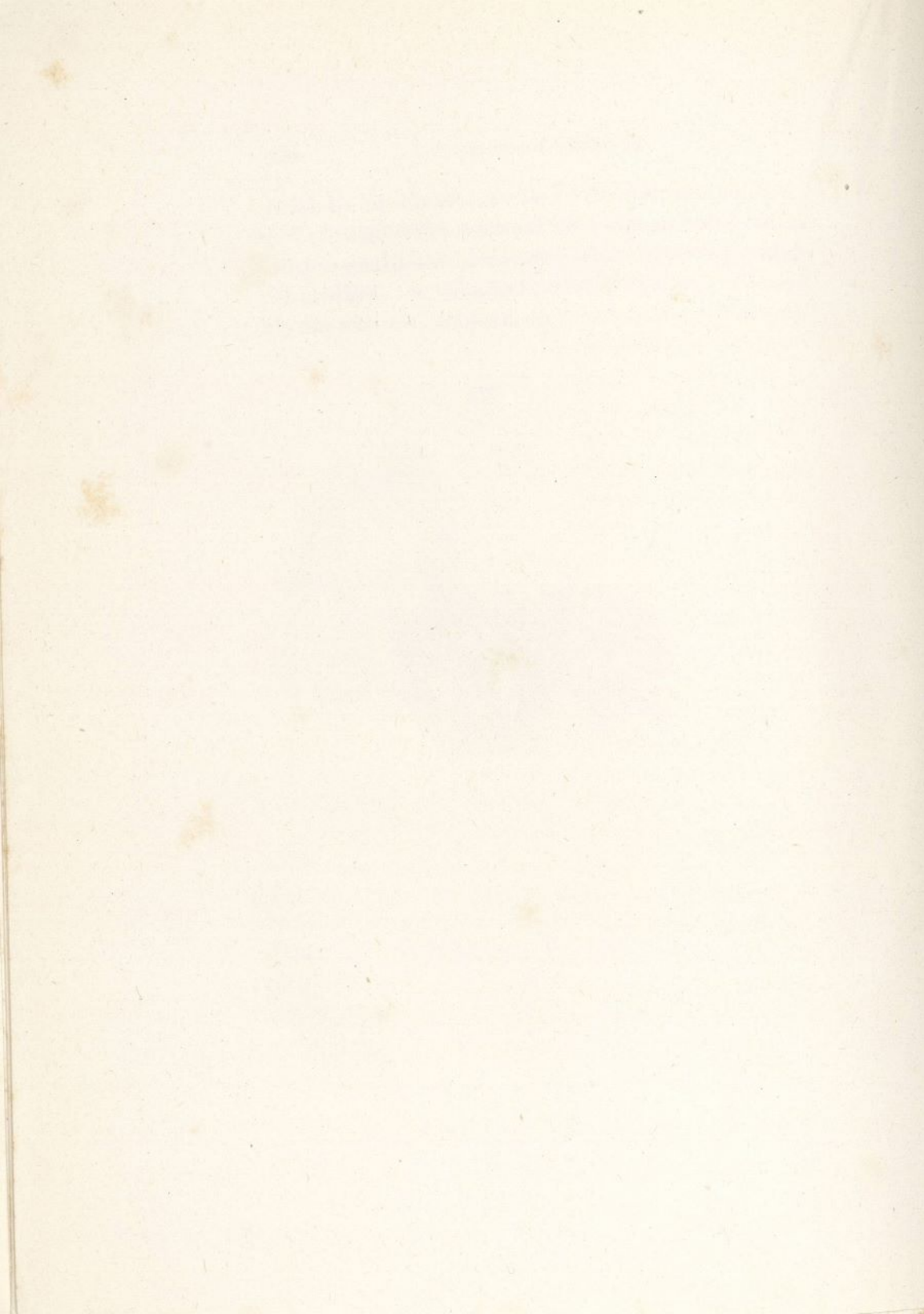
algunas horas la anarquía cerebropolitana.

Ahora sí que aumenta mi confianza. Reconozco que, por la primera, no ha sido lerdo el doctor Libe: no ha resultado estéril su intervención terapéutica. ¡Ojalá pueda recobrar mi palacio y mi patrimonio!... No llevo prisa: no estoy del todo mal aquí. La ocupación que me procuro, me preserva del fastidio.

.

Llueven papeles en el ventrículo de mi domicilio; entran por la *hendidura de Bichat* ³⁵ y deben proceder de *Cerebrópolis*. Mientras el interesado, *sulfonalizado*, bañado y sinapizado, duerme y descansa, pasaremos revista de la estafeta de *Ultrafrenia*.





XII

LA ESTAFETA DE ULTRAFRENIA



N pliego cerrado... El sello de la Junta Revolucionaria... Se han acordado de mí;... no será para cosa buena... ¡¡Me lo han pegado con tres obleas!! Leamos:

«En uso de las facultades que le competen, esta Junta ha tenido á bien dejaros cesante, sin empleo, ni sueldo; confiscar vuestro palacio, bienes, censos y dominios, y además llamaros de rejas adentro, en el término de tres días, en el *quinto ventrículo*, *ventrículo de Cuvier*³⁶, sito entre las hojas del *septum lúcidum*, para responder á los cargos que pesan sobre vos, por abusos de poder, tiranía y otros excesos consuetudinarios; sin contar, por ahora, la cobardía con que habéis huído ante

la Revolución triunfante. No vengáis sin las orejas, pues á lo menos tendréis con que pagar las deudas de menor cuantía.

»Dado en *Nueva-Cerebrópolis* el día 30 de Octubre de 186...

»Por la Presidenta *Psicofrígida*, que está indispuesta y no puede firmar,

ANGUSTIAS.

»Vocales: *Psicocálida*, *Persecuciones*, *La Baronesa del Cogollo*.

»Señor ex Presidente de la *Conciencia*».

Venga de ahí, señoras mías... Ya os habréis desahogado y sea enhorabuena. En cuanto á mí, ya podéis echarme un galgo,... ó dos, ó tres, para que lleguen más pronto.

Pasemos á la prensa... ¡Jesús, qué baraúnda! Esto es un *mare magnum*. El periodismo se ha desbordado en *Ultrafrenia*. Todos estos periódicos hacen hoy su primera salida. Ahora sí que comprendo mi tiranía: por mis culpas, no se publicaba en *Cerebrópolis* más que el *Diario de la Conciencia*, que se imprimía de noche, á la hora de acostarse y después de santiguarse;... ahora cada individuo entra en funciones de Director. Habrá tantos periódicos como *ultrafrenenses*. Muchos más escritores que lectores... ¿Conocen

ustedes algún país en donde ocurra otro tanto? Veamos los títulos.

Rolando el Furioso ³⁷.—Órgano oficial de la cisura de su nombre y circunvoluciones adyacentes.

La Ambición Nacional.—Periódico defensor de los intereses de uno mismo, sin parar mientes en el mal ajeno.

El Perseguido.—Diario dedicado á la investigación de la procedencia de las propias desgracias y á la designación de las sectas, clases y personas que nos quieren mal y causan nuestros males, para, en su día y lugar, aniquilarlas.

La Idea Fija.—Publicación incesante, que tiene por objeto barrenar inútilmente los sesos, en detrimento del sueño y del descanso.

Il Saltarello.—Semanario festivo, que aborrece la estabilidad y que no hará nada de provecho, porque carece de atención.

La Incoherencia.—Publicación ilustrada, que se propone romper las cadenas de los juicios, presentándolos desligados entre sí y dando mu-



cha bronca con los disparates que de este galimatías resulte.

La Miseria Voluntaria.—Se publica en papel de estraza, para estar más en carácter, ya que

su objeto no es otro que demostrar la ruina en medio de la opulencia, el desdoro en el colmo de los honores, y la imbecilidad en los esplendores del saber y del talento.

La Fe.—Se publica sin comentarios, por no consentirlo sus artículos.

La Gran Palinodia.—Órgano de los arrepentimientos seguidos de penitencia y acompañados de irresistibles conatos de reincidir.

La Hipocondría.—Hebdomadario clínico de todas las enfermedades que puede concebir

la propia mente insana, ilustrado con gusanos, serpientes, cabildos, concilios, ejércitos, navíos, escuadras y demás bichos que pueden imaginarse albergados en las vísceras abdominales ó torácicas y aun entre cuero y carne.



El Purgante.—Suplemento de *La Hipocondría*, que aparecerá en tiempos oportunos, ó de grande estreñimiento.

Lo Spavoritto.—Diario italiano, que enseñará la manera de escamarse al menor peligro, al más leve movimiento y al más insignificante ruido.

Basta ya; basta de papelotes. Todos tratarán de lo mismo: de la *Gloriosa Revolución* y de la *Gran Locura*, la fiesta popular, en que van á gastarse lo que no tienen los míseros *ultrafrenenses*. Cada *quisque* echará su cuarto á espadas y se despachará á su gusto, á *despecho* de todas las literaturas. Veamos qué dice el *Rolando*, que debe ser el más furibundo:



«GRAN LOCURA... GRAN FIASCO

» Los pueblos son como los hombres: deben regocijarse privada y públicamente. Las fiestas nacionales entonan el espíritu de la población y deben efectuarse á menudo y con mucho esplendor.

» Nuestros plácemes, desde este punto de vista, á la Junta Revolucionaria, ya que con la celebración de una *Gran Locura*, se ha propuesto

dar un testimonio irrecusable de lo bien acogida que ha sido la Revolución. Mas, si el pensamiento en sí mismo ha sido bueno, á todas luces plausible, intachable, digno de encomio, merecedor de alabanzas y hasta acreedor á los honores de pasar á la posteridad, la manera de realizarlo, de llevarlo á cabo, de ponerlo en práctica, de ponerlo por obra, nos parece indigna, impropia de un gran pueblo, mezquina, extemporánea, improcedente, inoportuna, tonta, estólida y hasta diríamos estúpida.—Más que el articulista, no puede ser.—

»¿Qué sacarán, en efecto, del *programa alucinatorio*?... Una locura triste, penosa, angustiosa, melancólica, lipemaníaca, mística, funeraria, oscura, sin luz, sin vida, cadavérica, en fin, y mal sonante. — ¡Habrà ramplón! — En casos tales, que lo son de júbilo, alegría, contento, satisfacción, expansión, esparcimiento, plenitud de ánimo y ensanchamiento de los corazones, era sólo procedente una locura loca, festiva, turbulenta, exaltante, irritada, habladora, gritadora, mordedora y hasta apaleadora y matadora.

»Se dirá que, dado el estado de *estupor* en que quedó constituída la capital, no había forma de entrar con locuras que no fuesen de carácter lipemaníaco; pero entonces, ¿sobre quién recae la responsabilidad de la declaración del *estupor*, que los modernos llaman *frenoplexia*? ¿Por qué

lo estatuyó la Junta Revolucionaria? ¿Cuál de sus miembros concibió tan peregrina idea? El país tiene derecho á pedir estrecha cuenta de una determinación que le sume en la más triste impotencia, precisamente á raíz de la gloriosa conquista de su anhelada libertad..., y esta cuenta la pedirá.

» Ultrafrenenses: ¡alerta! ¡ojo alerta con los que nos des gobiernan! Por el camino que andan, no hay locura para cuatro días... Sepan todos, que en la Cisura de *Rolando* y Circunvoluciones *adyacentes*, que, aun cuando indignamente, tenemos la honra de representar en el estadio de la prensa, no se agotarán los bríos para llevar á cabo obras más completas, más perfectas, más agradables, más macizas, más sólidas y más duraderas ».

El artículo no está firmado: lástima; el autor, que será sin duda el Director del periódico, entra en el aprendizaje con buena sombra: dudo que le salga digno rival en el género *macarroniano*.

Veamos *La Incoherencia*... Sobre el mismo tema:

« ¡GRAN LOCURA!... ¡GRAN BUÑUELO!

» Repercutido el sonido prepotente de la trompa épica de la libertad domiciliaria; sembrados

de gloria los feraces campos del noble país en donde gime la verde amapola, suspira el rojo jazmín y se extasía el imberbe peregrino que no ha llegado á saborear el ázimo bendito de la intransigencia purísima, converge todo hacia la antítesis histórica de la Filosofía y el Derecho del Derecho y la Filosofía....»

Suficit... que si para muestra basta un botón, aquí ya hay sobra de borbotones. El papel de *La Incoherencia* cumple á maravilla su elevada misión...

Paréceme que de nuevo comienza la zambra en *Cerebrópolis*. Se habrá desvanecido el sueño clorofórmico... Vayamos al monóculo, y continuemos las MEMORIAS.



XIII

CONTINÚA LA GRAN LOCURA Ó SEA LA OBRA DE LOS DELIRIOS É IMPULSOS



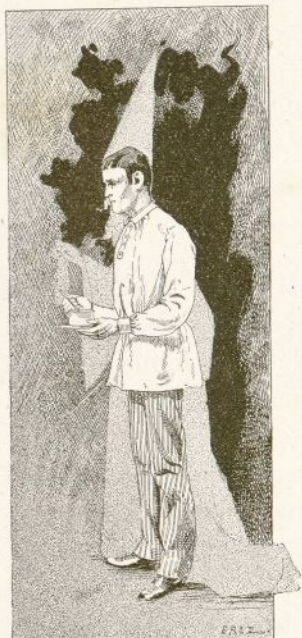
ON Eulogio! ¡don Eulogio!—
dice uno, que debe ser ca-
marero del Manicomio.— Es
hora de cenar... Tomará us-
ted una sopita.

El interesado sigue impo-
tente para expresar sus pen-
samientos y realizar movi-
mientos voluntarios, pues aun
no se ha levantado el estado
excepcional en *Cerebrópolis*.

— Lo que aquí se consigna son los pensamientos
y voliciones frustradas, vistos unos y otras desde
dentro, en el ex palacio de la Conciencia, en
donde siguen, congregados y de nuevo en activo

servicio, Delirios é Impulsos, para llevar á su término el programa alucinatorio.

— ¡Cómo pesa mi cabeza, y al mismo tiempo qué vacía me la siento!... ¿Quién anda ahí?... Ese traje te delata, nigromántico envenenador. ¿Vas á estrangularme con ese cinturón que ciñe



tu cuerpo?... Ten piedad de mí... Yo no te he ofendido... ¡Ah! vas á darme el veneno... No lo niegues... En vano lo mezclas con la sopa... He visto como echabas en el plato los mortíferos polvos... No me toques... No toques mis vestidos... Me envenenas por la piel... Todo es polvo; todo es veneno... No; yo no pruebo este manjar... He visto el polvo.

— Vamos, don Eulogio, pruebe una cucharada;... verá qué rica está la sopa.

— No te acerques... Como me toques á los labios, te muerdo... ¡Morder!... ¡Dios mío!... ¡Si ni morder me es dado!...

— Otra cucharada;... pasó bien la primera... Verá qué bien le sienta.

— ¡Infame!... Me ha envenenado... ¡Oh! el asqueroso polvo... Polvo de momia venenosa. ¡Qué gusto á huevos podridos! ¡Qué sabor de hiel y vinagre! ¡Qué hedor de cadáver descompuesto y de tripas de gusanos de sepultura!... Cunde por mis venas el veneno... Me muero... ¡Ya estoy muerto!... ¡Muerto y enterrado!... ¡Ah! la trompeta... Otra trompeta... Otra... ¡Cuántas trompetas!... Son las del juicio final... ¡Qué llanura!... Es inmensa... No tiene límites... No se divisa un monte, ni un árbol, ni una hierba, ni una mata... La tierra suspira... En cada uno de sus ayes, se abre una grande grieta en ese erial inmenso... Todo el suelo está sembrado de sepulturas. Abren los muertos sus tumbas: acuden al llamamiento de las trompetas... ¡Es el valle de Josafat!... ¿Quién impele á esas calaveras? Brotan y rebotan en el suelo, cual si fuesen enormes bolas de marfil... Se dirigen á mí;... me amenazan con los dientes... Mascan... ¿Qué comen?... ¡Es estiércol de las mulas de nuestra alquería!... Crujen sus dentelladas. De vez en cuando, al rumiar, crujen sus descarnadas dentaduras... ¡No me maltratéis!... Soy de los vuestros... Voy con vosotros al Juicio final... No rehuséis mi compañía... Soy de los vuestros... Voy á rendir á Dios cuenta de mi gran pecado... ¡Clemencia, Dios mío, clemencia!... ¡Era tan joven!... Esas figuritas de á dos palmos, salen también

de las entrañas de la tierra... Vienen de las tumbas... Caballeritos con frac y clac y señoritas con vestidos rozagantes y abanico, se dan el brazo: ellos son los *fémures*, ellas las *tibias* de las calaveras, que acuden desalados al inmenso valle... ¡Desdichado!... ¡Yo, para mis huesos no tengo vestidos decentes!... ¿Cómo iré con ellos ante la tremenda Majestad de Dios?... ¡Soy un



esqueleto y aun tengo tripas! Siento correr el veneno por mis intestinos... Siento el gusano... Coletea, sube, baja, se retuerce sobre sí mismo... Crece... crece... Es ya una serpiente... serpiente de cascabel... Me sube á la garganta... ¡Qué peste! ¡Qué asco!... Oigo la sonaja... El cascabel de la serpiente me desgarrar los tímpanos... Ahora mete su sonora cola en mi cráneo, por el oído derecho... No hay duda, eran polvos de momia con esporos de gusanos. ¡Qué pronto han germinado! ¡Cuán rápidamente se ha efectuado la metamórfosis de los *microbios*! ¡Qué enorme desarro-

llo! Pronto el reptil no me cabrá en el cuerpo... ¡Otro gusano, Dios mío, otro gusano! Este es

más terrible aún. Se me introduce en el corazón... Le siento ahí;... me muerde; me roe la entraña; se me come la carne del corazón y me la va convirtiendo en carcoma... No tengo duda: es el gusano roedor de los remordimientos. El polvillo que de mi corazón extraen sus mandíbulas, se mezcla y corre con mi sangre. Aquí lo siento;... me oprime en la boca del estómago;... aquí... aquí... un ardor,... un ascua de fuego, ó ácido sulfúrico... Suben vapores agrios;... quisiera vomitar;... no encuentro alientos para el vómito... El remordimiento corre por mi sangre;... se desparrama por todo el cuerpo... Siento remordimientos en las manos, en los brazos, en las piernas y en los pies... ¡Dios mío! ¿Qué es esto?... ¡Ser muerto y padecer tanto!... ¿Estaré en el infierno?... ¡*Salva me fons pietatis!*



Nuevo chapuceo cálido y sinapístico. Reingreso del vapor clorofórmico en *Nueva-Cerebrópolis*... General escama en los miembros de la asamblea frenopática, á los gritos de:

«¡El vapor! ¡El vapor!... Huyamos; vuelve el vapor... ¡Sálvese el que pueda!»

Desfile á diestro y siniestro... Los *Delirios* corren á las circunvoluciones cerebrales; los *Impulsos* se dirigen á los *cuerpos estriados*... Unos y otros huyen á la desbandada.

Una voz.— Volved así que haya pasado el chaparrón... Se continuará.

Otra vez el camarero y el doctor Libe, cuyas voces me son bien conocidas... Oído á la caja, la *caja del tambor* acústico. Abandonemos el monóculo, puesto que en *Cerebrópolis* ocurre un fenómeno inusitado... ¿Qué ocurre?... Pues ocurre... que no ocurre nada. No se siente, ni se piensa, ni se quiere;... ni tan siquiera se duerme... Más negación de funcionamiento no es posible imaginar.

.....
— Es preciso, — dice el doctor Libe, — es preciso aprovechar la sedación que va produciendo el baño, para administrar alimentos... Pepe: la sonda, un buen vaso de leche, una taza de caldo, reforzado con extracto de carne, y un vaso de vino... Aguanta firme la cabeza;... no hay cuidado de las manos: el mal se las tiene agarrotadas... La sonda... Ya pasa;... va bien... Más atrás la cabeza;... ahora adelante... Ya está en el esófago;... ya ha penetrado en el estómago... Echa, Pepe, echa... Bueno;... bueno... ¿Cuándo se le dió el sulfonal?

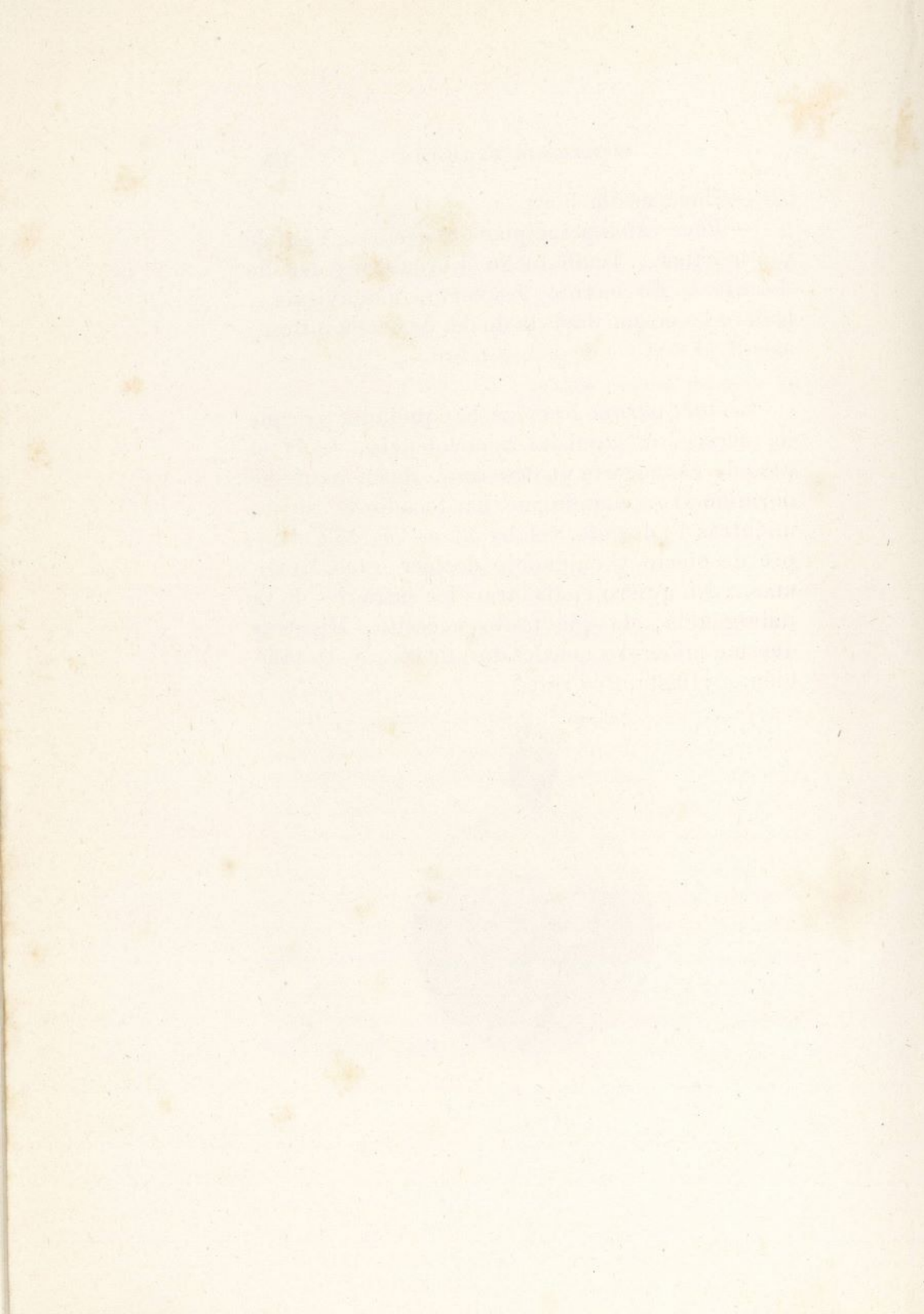
— Hace media hora.

— Pues van á principiar los efectos... Vestirle y á la cama... Dadle luego el bromuro y dejadle dormir... En cuanto despierte, me avisáis... Quiero yo mismo darle la ducha escocesa... Deseo asistir al *deshielo* de este cerebro...

.

Lector: porque lo exige la equidad y porque lo merece tu exquisita benevolencia, se da el caso de concederte un descanso. Hasta aquí, he dormido *Yo*, cuando me ha tocado el turno; mientras *Yo* dormía, velaba mi *ex-Yo*... Tú siempre despierto y cuidadoso de leer estas MEMORIAS... No quiero enajenarme los sufragios de tu indulgencia, de que tanto necesito. Mientras duermo mi *ex-Yo*, puedes dormir tú... y *Yo* también... ¡Hasta otro rato!





XIV

DESHIELO Y UNA AURORA BOREAL EN CEREBRÓPOLIS



SON las ocho de la mañana. Hace más de una hora que los *Delirios* han reanudado sus tareas, lo cual significa que nuestro *intervenido* habrá disfrutado de un sueño de más de siete horas.

En *Ultrafrenia* está el cielo encapotado; pasan negras nubes, que divagan por el espacio á impulso de un levante muy frío, que, al paso que muge y silba entre las mal ajustadas vidrieras de mi ex palacio, cierra á menudo una ventana, con estrépito y ruptura de alguno que otro cristal. Además, para colmo de obscuridad y frío, llovizna.

El desventurado muchacho, recién despertado

por ensueños entrevesados, siéntese presa de un humor tan melancólico como el tiempo... En tal estado de ánimo, penetran, en la entonces silenciosa estancia de la Conciencia, cinco personajes tétricos, de contornos no bien definidos, vaporosos: así como entre sombras y seres corpóreos. Vagamente, sus siluetas representan jueces toga-

dos: en lugar de birrete, llevan un capuz, que no llega á cogulla. Cada uno tiene algo como entre inquisidor y magistrado.

Subsiguen á esos extraños personajes, otros entes no menos vaporosos ni menos caricaturescos: si á algo se parecen, es á Mozos de la Escuadra, unos; otros á alguaciles de los de sombrero de teja, y otros á individuos de la *Benemérita*.

Ninguno habla; los togados se expresan con gestos simbólicos: debe ser una mímica convenida, conforme con un ritual de la orden á que seguramente pertenecen.

Alguaciles, Guardias y Mozos de la Escuadra sostiénense en vilo; van de derecha á izquierda,



de arriba abajo y de atrás adelante, como si fuesen unos fantoches colgados de alambres invisibles. En sus movimientos se observa cierto ritmo, al compás mímico de los togados.

¡Cosa rara! Cuadro tan triste de color y en que campean tantos personajes del género contristador, no apena del todo al interesado: hállase entre la pena y la hilaridad... Sin duda la cosa en sí no le gusta; pero la vaguedad de los personajes y la extraña manera de comportarse, le escarabajean en el sentido de la risa.

Se echa de ver que los *escenográficos Delirios* no deben estar muy satisfechos de su obra, pues ésta no causa la sensación que se creían con derecho á esperar de sus esfuerzos.

— ¿Qué piden de mí, señores míos?... Si son ustedes lo que aparentan, hablen claro y no me vengan con muecas que no entiendo. Enséñenme la cara, señores magistrados, y digan de qué se me acusa. Y ustedes, miembros polimorfos de la calaña *corchetil*, prensosores eternos de acusados y condenados, den también la cara y cesen de volitar y bailotear por el espacio como impertinentes tábanos. ¿Piensan ustedes que hemos de representar *La Pata de Cabra*?

Estas razones que, si bien no se exteriorizan por el lenguaje, — pues continúa la *inhibición encefálica*, — son perfectamente sentidas por los autores de la escena frenopática, convencen á

éstos de que su obra está amenazada de un gran fracaso. No se dan, sin embargo, á partido, y repasando el *programa alucinatorio*, que tienen á mano, piensan haber dado con la solución que apetecen.

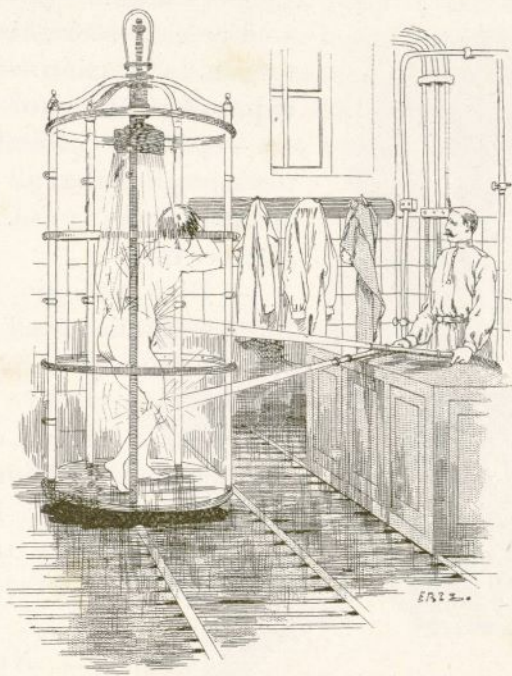
En efecto, aparecen el verdugo, con su rojo traje mefistofélico, y su dignísimo auxiliar, que lleva las cuerdas del colgamiento... Ni uno ni otro, empero, son de relieve: son pinturas sin proyección ni sombra. Esto no obstante, el espectáculo ocasiona notable emoción... Los *Delirios* creen salvada la partida, y deseosos de asegurar el éxito, insiguiendo al pie de la letra el *programa* — que consideran obra perfectísima, — hacen aparecer un cadalso provisto del *vil* garrote.

En mal hora, para sus intereses, han apelado los *Delirios* á este refuerzo alucinatorio: la representación del cadalso consiste en un telón de madapolán, pintado á la aguada, para la decoración del último acto de la tragedia *Ana Bolena*, en un teatro de aficionados... La luz, que se halla situada detrás de la transparente tela, *descubre la hilaza*, y el joven, que ya dudaba de la realidad de esos espectros, duda aun más... ¿Empieza á entender que todo son fantasmas y vapores?

.

Ahora no es chapuceo: es un chaparrón de

padre y muy señor mío el que cae sobre los cueros del interesado. Oigo los chasquidos de la ducha, que rebota en la pared, en el suelo y en la piel del individuo... ¡Qué fresquito!... Es



agua helada... ¡Arriba, arriba!... Otra te pego... Esto es caliente, muy caliente... ¡Cómo escaldada!... Esta agua hierve... ¡Frío otra vez?... ¡Calor! ¡calor otra vez? ¡Cómo quema!... ¡Es la ducha escocesa!

Señor mío, si de ésta no te despabilas, será que te has vuelto de cal y canto.

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... Basta, basta, — dice *fonéticamente* el infeliz duchado.



— ¡Eulogio! ¡Eulogio!

— dice el doctor Libe, autor de la afusión. — ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene?

— ¡Ah!... ¿Dónde estoy?... ¿Soñaba?... ¿Qué ensueño más pesado!... ¿Qué es esto?

— Bien, Eulogio, bien... Ha despertado usted de un ensueño muy pesado... va usted despertando... Repóngase... Pronto estará usted bueno... Ahora almorzará usted... Pepe, viste al señorito y trae el almuerzo... Almorzaremos juntos.

— Gracias... No podría... ¡Soy un muerto!

— Vamos, hijo mío,... que vivo y muy vivo está, puesto que me oye y me ve y podría tocarme... Déme usted un abrazo... Así... Llore, llore usted sobre mi pecho.

Y el muy terco se deja abrazar;... pero no

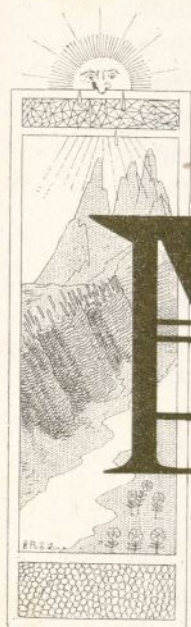
abrazas... Si yo pudiera, á ese doctor me lo comía á besos.

.
Novedades, grandes novedades políticas deben haber por *Cerebrópolis*. Voy á ver lo que ocurre, después del suceso de la ducha, que habrá caído como una de tantas entre los revoltosos de *Ultrafrenia*... Paréceme que mi negocio se va en caminando... ¡Ahora sí que creo que no tardaré en ser llamado al poder!



LOS DELIRIOS EN DERROTA.

LA ÚLTIMA TRINCHERA



A

LUCINACIONES, *Delirios, Impulsos y Vesanas*, toda la población *ultrafrenense*, alarmada á más no poder, hállase aglomerada en el palacio que ya vuelve á parecerme mío. El atrio, el vestíbulo, el salón del trono, todo está invadido. No se oye ni una voz;... es un barullo inextricable. No se percibe ni un ruido, ni un sonido, sino un rumor *poli-acústico*: de revoltina. Abundan los cuchicheos;... signo infalible de murmuraciones ó conspiración. Hay empujones, empellones, rodillazos y hasta puntapiés, en perfecta reciprocidad de *toma y daca*, entre los conglomerados.

Al fin se hace un silencio relativo, en medio del cual Psicocálida, rabiosa y fuera de quicio, grita:

— ¡Esto es el fin del Mundo!

Voces. — ¡Callen! ¡Callen! ¡Atención!

— Ya lo decía yo, — prosigue Psicocálida, — en viniendo el deshielo, adiós mi dinero;... adiós libertad, adiós locura... Eso tiene el haber hecho caso de debilidades... ¿qué digo debilidades?... de impotencias... Eso tienen las contemplaciones antipatrióticas;... antipatrióticas, sí, antipatrióticas:... lo he dicho, y oféndase quien quiera... ¿No se trataba de poner en práctica una *gran locura*? ¿No era este el caso de un ensayo en toda regla de la libertad cerebropolitana, en todas sus actividades y en todas las esferas de la población *ultrafrenense*?... Pues haberse dirigido á quien estas cosas puede y quiere hacerlas bien. Pensóse en espantar á la *Conciencia* por medio de un gran terror, y de buenas á primeras, sin discusión ni deliberación, me decretan el estado *frenopléxico*... Ahora se empiezan á tocar los resultados de este mal paso. El encéfalo comienza á deshelarse; vendrán calores; ya se va disipando la obscuridad, protectora de débiles y de cobardes; ha comenzado el horizonte á enrojecerse por una aurora boreal;... brillará el sol de la *Razón*... A ver, ¿qué harán las místicas y los místicos, las téttri-

cas y los téticos y los cobardes de ambos sexos en este orden de cosas?... Ya se ve:... rendirse á discreción. Serán avasallados sin resistencia; cantarán palinodias y el tirano volverá á enseñorearse de *Cerebrópolis*... ¡Ciudadanos y ciudadanas! aun es tiempo: levántese el estado de *estupor*, — pues también se levantaría por sí mismo, — y decretese la libertad más amplia... Para sí y para la patria, quien más pueda que más haga.

La arenga de Psico-cálida ha causado efectos encontrados: mientras unos aplauden con frenesí, otros silban y gritan:

— ¡Fuera! ¡Fuera la sin vergüenza!

Entre el barullo y algazara, adelántase una dama de alto coturno... Es graciosa, guapita y tiene cara de pesetas. Viste traje de cazadora; sombrero con plumas negras, á la amazona; dos pajecitos sostienen la cola de su negro vestido



de terciopelo. Ante su majestuosa presencia, ábrense filas en la muchedumbre y la señora avanza y sube hasta la cúspide del tálamo óptico: el *cuerpo geniculado interno*. Tráenle un sillón, que majestuosamente ocupa. A su lado se halla Psicofrígida, acompañada de su prima hermana Angustias; aquélla, aun cuando mucho más animada que en escenas anteriores, donde hemos tenido el honor de conocerla, pálida aún y con voz de convaleciente, dice:

— Visto el giro que han tomado las cosas públicas y atendiendo á que el programa alucinatorio no ha dado todos los resultados que se esperaban, declaro levantado el estado excepcional en *Cerebrópolis*.

Voces. — ¡Viva doña Psicofrígida! ¡Viva la Junta Revolucionaria!

Psicofrígida. — Aun no he terminado... Oíd. Desde este instante, abdicó mi representación y mando en esta nobilísima señora, en quien reconoceréis á la *Poderosa Princesa de Altas Cumbres, Marquesa de Campo-Erguido, Condesa de Puño-en-ristre y Baronesa del Doblón de Oro...* Oíd ahora sus palabras.

Princesa. — Cácheme la satisfacción de presentarme otra vez, por más que lo acabe de hacer esta valetudinaria. Cuanto de mí se ha dicho, es poco, poquísimo, teniendo en cuenta lo mucho que soy... Soy, ante todo, una *locura*; mas no

de pacotilla, de esas que se'mueven sin eje ni rodaje: soy *Locura razonadora*. Vivo bien con la *Razón humana*: nos prestamos mutuamente servicios de sentimientos, instintos y talentos; convivimos en envidiable armonía. Ella no se mete en mis negocios, ni yo en los suyos. Sabe ella respetar todo cuanto concierne á mis ideas y sentimientos; en cambio, á mí me importa un comino de todo cuanto á dichas mis ideas y sentimientos no sea pertinente... Han dicho de mí que soy una *Monomanía* y otros una *Locura parcial*. Paso por lo segundo; porque, si donde hay *Locura* ha de haber al mismo tiempo *Razón*, es claro que ni *Razón* ni *Locura* podrían ser generales. Lo que no admito es lo de *Monomanía*: están de tal modo enlazadas las cosas de la mente, que no es posible que una idea se mantenga aislada de otras; cada idea tiene su séquito y sus enlaces colaterales, así como sus sentimientos y voliciones correlativas. Una idea sola sería como una vibración en el espacio que no causase otras vibraciones, ni en el éter ni en los cuerpos ponderables; sería un ente de razón; no una realidad, pues el movimiento no se pierde en la Naturaleza... El *Delirio parcial*, ó *Monodelirio*, materia intelectual, ó tema, de la *Locura parcial*, se distingue del *Polidelirio*, tema complejo de la *Polimania*, ó simplemente *Manía*, en que, así como esto retumba por todos los

ámbitos del entendimiento y de los afectos, aquél circunscribe su influencia en el sentido de determinadas corrientes preestablecidas y como quien dice canalizadas á beneficio del hábito. Por esto las obras mías, las de la mal llamada *Monomanía*, se fundan en un *sistema*, el cual se va estableciendo poco á poco... Esto es cabalmente lo que me propongo hacer en el presente caso: *sistematizar el delirio*... Si tal consigo — y lo alcanzaré con tiempo y esmero, entrando en pactos con la *Razón* y la *Conciencia*, mayormente si me prestan su valioso concurso las *Alucinaciones*, y en especial las acústicas, — os prometo locura perpetua, locura para toda la vida y aun con reliquias para la Historia... Hay, empero, un punto sociológico que importa dilucidar. Hasta aquí, por obra de la Revolución, sólo se ha pensado en el triunfo de la Democracia cerebropolitana; se ha creído que la obra magna de la libertad



y de la igualdad consistía en rebajar á los grandes hasta ponerles al nivel de los pequeños: á los ricos al nivel de los pobres... Yo pregunto: ¿no sería mucho mejor — y la cosa es factible, dados los poderosos medios de que dispongo, — no sería mejor desistir del *rebajamiento* de los *altos* y pensar tan sólo en el *levantamiento* de los *bajos*? ¿Ganan mucho los pobres en que no haya ricos?... Esos deseos del empobrecimiento ajeno, no se originan de sentimientos hidalgos, sino de pasiones aviesas: envidia y celos. En vez de abolir los nobles y ricos, ¿no sería más plausible la abolición de los pobres y plebeyos, pasando, por arte mágica, que yo conozco, á ser ricos y aristócratas todos los ciudadanos?... De que tenga yo poder para llevar á cabo esta verdadera revolución y transformación social, no cabe dudar. Me abona, en primer lugar, la elevación de mi alcurnia... *Altas Cumbres* es un país que confronta con los cuernos de la Luna. Los picos del Himalaya y el Chimborazo gimen avergonzados de su exigua estatura, al pie de los montes donde se levantan los palacios de mi Principado... ¡Valor!... Lo que me sobra es valor. El generador de la sangre que corre por mis arterias, fué el mismísimo don Pelayo. Su firmeza y tiesura resaltan de este hecho, que es histórico: batiéndose mi ilustre ascendiente con un moro gigantesco, éste, va-

liéndose de una estratagema de cobardes,—la zancadilla,—consiguió derribarle en el campo... púsole un pie en el vientre, diciendo: «¡ríndete, cristiano, ríndete!...» El ilustre varón *yacente*,



como aun no se había inventado la sublime palabra de Cambronne, respondió: «¡Cá! ¡cá! yo no me rindo nunca; siempre estoy firme y tieso...» ¿Fué ó no bien empleado el blasón de *Campo-Erguido*?... ¡Fuerza! Mi bisabuelo, vencedor en cien combates, á pie y á caballo, en cubierto y en campo abierto, no usó jamás otras armas que las que recibió de la naturaleza: llamáronle el campeón de *Puño-en-ristre*... ¡Dinero! Mi

madre era, y yo soy, por legítima herencia, la *Baronesa del Doblón*; porque no hubo servicio, por pequeño que fuese, que pagase con menos de un doblón de á cuatro... Excuso decir si era amada mi ilustre mamá... Conque, pues, es evidente que debo inspirar confianza. Déjenme hacer: cesarán la miseria y el barullo que esto

origina en *Ultrafrenia*;... lo aseguro... Y pues pronto han de venir la *Razón* y la *Conciencia*, estipularé buenos tratados de comercio, y, en paz octaviana, disfrutaremos todos de una locura espléndida, de una *locura razonadora*.

.
Emoción general; mucho frotarse las manos de gusto, muchas caras de pascua... Aprobación unánime.

— ¿Alguien tiene algo que observar?

— Yo, — dice Semifusa.

— Diga.

— Se ha pedido el auxilio de las *Alucinaciones* para el nuevo sistema de gobierno, — que aceptaría gustosa y al cual estaremos todas dispuestas á prestar nuestro apoyo, — pero, ¿no sería más correcto que antes de llegar á este extremo y mientras se hacen los consabidos pactos, fuese terminado nuestro programa? Faltan tres números;... pido que se pongan en escena durante el sueño, ya que ahora no hay que fiar de la vigilia. Si con esto no salimos adelante, declararemos frustrado el programa nuestro, y entraremos por las vías de la *Locura razonadora*.

— Aun cuando tengo poca confianza en lo que se acaba de proponer, no veo inconveniente en que se acceda á lo solicitado por las *Alucinaciones*... Sólo una condición: que se aproveche el

sueño de esta noche... *¿Némine discrepante?*...
Pues convenido.

· · · · ·
Ahora *Yo* voy á hablar un poco de mí, pues
tengo el buche lleno de esperanzas, que deseo
trasladar al *epéndima*.



XVI

YA ESCAMPA



QUE mi pleito marcha por buen camino, es indudable: efectúase rápidamente el deshielo en *Cerebrópolis*; las Vesantias ven perdido su pleito; las Alucinaciones piensan dar el último asalto; pero habrán de valerse de las tinieblas de la noche, porque el sujeto, que ya está avisado y empieza á despabilarse, ha comenzado á burlarse de los fantoches, y, despierto, no se dejará pillar. La Princesa de Altas Cumbres pretende entrar en pactos conmigo, para hacer un *modus vivendi*, *frenopático-razonador*; cosa que

aun me parece menos factible que una *Monarquía republicana* ó una *República monárquica*.

Conocedor de los propósitos *ultrafrenenses*, no me han de coger en el garlito. Juego á cartas vistas, y no me dejo sorprender por halagos ni promesas... Aquello de *trato de la nación más favorecida*, es recurso muy gastado y hasta cursi.

Por otra parte, el doctor va haciendo prodigios con su saber: las medicinas, los baños y sobre todo la ducha escocesa, han conseguido deshelar la palabra y abrir el tragadero alimenticio. El interesado, debidamente impresionado y conmovido, ha llorado con lágrimas: el llanto es el grito del alma afligida; las lágrimas son bálsamo para las penas.

Los consejos del doctor Libe, sencillos y al alcance de la receptividad de ese cerebro trasnochado, insinúan consuelos anodinos... Lo dicho: tengo mucha confianza en la ciencia del doctor Libe. Seguro que á él deberé mi restauración en mi reino... De seguir así las cosas, en el instante menos pensado me vuelo otra vez por el acueducto y me vuelvo á instalar en mi palacio... Esperemos y confiemos.

Oigo pasos:... será que vuelve el camarero, el buen Pepe.

— Señorito, le traigo la comida... Está usted mucho mejor... Va usted á comer con gusto... Esto le conviene para quitarle la debilidad.

— Gracias: no puedo comer... Quisiera ver al doctor Libe... Yo no puedo comer, si no lo manda el doctor.

— Aquí estoy, Eulogio, aquí estoy.

— ¡Ah, doctor, qué bueno es usted!... ¿No es verdad que me protege y me defenderá de mis enemigos?

— Hijo mío: yo soy, además de un buen amigo de usted, el médico que le cura de una enfermedad muy penosa... Porque, la verdad es que usted está enfermo... Es decir,... ahora ya está mejor,... pero ha estado usted malito.

— Sí; una gran debilidad... ¿No es verdad que he tenido una gran debilidad?

— Debilidad, sí,... debilidad y algo más... Oiga usted bien: así como, cuando está malo el vientre, hacemos malas digestiones y cuando está enfermo el pecho nos sofocamos y tosemos; cuando está enferma la cabeza... á veces por un susto, un gran temor,... ¿sabe usted?... nuestros pensamientos no marchan por buen camino. Se oyen sonidos, ruidos y voces que no existen; se ven objetos y personas extrañas: fantasmas terribles que engendran ideas falsas y extravían nuestros juicios... Quiero decir que, en casos tales, padecemos una enfermedad mental, un trastorno del juicio. Entonces ni sentimos correctamente, ni pensamos de manera normal. En esto consiste la locura..., y la locura no es

más que un ensueño duradero, que subsiste en estado de vigilia.

— ¿Usted cree que estoy loco?

— No digo que ahora mismo, en este preciso instante, esté usted loco; pero es indudable que ha sido locura la enfermedad que le ha afligido y de la que se halla ya casi curado.

— ¡Dios mío, Dios mío!... ¡locura... locura!... ¡qué cosa más horrible!

— ¿Y qué?... La locura es una enfermedad como cualquier otra, curable como cualquier

otra, si, como en usted se ha hecho, se emplean á tiempo los poderosos remedios que tiene la Medicina mental. Hay además la seguridad de llegar pronto á buen término, desde el instante que el que padece de locura llega á adquirir el conocimiento de su propia enfermedad. Por fortuna, usted se halla ya en este caso; por lo cual puedo anunciarle que ha entrado en convale-

cencia... ¿Comprende usted, Eulogio, que ha padecido un gran trastorno mental?

— Ya no podría dudarlo, desde el punto en que usted me lo asegura.

— Hace usted bien; no lo dude... Al contra-



rio, afirmese en esta creencia. Así se dará usted cuenta y razón de las visiones que tanto le han afligido en esos días... No han sido más que visiones, alucinaciones, irregularidades de la mente enferma. Así cobrará usted vigor para luchar con ventaja contra cualquier otra sensación ó idea de ese mismo género que aun podrían asaltarle. Además, de esta manera, dirigiendo su atención á otras cosas, renacerán en usted afectos que, según parece, se hallan apagados ó dormidos... Eulogio,... ¿no se acuerda usted de...?

— ¡Mi padre!... Mi buen padre... ¡ya no existe mi buen padre! Le he visto en el ataúd... ¡Esto es horrible!... ¡Mi padre me ha maldecido desde la tumba!

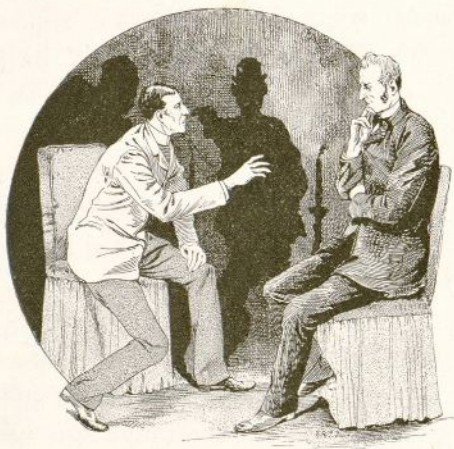
— No, Eulogio, no. Su señor padre goza de cabal salud y espera la noticia de su completo restablecimiento, para estrecharle en sus brazos. ¿Lo ve usted? Estas tristes ideas son aún reminiscencias del delirio.

— ¿Vive mi padre?... ¿Podré abrazarle?... ¿Me perdonará?... ¡Padre mío! ¡Cuánto le amo!... Y mi madre y mis pobrecitas tías, ¿qué dirán de mí?

— No se preocupe usted de esto, Eulogio. La familia de usted tiene mi promesa de su curación, y sólo aguarda el momento de tener la satisfacción de verle restituído á su seno;

momento dichoso que, si usted me auxilia con su buena voluntad, no se hará esperar... Pero, vamos... ¿por qué no me pregunta usted por otra persona?

—Porque... porque no me atrevo... porque me doy vergüenza... Porque Rosita me aborrece... Doctor, soy un miserable; un hom-



bre sin honor; un mal caballero, y además... además, un loco... ¿Quién puede amar á un loco?

—¡Cuánto se equivoca usted, amigo mío! Rosita, la linda Rosita, que ha llegado muy mala del sentimiento de la desgracia de usted, no le ha olvidado... Es también de los que confían y esperan en mis palabras.

—¡Oh! si Rosita me perdona,... si Rosita me amase... ¿Qué debería yo hacer por Rosita?

—En primer lugar, seguir amándola... Después, las cosas marcharán por su curso natural... Pero no hagamos más comentarios... Ya está usted tranquilo y comerá con apetito... Piense que en breve va á recibir visitas muy gratas y sepa usted, además, que va á conocer á una persona á quien principalmente deberá su curación: un joven profesor que tiene tanto saber como nobleza de sentimientos.

—Doctor, yo no tengo voluntad;... soy un alma desquiciada, á quien usted vuelve á la vida. Usted no me desampare y disponga de mí... Ahora mismo no tengo apetito; pero comeré todo lo que usted me mande.

.

Lector: aquí, en rigor de verdad, concluyen las MEMORIAS DE ULTRAFRENIA... Mi presencia se hace ya indispensable en *Cerebrópolis*... El imperio de la Razón se restituye.

Adiós tienda, adiós pluma, adiós tintero de Sæmmering, adiós *epéndima* y adiós ventrículo cerebeloso... Corro al acueducto sylviano, me zampo en el ventrículo medio y de ahí, por la puerta de Monró, me meto en el tálamo óptico, es decir, en mi augusto palacio.

Desde allí terminaré esta reseña, acabando

de atar algunos cabos, que restan bastante sueltos. Estaré en mis dominios, y tú, lector, podrás ver mis letras, de tanato férreo, sobre tejido de blanca celulosa que elabora la industria *papirácea*.



XVII

LA ÚLTIMA ESCARAMUZA. — HIPNOTISMO Y SUGESTIÓN



SEGÚN era de temer, esta noche las *Alucinaciones* han llevado á cabo sus propósitos, determinando uno de los ensueños más aflictivos. Por supuesto que no han salido con la suya, pues, desde el momento en que lo que ha ocurrido no me merece más consideración que la de un ensueño, es evidente que no han conseguido estampar en mi cerebro impresiones con carácter de realidad, según es de rigor para que de ellas resulte locura.

Puedo, afortunadamente, dar cuenta del ensueño que ha recorrido mi fantasía como lo

hiciera cualquier persona con la mente sana y reposada, refiriéndose á ensueños suyos;... hasta puedo echarlo, y lo echo, á broma.

Era un día de la canícula. El sol en el cenit; temperatura de alto horno; los campos en rastrojo; por todos lados no más que rastrojos. A lo lejos, somníferos cantos de los trilladores en las eras; de cerca, monótono y general chirrido de cigarras... Rosita y yo habíamos salido de la alquería, después de desayunarnos con una rebanada de pan y una sardina salada, pasada por ascuas. Nos abrasaba la sed... una sed tropical... Rosita pedía agua fresca... Estábamos rendidos de fatiga;... la niña no podía dar ni un paso más. Ella, sedienta, no cesaba de pedirme agua... No se veía, en todo el dilatado horizonte, una fuente, ni tan siquiera un charco... A cosa de un kilómetro se oía el murmurar de un río... Arrastrándonos, llegamos, con mucha pena, á la orilla... La vista del agua retozando entre piedras y guijarros, acrecentaba el tormento de la sed... Rosita no podía despegar la lengua;... sus labios, ardorosos, no cesaban de pedir agua.

En vano buscaba yo un vaso, un cántaro, una piedra hueca, un recipiente cualquiera para ir al río... En la margen opuesta divisé una higuera... Pensé que, con una de sus hojas, arrollándola á modo de cucurucho, podría habi-

litar un vaso... El río no tenía vado... Encaminéme á un puente de madera que se veía mucho más arriba. Jadeante y muerto de calor y cansancio, llegué á la higuera;... cogí una hoja, arrolléla del modo dicho y comencé á bajar al río... Por aquel lado la orilla era abrupta y además formada de tierra arenosa de tan poca consistencia, que al sentar en ella el pie, se desmoronaba y se iba al río... Tendíme en el suelo; con una mano me así á una mata, y estirando cuanto me fué posible el otro brazo, llegué, con el improvisado vaso de hoja de higuera, á la corriente... No pude conservar ni una sola gota de agua: la hoja estaba agujereada en el punto correspondiente al fondo del cono. En mi fatiga y desespero, determiné volver á la higuera para proveerme de más hojas.

Al subir la cuesta, salíome al paso Rosita... Me ofreció una flor: era una amapola pálida; un capullo tierno precozmente abierto por violación del cáliz... Entendí la alegoría, el significado simbólico de aquella flor... Quise responder simbólicamente á la alusión: acerqué á mis labios la pálida corola... Punzantes espinas me hirieron hasta hacer brotar sangre... Quise oler la amapola... Un olor penetrante de ruda mezclado con hedor de gangrena, hízome perder el sentido... Repuesto de la horrible impresión, miré en derredor, buscando á Rosita... ¡Quería

decirla que me perdonase y me amase!... La niña había desaparecido.

Halléme solo en medio de un bosque muerto: robles, encinas y pinos deshojados; nada más



que troncos secos y descortezados; en el suelo, sólo hojarasca, que crujía, plañidera, bajo mis pisadas. De las ramas pendían gruesas cuerdas de cáñamo, con nudo corredizo... De muchas de

ellas colgaban cuerpos humanos, revestidos con la hopa de los ajusticiados, exánimes unos, agonizantes otros. Todos fijaban en mí sus ojos, grandemente abiertos, como abierta tenían también la boca y saliente la lengua.

.
.

En tal estado, ha entrado el doctor Libe, y me ha hecho el inmenso favor de despertarme. Me ha encontrado azorado. Creo que habré dicho algunos disparates... Pepe, el camarero, me ha vestido y me ha conducido al lavatorio, en donde, después de unas abluciones de agua fría aromatizada, me he sentido totalmente despierto, cayendo entonces en la cuenta de que, cuanto por mi había pasado, no había sido más que un ensueño;... quizás una reminiscencia de mi locura.

El doctor me ha hecho sentar en un sillón, frente á la ventana, sentándose á su vez él en una silla, frente á mí.

— Eulogio, — me ha dicho, — ya está usted despierto y comprende que un ensueño pesado ha sido causa de las molestias que ha sentido esta noche. No es esto nuevo, sino más bien la regla al despedirse la locura. De manera que, lejos de entristecerse por este accidente, debe confortarse en la seguridad de su curación... No obstante, como conviene acabar cuanto antes con

estos últimos vestigios de su enfermedad mental, voy á echar mano de un remedio nuevo, ó poco usado hasta ahora, sumamente sencillo y por otra parte exento de peligros, y que, en el caso en que usted se halla, es de éxito seguro... Eulogio, voy á hipnotizarle... ¿Sabe usted qué es el *hipnotismo*?

— ¿No será eso que hacen las sonámbulas?

— No, hijo mío, no; eso es una camama, una patraña, un tejido de embustes y supercherías para embaucar á los tontos. El *hipnotismo* es un estado especial en que caen la mente y el sistema nervioso de un sujeto, al influjo de la mirada de otra persona, ó simplemente de resultas de la fatiga de los ojos por mirar fijamente á un objeto brillante ó luminoso, en cuyo estado, la persona hipnotizada recibe en su mente las impresiones y manera de ser que le ordena el hipnotizador... La primera condición para ser hipnotizado, á lo menos por la primera vez, es la aquiescencia del sujeto. Esa voluntad, ese deseo, deriva siempre de la confianza que inspiran el saber y la honradez del hipnotizador... Eulogio, ¿confía usted en mí? ¿quiere que le hipnotice?

— Don Salvador, es usted mi *salvador* y confío en usted por completo. Cuando guste puede hipnotizarme.

— Pues, á la obra... Míreme usted fijo;... á

las niñas de mis ojos;... no aparte usted su mirada de la mía. No piense usted en si duerme ó no duerme... No piense sino que se va durmiendo... Le parecerá á usted que no duerme, porque yo hablaré siempre y usted no cesará de oirme... Así; así... Los ojos pesan... pesan... Los párpados se cansan... se cansan;... tiemblan;... vacilan... vacilan;... se van á cerrar... se cierran;... ya están cerrados... No puede usted abrir los ojos;... pruébelo; no, no los podrá abrir... Imposible... está usted dormido... No tiene voluntad propia;... no puede usted querer sino lo que yo quiera... Me oye bien... Duerme la cabeza;... ahora duerme el pecho... Duerme el vientre... Duermen las piernas y pies;... duermen los brazos y las manos... Duerme usted del todo...

.
No recuerdo más... Sentí un soplo en el rostro; desperté bruscamente y, ¡cosa más rara! me sentí nuevo; es decir, alegre, expansivo, gozoso, afectuoso, comunicativo, ganoso de andar y de



comer, y sobre todo, afanoso de abrazar al doctor, á quien dije:

—Don Salvador, si hay en la tierra un hombre verdaderamente contento, ese soy yo; y si hay quien á usted le quiera y le admire, nadie le admira y quiere tanto como yo... Esos brazos, si usted lo permite.

—Con mucho gusto, chiquillo; con muchísimo gusto...

Me ha parecido que una lágrima de satisfacción asomaba en los ojos del doctor.

—Vamos, Eulogio,—me ha dicho,—reponerse un poco, que ahora mismo va á recibir visitas. Alíñese usted la cabeza; Pepe, ayuda á vestirse al señorito. Póngase el traje de gala, que la cosa vale la pena. Yo estoy de vuelta entre diez minutos.

Salió el camarero en pos del doctor y yo quedéme solo. Entonces empecé á discurrir, obediendo á la natural tendencia de mi espíritu.

—Por más que él sostenga lo contrario—pensaba,—yo creo que en la personalidad del doctor Libe hay algo superior y esencialmente atractivo que no se encuentra en los demás hombres. Desde que me ha hipnotizado, dejándome, por operación tan sencilla, libre de las preocupaciones, escrúpulos y melancolía que devoraban mi espíritu, siéntome tan afectuosamente vinculado al buen doctor, que no ceso de apetecer

su amable compañía. Ahora mismo voy á ver satisfecho uno de mis deseos más ardientes: abrazar á mi amado padre y á mi adorada Rosita;... se empaña, empero, la idea de tanta dicha con el temor de que tendré que privarme de la protectora compañía del doctor Libe... ¿Consentirá el respetable Director del Manicomio en que, con motivo de afianzar mi curación mediante algunos días de convalecencia, permanezca en el asilo disfrutando de las comodidades de la casa, aspirando el embalsamado ambiente de sus jardines y huertas y recreando la vista en los bellísimos horizontes que aquí se descubren? ¿Pensará mi padre, si solicito prolongar unos días más mi ausencia del seno de la familia, que aun es tibio el afecto que les profeso á él, á mi madre y á mis tías? ¿Creerá Rosita que anhelo poco por su amor y compañía sustrayéndome voluntariamente por unos días más á sus cariños y cuidados?

La verdad es que ahora, que me siento en la plenitud de mi sér moral, conservando, como conservo, el recuerdo de los horribles sufrimientos de mi locura, de nada recelo tanto como de una recaída... El doctor Libe, dice que esto es un signo infalible de sólida curación;... pero, si me separasen de él, ¿quién podría sacarme de los abismos del delirio en que tanto he padecido, si por desgracia reincidiese en mis alucinaciones?

Pesa además sobre mí un compromiso moral, diría casi un empeño de alta humanidad... ¿Para qué habré escrito mis MEMORIAS DE ULTRAFRENIA, sino para que por ellas venga el mundo en conocimiento de los que se reputan *misterios* de la locura, disipando errores seculares que infestan la opinión pública? ¿Hay conceptos más equivocados que los que generalmente se profesan, así respecto de la esencia y manera de manifestarse los trastornos de la



mente, como de los medios que deben emplearse para aminorar los males que tan tremenda desdicha ocasiona al individuo y á la sociedad?

Hasta el presente no podría dar cuenta sino de impresiones que me son personalísimas: brotes de una fantasía acalorada por la enfermedad y de una razón sojuzgada por los delirios...

¿Es esto cuanto puede y debe saberse de la locura? Mi enfermedad me ha proporcionado la noción interna del estado frenopático: he podido escribir de la locura como le sería permitido á un ex-loco que conservase

fielmente los recuerdos de sus propios delirios y alucinaciones. El desdoblamiento que se efectuó en mi personalidad, pasando el *Yo* sano al ventrículo cerebeloso, para contemplar desde aquí las torturas y rigores á que se hallaba sometido el *Yo* enfermo, el *pseudo Yo*, por obra de las vesanias, me ha permitido intimar conocimiento con las entidades constitutivas del complejo de la locura; mas, hasta el presente carezco de lo que podría llamarse conocimiento experimental ú *organoléptico* de la enfermedad mental. A ésta la conozco en esencia, mas no de presencia.

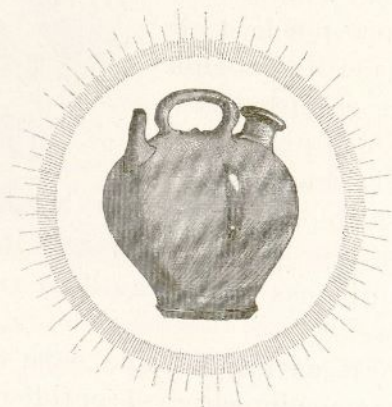
Acabo de recibir los beneficios del Manicomio; pero tampoco puedo decir que conozca el Manicomio. Hállome en el mismo caso que aquel que, habiendo recibido el beneficio del sueño con el opio, desconoce el origen y propiedades físicas y químicas del maravilloso zumo de la adormidera.

Mi natural curiosidad, que debe tener ribetes filosóficos, me impele en el sentido de ampliar mis conocimientos en materias *ultrafrénicas*, y



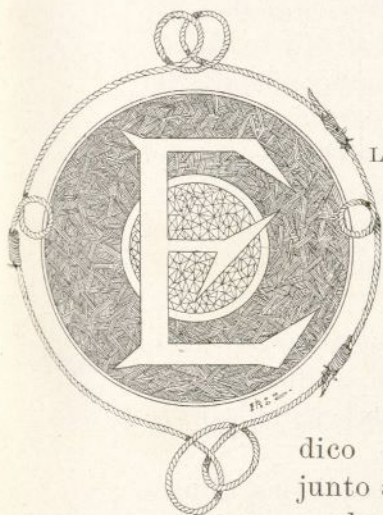
como el lugar y la ocasión me brindan—pues me hallo en el gran teatro de la sin-razón,—he de empeñarme con mis deudos y con el doctor Libe para que me otorguen unos días más de Manicomio.

Á propósito:... ahora conozco que mi vocación era para médico... Hubiéranlo oportunamente conocido mis parientes, y no hubiera habido alquería, ni viña, ni amores, ni cementerio, ni locura... ¡Cuántas desdichas nos habríamos ahorrado!... En cambio, no hubiera yo amado á Rosita, ni admiraría, como admiro y estimo, al doctor Libe... ¡Justa compensación! ¡Sublime ley de los contrastes! La vida nace del seno de la muerte; el placer brota de las heces del dolor.



XVIII

ATAR CABOS



.....
El doctor don Salvador Libe, momentos antes de llevarme á su despacho, donde me aguardaban las visitas que me había anunciado, púsome, en breves palabras, al tanto de lo siguiente:

De resultas de aquel fatídico accidente funerario, ocurrido junto á las tapias del cementerio, del cual nació y quedó instantáneamente formada mi singular locura, le sobrevino á la pobre Rosita un profundo trastorno del sistema nervioso, consistente en convulsiones histéricas muy repetidas y neuralgias intercostales y cra-

neales que la atormentaban sin cesar; además perdió el color y la alegría;... ;se quedó *clorótica*! Gracias á la prudente y sabia intervención del joven médico don Agapito Zuriago, el mal

no hizo progresos. Así como tuvo acierto para conocer en mí el estupor, aconsejando que me trajeran al Manicomio, no lo tuvo menor para diagnosticar en la sensible niña el *morbus virginum pallidum*.

Las buenas confianzas de mi curación, reforzadas por las palabras del director del Manicomio el mismo día que me ingresaron, fueron para Rosita remedio moral de primera fuerza. El *hierro soluble*, asociado á los amargos, consiguió en breves días reconstituir la trastornada sangre de la niña.

Mi excelente padre, previendo las consecuencias que podría tener el que llamaríamos *hecho de autos*, y pensando que un primer amor bruscamente cohibido era ocasionado á una repercusión peligrosa para una mente averiada cual lo estaba la mía, había tomado consejo de



don Agapito y del doctor Libe. Ambos opinaron que, efectivamente, en el Registro civil y en la Vicaría hallarían plausible solución la obra de la naturaleza y los escrúpulos de la moral... Rosita, de suyo lista, y además educada en su infancia en un colegio de la capital, — por habérselo así casi preceptuado mi padre al suyo, — con un poco de pulimento que la vida de la ciudad no tardaría en proporcionarla, no haría mal papel en el seno de una familia, que, aun cuando acomodada ó más bien rica, no conoció jamás el lujo ni el orgullo. Tratado el asunto con el colono, — hombre sencillo, pero no un palurdo del campo, sino antes bien leído é instruído para su condición, — fué convenida la boda á dos meses vista; esto es, para el día 25 del próximo Diciembre, día de Navidad, reservándose una sola condición por ambas partes: la de que el enlace había de ser del gusto de los contrayentes. — ¡Cómo no, por mi parte!

Don Agapito se había despedido de don Antonio y de don Vicente, sus veteranos colegas en el partido; pues, habiendo ganado una cátedra de patología médica en empeñadas oposiciones, iba á trasladar su domicilio á la capital. Uno y otro *pulsa-radios* mostráronse muy contentos del triunfo del joven Zuriago, ... y aun más viéndole enemigo en huida: Zuriago que ya no les alcanzaría... De

buena gana le ofrecieran el consabido puente de plata.



Porque, eso sí, según don Antonio, si mi enfermedad no llegó á ser una apoplejía consumada, fué congestión cerebral de todas las campañas. Aquí la *fuera medicatriz*⁸⁸ hizo portentos de sabiduría, manifestando su gran previsión al inspirarme horror á los alimentos—*sitofobia*.— Esta dieta, que me impuso el mismo instinto curativo,—siguen hablando el pensamiento y el criterio de don Antonio,— fué el medio de que se valió mi próspera naturaleza para disipar la congestión del cerebro; de otra manera, la apoplejía era segura, inevitable y mortal sin remisión.

Don Vicente abundaba en estos mismos conceptos, y además se lamentaba de que, habiéndose podido efectuar mi curación sin tocarme de la alquería, se hubiesen impuesto á la familia tantos gastos y tantos disgustos... Yo me curaba, á pesar de haberme llevado al Manicomio.



Quienes hallaban menos misteriosa mi curación eran mis tías: considerábanla resultado lógico, inevitable, de un devoto *octavario* que habían dedicado á la Virgen de los *Desperfectos*, reforzado con un *septenario* á la de los Dolores y un solemne *novenario*, con sermón y gozos, á las benditas almas del purgatorio.

Cuanto á mi madre, que había sufrido varias crisis, dolorosas unas y convulsivas otras, de resultas de la pena que la dió mi locura, habiendo sido visitada por don Agapito, mejoraba visiblemente, fuese por obra de las buenas noticias que de mi estado se le daban, fuese por las altas dosis de bromuro, que le recetaba el joven profesor.

A Pedro, el colono, to-
cóle no escasa ración de
sinsabores: Rosita enfer-
ma, al parecer, de bastante
gravedad; de Ángela, la
mayor, desde la noche en
que cometió la gran trasta-
da en el cementerio, pasá-
ronse tres días sin tener
noticias suyas. Fueron inútiles cuantas pesquisas
se hicieron para averiguar su paradero... Vino á
poner término á la natural zozobra de su padre,
una carta del Reverendo y ya anciano Hormiga,
cura-párroco de P. de A., anunciando que, por



su mediación, la chica había entrado, en clase de novicia, en el Convento de *Madres Inocentes*, de la villa de L..., pues había hallado en ella tan perfecta vocación para el claustro y tanto celo religioso, que el buen sacerdote no había encontrado manera de hacerla variar de propósito.

No se opuso el padre á esta determinación de la joven: comprendió que el arrepentimiento guiaba sus pasos, y esto lo halló bueno. Cuando al buen Pedro le fué pedida por su tocayo, mi padre, dueño de la alquería, la mano de Rosita, pensó y dijo para su capote:

«La casa queda sin mujeres;... Pedro, debes renunciar á la viudez». Y al formar candidatura para segundas nupcias, puso en primer lugar de terna á la Antonia, muchacha de veinticinco primaveras, colorada, fresca y carnosa, que hacía diez años desempeñaba servicio doméstico en la alquería.



.....
El gabinete de consultas del doctor Libe, que

es una estancia bastante espaciosa, elegantemente decorada y bien provista de libros é instrumentos quirúrgicos y de diagnóstico clínico, está orientada al Mediodía. Sus aberturas dan al parterre adjunto al edificio... Desde su despacho, el Director ve á sus enfermos paseando por los jardines; departe con ellos como buen amigo, dejando aquí y en todas las partes del establecimiento sentir el influjo de su autoridad, tan respetada como querida.

En el cuarto del Director estaban las mismas personas que me habían traído al Manicomio: mi padre, don Agapito y Rosita y además Pedro, el colono. Rosita no era ya la campesina de la alquería: era una señorita, que vestía con tanto gusto como sencillez. Aun cuando la sonrisa adornaba, como de costumbre, sus preciosos labios, denotaba su semblante las huellas del sufrimiento.

Describir la escena de recepción es imposible. Palabras, las hubo apenas; abrazos, besos y lágrimas, lágrimas de gozo y ternura. Lloraron también los dos doctores... Yo quise arrodillarme para pedir perdón... Caí en los brazos de mi padre... Pedro me abrazó á su vez... A Rosita la dije: «¿Me perdonas? ¿Me amas?»... La niña contestó con un rubor de absoluta afirmación.

Un faetón esperaba en la avenida principal

de los jardines... Mi padre quería despedirse del Director y manifestarle su agradecimiento. Balbució algunas palabras, pues la emoción no le permitía concertarlas.

.
Había llegado para mí el momento difícil... Aun no había expuesto mi querella al doctor Libe: carecía, pues, de abogado que defendiera mi remanencia en el Manicomio; por otro lado, la presencia de seres tan queridos y el deseo de estar con ellos indefinidamente, comprometía muy de cerca los propósitos que poco antes concibiera de continuar por unos días más en el asilo, á fin de asegurar mi curación en contacto con el doctor Libe y de completar mis MEMORIAS... Sentíame en el *conflicto entre dos deberes*, ó quizás entre *dos deseos*... Parecióme más racional el de quedarme, y, cuando hube enjugado la última lágrima que corría por mis mejillas, haciendo un esfuerzo verdaderamente heroico, rompí á hablar en estos términos:

—Don Salvador: ha llegado el caso de hacer una declaración... Aun cuando me siento recobrado de mi enfermedad y estoy alegre, satisfecho y reconocido á los cuidados de todos, carezco de fortaleza de espíritu suficiente para volver al mundo... Por más que hago y me esfuerzo por levantar mi valor moral, no consigo apartar de mi mente el temor de recaer en

mi triste enfermedad. Recelo que, apartado de usted, querido doctor, reaparecerán las alucinaciones, vendrán otra vez los penosos ensueños y, en fin, temo que no tardará en volverse á perturbar mi razón... Temo abusar de sus bondades solicitando me permita pasar unos días más en su compañía y temo aún mas:... temo que papá y Rosita se enojen, achacando á falta de cariño esta aspiración mía... Medítenlo ustedes, piénsenlo, y si lo que pido no les parece pertinente; si en realidad ya no hay temor de recaída, y si mis padres y mi pobre Rosita se han de enfadar por lo que pido, cuenten que nada he dicho ni he solicitado nada.

Mis palabras han causado diversas, pero profundas, sensaciones: de disgusto y como de desencanto á mi padre; de estupor, vecino del despecho, á Rosita, y de extraordinaria alegría á los médicos. El doctor Libe, á quien particularmente iba dirigido mi discurso, ha tomado la palabra:

— Eulogio: los sentimientos que usted acaba de expresar no pueden ser bien comprendidos de todos... Yo, y de seguro que conmigo el doctor Zuriago, los entendemos y los apreciamos en su justo valor, declarando desde ahora que expresan de manera indudable una curación sólida y, por lo mismo, exenta del peligro de recaída. Cuanto usted acaba de expresar, denota que se

halla en plena posesión del conocimiento de la enfermedad que tanto le ha afligido. Esta noción clara, origina naturalmente el horror á la reincidencia; de donde el deseo, muy racional, de precaverse contra todo lo que pudiera determinar una recaída; y en efecto, no hay mejor preservativo de la locura que vivir allá donde ella se ha curado, así como no hay mayor peligro de volverla á contraer que el exponerse tempranamente al influjo de las impresiones en que se engendró. Los que se impacientan por salir del Manicomio; los que cuentan los días y las horas que han de estar en el asilo, en donde reportan el beneficio de recobrar la razón, me inspiran siempre mucho cuidado. ¿Por qué? Porque esta impaciencia suele ser muestra de que no es bastante clara la noción de su propia enfermedad. Así que, estimo razonable y de buena ley la demanda de convalecencia que hace Eulogio; y, al paso que por mi parte tendré mucha satisfacción en convivir con usted unos días más, aconsejo á ustedes que no tomen á mal el deseo que se acaba de expresar y que accedan á él sin el menor escrúpulo.

—¿No podríamos poner una condición?— dijo don Agapito.

—¿Cual?—pregunté yo.

—La de ser diariamente visitado.

—¿Por quién?—repuse yo—¿por el director?

— Claro... Y ¿por quién más?—añadió don Agapito.

— Por mi padre...

— Y ¿por quién más?—repuso con dulce tonillo epigramático el doctor Libe.

— Don Salvador, usted lee en el corazón.

— Rosita... ¿Lo entiende usted, Rosita?

— No sé si mi padre lo consiente... ¡Como hemos de volvernos á la alquería!

— A la alquería no, Rosita. Tú ya no vuelves á la alquería,—dice mi padre.—Ya has empezado á ser nuestra... Y usted, Pedro, tampoco tiene que hacer allá... Si va, será para pocos días... Es preciso disponer las cosas... Es necesario que nos preparemos para ser abuelos.

.
Alegría, despido, abrazos y apretones de manos.

Hasta mañana,—dijimos remanentes y salientes.

Entre las cortesías del despido, encontré una ocasión de estar á solas con don Agapito, y le dije:

— Estoy escribiendo las MEMORIAS DE ULTRAFRENIA, ó sea los MISTERIOS DE LA LOCURA... He descrito mi propia locura: es LA LOCURA POR DENTRO... Mi deseo es completar mis MEMORIAS con las impresiones que en estos días reciba en el Manicomio... Será la segunda parte de

mi trabajo: LA LOCURA DESDE FUERA... ¿Querrá usted revisar mis apuntes?

— Su obra será interesante y tendré el mayor gusto en leerla. ¿Piensa usted publicarla?

— ¡Quiá! No dispongo de dinero... Demasiado he abusado del peculio de mi padre.

— Quizás un editor...

— Salvada la parte económica, me encomendaría al consejo de ustedes.

— De todos modos, ... cuando la publique solicito un ejemplar.





LA LOCURA DESDE FUERA

I

DEL LAGO AL COMEDOR.

DOS MEGALOMANÍAS



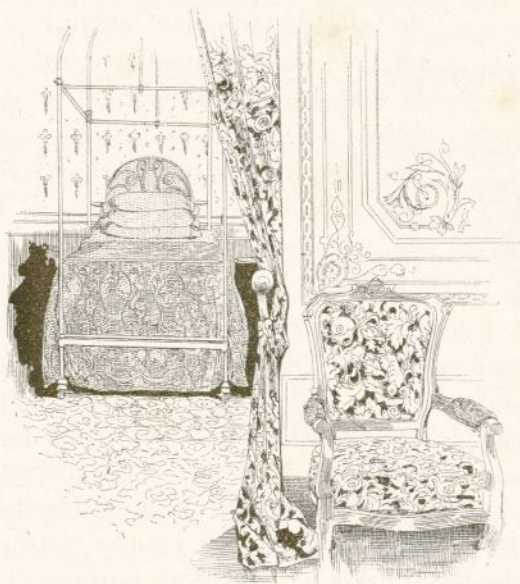
QUEDA convenido con el doctor Libe que mi situación de convaleciente en el Manicomio, aun cuando me concede mucha más libertad para discurrir por las dependencias del asilo, no me exime de las prescripciones generales del Reglamento de la casa. Entre éstas, una de las más rigurosamente observadas, es la separación de los sexos: hombres y mujeres, conviviendo bajo un mismo techo, no advierten su proximidad y convivencia.

Este extremo reglamentario, cohibe mis aspiraciones. Conozco que no me faltará campo de observación para la locura en el sexo masculino;... ¿no sería interesante averiguar las particularidades de las enfermedades mentales en la mujer?... Ya que no me sea dado juzgar *de visu* esta materia, en tiempo oportuno interpelaré al doctor, y sin duda me proporcionará elementos para llenar este vacío que podría resultar en mis MEMORIAS.

Me ha preguntado don Salvador si tendría reparo en continuar en la habitación que me fué designada al ingresar en el Manicomio, pues, como en ella había pasado los grandes accesos alucinatorios y de delirio, quería estar seguro de que por esto no me quedaba ninguna aprensión. Lo cierto es que, si bien recuerdo los delirios, no tengo memoria de los lugares en que me hallé mientras duró mi locura. En esto conozco que, como decía don Agapito, mi sensorio estaba *inhibido*. De aquí que, lejos de sentir aversión, téngole cariño al gabinete en donde vi reaparecer mi razón y recobré el temple normal de mi espíritu, gracias á la *sugestión hinóptica*.

La habitación mía, como todas las de primera clase, en la sección de tranquilos, consiste en un gabinete espacioso, cómodo, lujosamente amueblado y profusamente alumbrado, que tiene su entrada por el vestíbulo común, y salida á

la galería porticada de la planta baja; la cual galería limita, por el lado del edificio, un bellísimo parque á la inglesa, dotado de una gran variedad de árboles, arbustos, arbolillos y flores, que forman bosquecillos y verjeles, en cuya espe-



sura se esconden varios lagos de poca profundidad, provistos de surtidores y con abundante dotación de peces de doradas escamas y de colores muy vistosos.

Junto á uno de esos especímenes de la *fauna lacustre*, oculta la cabeza en una rama de *arauca-*

ria, el cuerpo por los corimbos de una mimosa y las piernas por el variado follaje de unos *evoniums*, hallábase, en contemplación casi extática, un viejecito de muy escasa corpulencia y de aspecto, no obstante, venerable. Su traje, de ame-



ricana y chaleco abierto, mezclilla de lana de superior calidad, su blanca y reluciente pechera, el cuello de la camisa cuidadosamente doblado sobre un lacito de corbata blanca y una gorra de seda, de cuadritos, provista de inconmensurable visera, del mismo tejido, dábanle un porte distinguido y prevenían en su favor al tratarse de si uno le abriría ó no el mágico tesoro de las simpatías. En él creí reconocer á un compañero de convalecencia. A pocos pasos de nosotros se hallaba un camarero del Manicomio, que no era Pepe; lo cual me hizo pensar que aquél estaba adscrito al servicio particular del anciano compañero.

Viéndome, el diminuto anciano inclinó ligeramente la cabeza y continuó en su actitud contemplativa. En aquel instante, un barbo rojo-anaranjado, de gran tamaño y de tres aletas caudales—un macho de la especie, según la técnica piscícola,—ganando la delantera á un sinnúmero de pececitos de su mismo género, que

seguían su misma dirección, vino á hacer buena presa de una miga de pan que el anciano acababa de arrojar al lago. Viendo tal injusticia y desafuero, el atento espectador hizo un violento gesto, que tenía por fin ahuyentar al pez raptor. Éste, empero, haciendo caso omiso del aspaviento humano, llevóse la miga, seguido y muy de cerca perseguido por sus envidiosos congéneres.

— ¡Lucha por la vida! — exclamó el anciano, mirándome en ademán de solicitar mis palabras.

— Lo mismo harían si fuesen hombres: es la codiciada miga del presupuesto, — repuse yo.

— Lo mismo;... es mucha verdad... y sin embargo, es preciso que la humanidad sea reducida de la esclavitud de los fieros instintos.

— Esto será cuando empiece una nueva Creación. Los moldes de la humanidad han sido siempre los mismos y no variarán.

— Pero podrían variar. A veces se yerra porque se juzga por las apariencias... Vamos á ver: quien hizo el primer hombre y, con él, el primer molde de la humanidad ¿no podría variar el uno y el otro?

— Pero hay leyes inmutables, y no puede haber nuevas creaciones. Los seres llevan las leyes que les rigen en su misma esencia: los cuerpos han sido siempre graves y continuarán siéndolo, porque la gravedad, que es inherente

á su propia esencia, les dirige al centro de la tierra.

— Menos el hidrógeno y el aire enrarecido, que se dirigen hacia el cielo. Vea usted aquel globo aerostático, que allá lejos se ve salir de la Plaza de toros. Ese *desobedece* á la gravedad... ¿Por qué? Porque la voluntad que hizo á los cuerpos graves, ha estimado conveniente enmendarse la plana, en muestra de su propia libertad.

— Este criterio no tiene base científica. El fenómeno que tenemos á la vista no constituye una excepción á la ley de gravedad, sino un ejemplo de la ley de densidad, según se explica en Física. Esas pretendidas excepciones, frecuentemente no acusan más que ignorancia.

— Suplicaría á usted tuviera la bondad de medir las palabras y retirar el término *ignorancia*.

— No tengo por qué retirarlo, pues no iba dirigido á usted.

— Nuevo y trascendental error: no hay cosa ni hecho que á mí no se encamine, ni que de mí no venga.



—No entiendo...

—Va á entenderlo pronto: ¿ve usted aquel monte?... Si le dijera: «monte: pasa de aquí allí», el monte se trasladaría... ¿Por su voluntad? No... Por la mía. La voluntad suprema... Representación consubstancial al Padre y al Hijo... ¡Gloria á mí, la tercera persona en el Cielo, la primera en la tierra!

—Don Andrés,—gritó el camarero;—el señor Director desea hablar con usted... Vámonos.

He comprendido que el camarero se vale de este pretexto para ahuyentar del viejecito una explosión de furor... En este mismo instante ha llegado á nosotros el doctor Libe.

—Príncipe,—le ha dicho don Andrés.—Vuestra Alteza no puede tardar en dar cumplimiento á los elevados destinos que le están encomendados.

—Majestad,—ha contestado el doctor;—id á aguardarme en vuestra cámara.

—Allá voy; mas antes—dirigiéndose á mí—debo anunciaros que hemos tenido á bien nombraros Duque del *Dorado Barbo*.

Fuéronse el anciano y su criado. El doctor Libe me dijo:



— Eulogio, ¿no quería usted saber á qué podía conducir la *sistematización del delirio*? Pues ahí tiene un ejemplo. La enfermedad de ese caballero principió, hace muchos años, por alucinaciones del oído: eran en un principio ruidos, sonidos y voces, que no hacían mella en la mente. Después las alucinaciones fueron cada vez más claras y definidas; las acústicas fueron auxiliadas por las ópticas; vinieron luego las táctiles, y por último ha quedado constituída una *locura razonadora, megalomaniaca*, esto es, una *locura de grandezas*. Don Andrés, que tiempo atrás, desde aquí, oía los discursos cariñosos de su madre y de otra personita de su afecto y agrado, que residen en lejanas tierras, empezó á oír la voz de Dios. Primero se sintió general; poco después Príncipe heredero, luego Emperador reinante y ahora ya es Espíritu Santo, consubstancial al Padre y al Hijo... ¿Es posible mayor y más rápida prosperidad en el escalafón de las dignidades?... Que no, parece... Pero no desconfío de que don Andrés llegue á Santísima Trinidad.

— Entonces, —repliqué yo, —este sujeto no es más que un alucinado... Nadie mejor que yo podría curarle. Yo, que he padecido tanto por alucinaciones de todo género, le advertiré que no crea en ellas, puesto que son efecto de la enfermedad, y que, en el momento en

que no dé crédito á las alucinaciones, estará curado.

— Sublime intento, pero vano. Lo que usted intentara en don Andrés sería trabajo perdido y además exponerse á excitarle en su delirio. Las sensaciones morbosas, cuando son causa del delirio sistematizado, ó locura parcial, son mucho más consistentes que las sensaciones normales. Los errores morbosos de la sensibilidad son de todo punto incontrastables. Mirando á un objeto blanco, decidle á una persona cuerda que, si no declara que lo ve negro, perderá la vida: raro será el que, ante tal amenaza, no diga que lo blanco es negro; y lo opuesto diría, si tal fuese el caso... El loco alucinado subiría al patíbulo antes que ceder en su convicción psico-sensitiva.

— Debe ser cosa muy mala eso del delirio de grandezas, — dije yo. — El vecino de mi cuarto don Enrique se halla en el mismo caso: no sabe hablar sino de sus millones y de sus escuadras. Mírele usted; allá le veo: de seguro está contando los barcos de la flota suya, que ve anclada en las huertas de la vecina aldea. ¿Permite usted que le llame?

— Mejor será que vayamos á su encuentro. Pero este delirio es muy diferente del de don Andrés; es el delirio de la parálisis general.

Don Enrique es un coronel de Artillería, que

frisa en los 50 años: hace tres meses que reside en el Manicomio, viste el traje de su profesión, y conserva su ceniciento y muy nutrido bigote. Viene de un mirador que hay al otro extremo del parterre, y seguido de su *madgyar*—vulgo

camarero—se encamina al edificio, porque ha sonado la campana que anuncia la hora de comer. Noto que, aun cuando de alta estatura y aspecto robusto, anda con precipitación y á menudo se tambalea.

—¿Cómo va ese valor?—le dice el doctor Libe.

—Ca... cada día más firme... Mi... mire usted que pi... piernas de... de hierro, (dando

con el pie en el suelo). Envío es... esta... ta... tarde cua... cuarenta cuarenta mil gra... granadas á la... la ciudad.

—No son muchas granadas, don Enrique... más podrían ser.

—Pues se... serán cuarenta, cuarenta millones de millones de gra... granadas... ¿Me da usted ta... tabaco pa... para liar un ci... ci...



garro? (Presentando un pedazo de papel de periódico).

— Ahora no, pues vamos á comer... Tome usted mi brazo, don Enrique.

Atravesamos el gran salón vestíbulo, penetramos en un corredor espacioso y subimos dos tramos de una escalera ancha, en cuyo ojo, en previsión de impulsos suicidas, había un tejido de alambre, y entramos en un vasto salón rectangular, perfectamente alumbrado y con muchas mesas á las que iban haciendo honor los pensionistas de segunda y tercera clase. En el fondo, dimos con otro comedor más lujoso, cuya mesa, provista del paramento propio de una fonda de primer orden, ostentaba en el centro un jarrón chino, con su correspondiente ramillete de flores naturales.

Don Salvador sentóse á la cabecera; reservó un cubierto á su derecha y á mí me hizo colocar á su izquierda. Llegaron, sin hacerse esperar, otros pensionistas; don Enrique colateralizó conmigo. Don Andrés se sentó al frente, y poco después entró y fué á ocupar el asiento reservado, un joven, más bien bajo que alto, semblante expansivo y rebotando sangre en el blanco cutis, cuyo rasgo fisonómico más acentuado consistía en un bigotito arrolladizo y rebelde á las puntas, que con ensañamiento afilaba con su diminuta diestra. Este joven, á quien el Director recibió

con singulares muestras de distinción y cariño, era el médico interno del Manicomio: el doctor Rodrigo.

Y pues quedan indicados el lugar y los principales personajes de las escenas del Refectorio que me propongo describir, doy punto á este capítulo reservando tarea para el siguiente.





II

¡¡NO RESTRAIN!!

UNA oficina culinaria central, con una gran compuerta á cada lado, en relación respectivamente con los comedores del departamento de hombres y el de mujeres, permite cumplir de manera tan holgada como rápida, los servicios de los tres refectorios, correspondientes á otras tantas clases ó pensiones del asilo.

Al punto en que el Director se hubo sentado y desdoblado la servilleta, principió el servicio. Para cada mesa, dos camareros: uno, cuidando

de traer y llevar los platos, y otro de ofrecer los manjares á los enfermos, invitando con particular insistencia á los que se manifestaban más ó menos refractarios.

Quien ha presenciado banquetes de esos que tan á menudo celebran los que disfrutan reputación de cuerdos y recuerde la algazara y barullo que empiezan á levantarse poco después del tercer plato, apenas ha sido acallado el elocuente grito del estómago, el cual barullo y algazara suben á los puntos más elevados de la escala del desorden cuando entran en función de guerra las libaciones espumosas, pensará que, donde para comer se congreguen locos, el ruido, el tumulto, el desorden y la algazara alcanzarán proporciones colosales: cada sesión bromatológica, conforme con esta regla, vendría á ser una orgía, una bacanal, y su término una merienda de negros.

Tal era la idea que yo me había formado de los refectorios del Manicomio. Si había aceptado la oferta del doctor Libe de comer á la mesa común, no había sido sin mediar una buena dosis de miedo, contrabalanceada por una gran curiosidad de recibir impresiones, que estimé serían interesantes para mis apuntes.

Llegado el caso, mi desilusión fué completa... ¿Estábamos en un comedor ó nos hallábamos en misa?... Ni una voz, ni un murmullo, ni

un ruido, ni una queja: cada individuo atento sólo á su plato; cada uno sirviéndose á medida que le llegaba el turno, y todos tan tranquilos y aplicados á la tarea reparadora.

—Doctor,—dije, no pudiendo disimular mi asombro:—¿reina habitualmente este silencio en los comedores?

—Rara vez se turba... Cuando hallan en la mesa lo que necesitan, los locos se portan con muchísima cordura; en cambio, los cuerdos, cuando comen en colectividad, parecen locos.

—Esto obedecerá al régimen disciplinario, á temor al castigo ó á algo que cohibe las palabras y los actos de los alienados...

—No negaré que influya la disciplina; los locos se asemejan á los niños, por este y por otros varios conceptos. El niño que es rebelde

en casa, suele tener buen comportamiento en la escuela. ¿Por temor al castigo?... Así debiera tenerle en su casa, por el que podría imponerle el padre, como en la escuela, por el que podría aplicarle el maestro. Pero ello es que la disciplina doméstica suele ser estéril... ¿Por qué?



Porque le falta un factor: la *ejemplaridad de la obediencia*, que es muestra inequívoca del influjo de la autoridad. Ese ejemplo, no el temor al castigo — que es de todo punto desconocido en esta casa, — obra aquí el prodigio de que los locos se comporten tan cuerdamente.

— ¿Cómo los locos no hablan entre sí? ¿por qué no hacen conversación de sobremesa? ¿les está prohibido hablar?

— Nada de prohibiciones... Usted lo ve: nosotros damos ahora el ejemplo. No sólo es permitida la conversación, sino que yo, en esta mesa, el señor Ecónomo, en la de segunda clase, que él preside, y el Practicante de Medicina, en la de tercera, dirigimos frecuentemente la palabra á nuestros comensales, con el objeto de distraerles la atención de las ideas insanas que les afligen, estimulándoles, al mismo tiempo, para que coman bien y prueben todos los platos. La causa de este silencio es otra: el mismo vulgo lo dice: «cada loco con su tema». Nuestros enfermos viven en su mundo cerebral; en ellos penetra poco ó nada el *Cosmos*.

— ¿No se avienen entre sí, no conspiran, no arman los locos celadas contra sus guardianes y aun contra ustedes, sus médicos?

— Así lo creen los de fuera; así se refiere y aun así se ha escrito... Pero eso no son más que bromas, y de mal gusto, puesto que con

ellas se aspira á hacernos reir á costa de una gran desgracia... En todos estos relatos no hay más que la gran mentira.

— Yo lo he leído: cierto alienista estuvo á punto de ser echado al caldero de la sopa por unos locos, que se habían convenido para vengarse del causante de su cautividad.

— Y sucedió,—interrumpió el doctor Libe,—que el médico les dijo: «Aguardad... voy á tomar un baño, pues me hallaríais demasiado sucio y tendría mal gusto el caldo»... La anécdota no carece de ingenio; pero ni ésta, ni ningún relato en que aparezca concierto ó confabulación de locos, tienen el menor viso de realidad. No diré yo que entre locos no nazcan afecciones y también repulsiones; unas y otras son empero bastante raras y casi siempre de origen alucinatorio. Tal concibe entrañable cariño por otro, porque ve en él á su hijo, á su padre ó á su nieto; tal otro aborrece de muerte á uno porque en él ve al enemigo implacable que su delirio creó.

En este punto y cuanto más absorto me hallaba escuchando al doctor Libe, se produce



en el comedor contiguo un ruido extraño, ruido de platos y vasos rotos acompañado de gritos y tremendas imprecaciones. Levantóse el Director y yo pedí permiso para seguirle. Había sido arrojada al suelo la mayor parte de la vajilla de una mesa de segunda clase: un hombre de colosal estatura y fuertemente musculado, se había subido de un brinco á la mesa, y empuñando una silla por los barrotes del respaldo, la blandía haciendo el molinete, como un diestro lo hiciera con una vara de fresno. Los comensales se habían retirado á honesta distancia. Los camareros se aprestaban á amarrar al furioso. Éste gritaba:

—¡Ladrones, ladrones!
¡Mueran los ladrones!

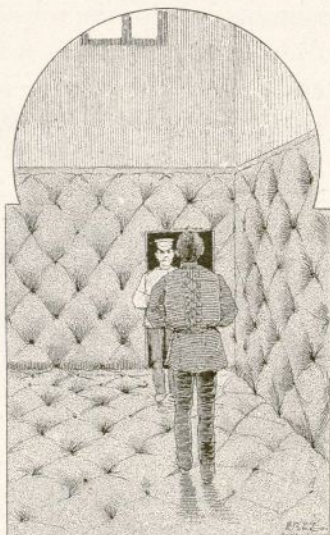
Al llegar don Salvador al lugar de la escena, ordenó que uno de los camareros se apoderase del arma de combate del orate, mientras otros dos, subiéndose rápidamente á la mesa, le sujetaban por los brazos. Así se hizo, y el practicante, auxiliado por otro camarero, puso al enfermo la camisa



de fuerza. En tal estado, el paciente fué conducido á la celda acolchada, en donde le fué administrada una buena dosis de bromuro sódico.

—¿Qué ha sido eso, don Salvador?— pregunté yo.

—Un efecto de la poca franqueza de la familia de este enfermo. Este sujeto ha dado una muestra inequívoca de que padece *locura epiléptica*. Entró, hace ocho días, sin presentar más síntomas que una profunda concentración de espíritu; pregunté con insistencia á sus parientes si le habían visto ó si sabían que había tenido algún ataque convulsivo ó algún raptó de delirio furioso. Lo negaron rotundamente; yo, sin embargo, sospeché que era un caso de locura epiléptica y no permití que concurriese al comedor común. Hoy, contraviniendo mis órdenes, le han traído aquí y ya ha visto usted si yo tenía motivos de recelo... A ver ¿quién ha hecho que subiera al comedor don José Prieto?



— Don Salvador... Suplico á usted me perdone,— dijo un camarero.— El señorito estaba esta mañana tan satisfecho y tranquilo y ha pedido con tanta insistencia venir al comedor, que he creído que no habría inconveniente accediendo á sus deseos. Además, como no hace muchos días que sirvo en esta casa, ignoraba los inconvenientes que esto podía acarrear... Reconozco mi falta... y...

— Y con otra como esta, pasa usted á la calle. A ver, traiga usted su cartilla... Le queda apuntada una falta de obediencia, que le priva á usted de un quinto de la remuneración anual. Sabe usted que á la segunda salta de la casa.

En esto se había repuesto la mesa y los comensales volvían á su tarea como si nada hubiese pasado. En las restantes mesas del refectorio, el accidente epiléptico-frenopático de don José pasó inadvertido, no causando la menor perturbación en los comensales.

Volvimos á nuestros asientos y terminamos la comida. A un campanillazo, que se dejó oír cuando el Director dió la orden, levantáronse todos los enfermos, y con el mayor orden y compostura se encaminaron al salón de recreo, para pasar luego á los jardines.

Aprovechando la sobremesa, que fué aromatizada con una taza de Moka y buenos tabacos del particular peculio del doctor Libe, formulé

la siguiente interpelación, de cuya audacia hubiera recelado á no dirigirse á persona tan amable como el Director.

— Con sorpresa he visto, querido doctor, que en esta casa no está en uso el moderno trata-



miento de los locos, el celebrado sistema de Conolly, que proscribía la sujeción mecánica. Al ver la aplicación de la camisa de fuerza, si usted no se hubiese hallado presente, hubiera creído que sus subordinados cometían un abuso.

— Ciertamente: con más sentimentalismo que conocimiento práctico, se ha decantado el *no restrain* para el régimen de los manicomios,

y hasta se han ponderado las excelencias del *manicomio á puerta abierta*. No falta quien, hiperbolizando las ventajas de este último, haya dicho que eran tantas y tan dignas de tenerse en cuenta, que aun cuando de ello hubiesen de resultar cada año unos cuantos asesinatos más, asesinatos que podrían cometer los locos sueltos, deberían preferirse á los manicomios cerrados...



Yo mismo, antes de hacer la vida de rejas adentro, á que desde años me consagro, sentíame enamorado de tal sistema. Pero, ¿sabe usted lo que he visto?... Helo aquí: primero; hay asilos que hacen gala del *no restrain*;... mas en éstos se *restringe*, se ata, se encarcela y aun se *enjaula*—no diré que se

pegue — siempre y cuando se estima conveniente!... Única condición: que los de fuera no lo sepan. Esto es una abominable hipocresía. Segundo: cuando de buena fe se ha querido prescindir de la camisa de fuerza, de los guanteletes y cinturón de cuero, ó cosa equivalente, realizando la sujeción del furioso con brazos humanos, he visto, no la sedación, sino la exageración del furor. El cohibido por la camisa, siente simplemente la sujeción y cesa de bregar, porque pronto conoce su impotencia; al loco retenido

por dos ó más camareros, le parece que lucha á brazo partido con sus enemigos, y cada escena de sujeción es para él un nuevo combate, una guerrera empresa.

—Entonces no hemos adelantado gran cosa respecto de aquellos tiempos en que los locos vivían encerrados en calabozos y mazmorras y se les cargaba de grillos y cadenas... Sólo ha variado la materia con que se ejerce sujeción.

—No exageremos, amigo mío, no exageremos, que yo también tengo mi sangre en mis venas y hay cosas que me sublevan... porque tengo odio á la calumnia.

—Don Salvador... sentiría que tomase á mala parte mis palabras.

—No las echo á mala parte porque vengan de usted, sino porque expresan un concepto vulgar de los más injustos. Diré tan sólo, para que se note la diferencia que han impreso los tiempos, las ideas nuevas y los nuevos sentimientos, que antes—aun dista mucho de haber transcurrido un siglo—al loco se le sujetaba cuanto se podía; hoy se le sujeta lo menos posible. Antes, el orate era encadenado y encerrado donde no había aire ni luz, desde que se iniciaba el delirio y aparecía la agitación, y solía terminar sus días ahogado en el calabozo. Hoy la sujeción y la reclusión celular se emplean sólo accidentalmente: mientras dura el furor dañino.

Dañino, sí, dañino para el mismo enfermo y para los que le rodean. Ya no se cohiben ni la agitación ni la exaltación maníaca; al contrario, se las deja en completa expansión: grite, salte ó baile cuanto quiera el enfermo;... para esto hay patios espaciosos y galerías porticadas. Se procura además distraerle, derivar la atención ocupada en el delirio;... para esto están los paseos, los jardines, los salones de recreo, el piano, el billar... y el cigarrillo, administrado á tiempo por mano afectuosa. En una palabra, antiguamente al loco, sujetándole, se le castigaba; hoy se le sujeta tan sólo para protegerle.

— Suplico á usted, don Salvador, me tenga por *confeso* y *convicto*: *confeso* de delito de imper-tinencia por haber querido averiguar si era lo mejor lo que usted hacía, no pudiendo caberme duda respecto de este punto; y *convicto*, porque los razonamientos de usted, fundados en una larga y provechosa experiencia, no tienen vuelta de hoja... Desearía ahora saber cómo sigue el pobre epiléptico.

— A ver, Pepe, pregunte usted por don José Prieto.

— Señor, el camarero acaba de entrar y dice que el enfermo está ya tranquilo, que no se acuerda de nada de lo que acaba de ocurrir y pide hablar con usted.

— Que entre el camarero.

Este es el mismo á quien el Director acababa de endilgar la gran filípica.

— ¿Qué hay? ¿Cómo sigue don José?

— Como si tal cosa... No sólo está tranquilo, sino menos triste que antes de darle el accidente. Dice que no sabe cómo se halla atado y recluso en la celda acolchada... Desea hablar con usted.

— Pues quítele la camisa y llévelo al paseo;... pero no le pierda de vista... Hoy no hará nada, porque el ataque ya ha pasado; mas en lo sucesivo vigílele usted mucho y no permita que alterne con los tranquilos, si no lleva camiseta... Vaya usted á su obligación.

— Doctor,—repuse,—¿qué cosa es esta de la locura epiléptica, que tan pronto viene como se va?

— Eulogio, esto que acaba usted de presenciar puede darle una idea de los crímenes que más comúnmente ejecutan los locos: es la locura impulsiva... Los epilépticos son carne para el verdugo. Suponga usted que á este sujeto le hubiese dado el accidente impulsivo en el café, y que, de un silletazo, hubiese abierto el cráneo á cualquiera de los circunstantes... Mientras socorren al herido, el agresor es arrestado;... el juez le toma declaración... Ya se ha desvanecido el acceso... El preso dice que nada sabe: sólo recuerda que estaba en el café, é ignora

cómo y por qué causa ha sido arrestado... ¿Quién le creerá?... Pero imagine usted otro caso, más grave y no menos frecuente. El epiléptico, llevado de su impulso ciego, ármase de un revólver, sube una escalera, llega á un piso, donde vive su suegra; llama, abre ésta la puerta, y una bala, penetrando en su cráneo, la deja exánime; hay en la casa la esposa del agresor, con un hijo y una hija suyos y además

la criada; el revólver tenía seis tiros: cada uno ha causado una víctima, excepto el sexto, que rompe un espejo, porque el agresor ha apuntado á su propia imagen... Al ruido de las detonaciones, acude gente, la policía y luego el juez... Al matador le encuentran sentado en una silla, con la mayor flemma. Préndenle; le interrogan;... dice que no sabe nada... Se averigua: vienen testigos que declaran que el asesino, el parricida, no se llevaba muy

bien con su madre política, pues no siendo muy devoto, muchas noches faltaba de casa á la hora de rezar el rosario, pretextando, unas veces estar ocupado en cobrar el salario de la semana,



otras, tener que asistir á las reuniones de la sociedad mutua de obreros, de cuya junta directiva forma parte... No falta quien afirma que tales ausencias tenían por motivo el concurrir al café, con otros compañeros y aun á veces con alguna amiga... De esta suerte, van engordando los autos... La acusación pide la última pena. La defensa solicita que los médicos forenses examinen al procesado. Éstos no ven en él nada que desdiga del estado normal de la mente; sólo han notado en el preso una gran melancolía, que se explica por el temor al tremendo castigo... Se amplía la información pericial... Son consultados dos alienistas... Ambos reconocen que el *hecho de autos* arguye la obra de locura impulsiva y afirman que el acusado no es responsable de los actos que ejecutó... Los asertos de los especialistas vienen confirmados por varios testigos, que saben que el procesado padecía ataques de nervios... Los médicos forenses, al ratificarse en sus declaraciones, previa dilucidación del asunto con los frenópatas, exponen que, como no han visto muchos locos, no pudieron apreciar locura en el múltiple homicidio sobre que declararon; pero que, oído el parecer de los especialistas, en quienes reconocen mayor competencia, adhieren su opinión á la de éstos... De ahí resulta unanimidad en el dictamen pericial: «el pro-

cesado estaba loco cuando cometió los homicidios,» afirman todos... El defensor, después de un elocuente discurso, en que, por cierto, no brillan las ideas de la escuela antropológica italiana, pide y espera la absolución... El fiscal, por su parte, modifica las conclusiones: reconoce que el procesado obró con discernimiento; que mató con intento de matar; pero que en el múltiple parricidio no medió alevosía ni ensañamiento. Pide, en consecuencia, catorce años de presidio... El Jurado delibera; uno de sus más ilustres y encanecidos miembros, dice que no es cosa de dar oídos á los alienistas, pues éstos tienen la manía de abogar por los malvados;... que el acto fué premeditado: el reo cargó el revólver, dirigióse á la casa de su suegra, de quien tenía resentimientos;... quizás había incurrido en infidelidades conyugales, y en fin, que es preciso hacer grandes escarmientos con esos grandes criminales... Hay vacilaciones entre los magistrados... Se recuerda la sentencia del Supremo Tribunal, que establece que, para aplicar á un reo la irresponsabilidad como demente, de que trata el artículo octavo del *Código Penal*, es preciso, cuando la demencia se presente por accesos, que resulte probado que antes del acto criminal el procesado había tenido otros accesos y que éstos habían durado algunas horas... Ninguno de estos extremos

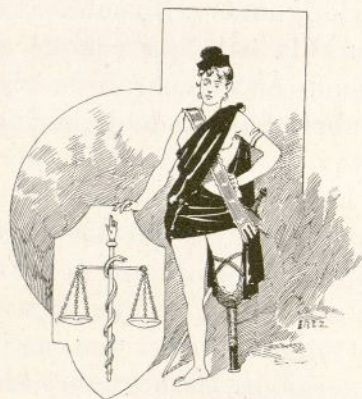
consta en el hecho de autos. En éste, la premeditación resulta evidente y también la alevosía; falta tan sólo ensañamiento: ningún cadáver tenía más de una herida... El criminal debe ser de alma empedernida: así lo denota la tranquilidad con que se le halló sentado, después que hubo cometido los asesinatos... El delito merece, pues, la calificación de *parricidio múltiple, con agravantes*... Por mayoría, el Jurado condena al procesado á cadena perpetua... Resultado: un hombre, un desdichado, que á estas horas se halla en presidio por un crimen que él es el único que lo ignora... No subió al cadalso, por casualidad: si la bala que rompió el espejo se hubiese clavado en el cuerpo de alguna de las víctimas, habría habido doble herida: señal de ensañamiento.

— Esto es horrible, don Salvador, esto es horrible. Digamos entonces que los males de la locura se centuplican por obra de la ley.

— ¡Ah! no es la ley la que injustamente mata; no es el Código Penal el que castiga á los locos... La ignorancia, la ceguera, la rutina, el orgullo de clase tapan la boca á la experiencia y matan la luz de la Antropología jurídica. La espada de Themis es para herir á los malvados. ¡Cuánto mejor sería Themis inermes, si ha de herir á enfermos, que tienen derecho á su amparo!

—Don Salvador: oyéndole el tiempo vuela... pero harto he abusado de sus bondades... Pido permiso para retirarme á mi gabinete... Tengo mucha tarea para la tarde y para la noche.

—Eulogio, no escriba demasiado... Recuerde que está convaleciente... Si quiere cenar en su cuarto, no tendrá que molestarse volviendo al comedor y podrá acostarse temprano.



III

LO QUE TIENE FIARSE DE LOCOS



CON el empeño que tengo en estas MEMORIAS, se podría pensar que así que me he despedido del doctor y apenas me he hallado constituido en mi gabinete, frente á mi mesa, mi tintero y mi resmilla de papel de cartas, mi primera tarea ha sido apuntar las impresiones que llevo transcritas... El que tal creyera no sabe lo que es amor ni ha conocido una Rosita tan linda como la mía.

A mi padre le he escrito una carta lacónica, sí, pero muy afectuosa, sin olvidar recuerdos, muy expresivos, para mi madre y tías. La carta para Rosita es de fuego. He omitido el pretérito

—vergonzoso para mí—y la he recargado de futuros;... futuros de dicha y embeleso. Más de una hora he estado bregando con los consonantes, á quienes he tenido que procesar en rebeldía, para unos endecasílabos, que han salido al fin tan medianos, que no me atrevo á exhibirlos.—¡Siempre fuí refractario á la rima! —«¿Para qué escribirles, si al día siguiente había de recibir su visita?» Eso me decía; pero el corazón humano, como los grandes ríos, tiene sus desbordamientos: es el papel campo que la tinta fertiliza; la cual tinta, aunque negra, representa, á veces dignamente, á la rutilante sangre del arterial ventrículo.

Como ensayo, no ha sido malo el que he hecho de las fuerzas de mi cerebro. Después de las tareas epistolares, dediquéme á escribir el capítulo que precede, leí el diario, tendíme cómodamente en la cama, y de un tirón me he echado ocho horitas de sueño sosegado, cual corresponde á un joven de mi edad y de mi historia.

Saliendo á la galería y por ella encaminándome al parterre, he encontrado al joven médico interno, que se dirigía á mi dormitorio. Y en verdad que tal encuentro me ha causado satisfacción; pues ayer, habiendo sido llamado á poco de estar á la mesa el simpático doctor, no tuve ocasión, como deseaba, de intimar en su conocimiento.

El doctor don Rodrigo de León pertenece á la clase de los temperamentos sanguíneos adosados á una complexión robusta y sana, de esas que ya escasean demasiado en la generación presente. En él el nervio se halla en todas partes y por doquiera la sangre acompaña al nervio. De ahí que la expansión, el entusiasmo y la alegría sean las notas dominantes en su carácter. El tono fundamental de su organismo es la salud: la buena nutrición, con buen apetito y buena sed; buena respiración, con bronquios anchos y limpios, en pulmones albergados en pecho espacioso, en relación con una estatura que dista al menos tres centímetros de lo que desearía su sentido estético. Es instruído, fino de modales, formal, cortés y listo. En contraste con tan relevantes prendas, tiene un defecto, que debe habersele pegado: una inmoderada afición á *externarse*, con todo y ser *interno* del Manicomio; defecto que se explica porque sus servicios facultativos son muy solicitados, y además porque, joven, soltero y simpático como es, no faltan solteras, viudas y aun casadas, que, sin salud ó con ella, anhelan su contigüidad y buen consejo..., nada más que su consejo. La envidia, que siempre tizna, dice cosas que se explican teniendo en cuenta que siempre abundan en escama los maridos recelosos.

Estas nociones biográficas me las ha propor-

cionado el Reverendo señor Ecónomo, quien á su vez me parece digno de un bosquejo, que saco del natural, condensando las impresiones que me proporcionó la agradable visita que de él recibí ayer á última hora.

Es el Reverendo don Cicimbrio Nasturcio un modelo de piedad sin mogigatería, de caridad evangélica sin excepciones de casta, de educación en la buena escuela y de asiduidad en las tareas de su cargo. Ha pasado su juventud en el Manicomio y ha llegado á la edad de consistencia bregando sin cesar en los mares procelosos de la sinrazón. En él hallan constantemente los deudos de los enfermos eficaces consuelos y útiles consejos. Es también aficionado á *externarse*, pues sus auxilios espirituales son tan solicitados como los facultativos de su consorte el doctor León. Previene á su favor su semblante, pues, aun cuando en exceso sombreado por una nariz aguileña, aparece siempre afable y dispuesto á amenizarse por una sonrisa; sólo se conturba y pone hosca su fisonomía cuando domina su espíritu la indignación, cosa que irremisiblemente sucede cada vez que el fuerte abusa del débil ó el rico del pobre. ¿No tiene ningún flaco?... Uno: apego excesivo á la conversación, y, en particular, á la conversación biográfica investigadora, la cual, entre reticencias, epigramas y puntos suspensivos,

fácil y frecuentemente se metamorfosea en crítica sinapística... En este extremo rivalizan el médico y el capellán del Manicomio... No sé nada;... pero presumo que, en más de una ocasión, el doctor Libe habrá sido sinapizado, de común acuerdo, por sus dos dignísimos subordinados.

Previas las cortesías de ordenanza en una primera de cambio de impresiones entre jóvenes de buen temple, don Rodrigo me dijo:

—Eulogio, es usted el mortal más afortunado, y por ello le felicito. Sale, á costa de muy pocos días, de una enfermedad gravísima y sin riesgo de recaídas, y le aguardan los brazos de una niña, que debe ser una perla caída de la gloria del cielo.

—Tantas gracias por las lisonjas, —dije entre ruborizado y cejijunto, pues no las tenía todas conmigo con los elogios que al médico le merecía mi futura costillita.—Por lo primero, debo mi reconocimiento á esta casa y á su personal, y suponiendo que no ha sido usted ajeno á mi curación, aprovecho este momento para manifestarle mi gratitud y para ofrecerle con



ella mi amistad... En cuanto á lo segundo, el corazón me dice que tiene usted razón.

— Sé que se dedica usted á una obra interesante... ¿Lleva muy adelantadas las MEMORIAS DE ULTRAFRENIA? ¿Necesita materiales para completarlas?

— Doctorcito del alma, —dije yo, no pudiendo contener mi alborozo:—usted presenta el vaso de agua fresca y regalada al que se muere de sed. Con mil amores me aprovecharé de su ofrecimiento, si con ello no he de incurrir en indiscreción ni acarrearle á usted ningún compromiso.

— Déjese usted de escrúpulos... El doctor Libe es muy campechano, y en tratándose de echar una cosa para adelante, es, á pesar de sus canas, más joven que cualquiera de nosotros.

— Pues venga de ahí... ¿No podría usted permitirme que le acompañase en la visita?

— Por lo que se refiere al departamento de hombres, no hay inconveniente; en el de mujeres toparíamos con dos obstáculos: la regla de las monjas y la impresionabilidad sexual de las locas. Necesitaríamos autorización especial del Director. Los médicos tenemos libre acceso en este departamento, pues es opinión corriente en nuestras costumbres, que en nosotros el sexo queda anonadado por la profesión.

— Pues, á pesar de esta prerrogativa, no

les envidio á los médicos el privilegio. Aprovecharé lo que den de sí los hombres... Cuando usted guste...

Ha principiado la visita por la sección de tranquilos. Éstos se hallaban reunidos en el salón *psiquiátrico*, el cual es muy espacioso, está sencillamente decorado, y se halla provisto de una gran librería y una mesa de lectura en el centro, sembrada de periódicos y revistas ilustradas. Lo más notable, por ser característico de esta dependencia, es el friso, que está cubierto de inscripciones, las cuales son otras tantas máximas y consejos, aplicables á diferentes estados y formas de la enajenación mental, encaminadas unas á insinuar en la mente de los enfermos la noción de su propia enfermedad, otras á infundirles esperanzas de curación, otras á recomendarles el aseo y la limpieza, otras, en fin, á encarecerles la subordinación y la disciplina.

Cada enfermo se hallaba entregado á su faena y la mayoría á ninguna. Unos leían periódicos, otros examinaban los grabados de las revistas ilustradas, y otros se entretenían haciendo garabatos en el papel. Sólo dos estaban en conversación, que debía de ser indiferente, según la poca animación del tono que empleaban. Al entrar el doctor León, todos saludaron descubriéndose, y muchos se levantaron en muestra de respeto.

— A ver, don Luis,—dijo el doctor, dirigiéndose á un joven muy concentrado y al parecer meditabundo:—¿cuándo nos da la cartita para su padre?... Ya sabe usted que sólo se aguarda á que usted reconozca el trastorno mental que le trajo á esta casa, para irse con la familia.



— ¡Familia!... Yo no tengo familia... Mi padre es un malvado, un tirano... Yo no he estado nunca enfermo, ni lo estoy... Lo que hay es un tremendo lío, en que todos han entrado.

— Yo, no.

— Usted también... y todos los de esta casa... y éstos también.

— No dirá usted de mí,—repuse yo.

— Usted... usted... ¿Quién le mete á usted conmigo?

— No me meto;... sólo quisiera ofrecerle mis auxilios... mi amistad.

— Todos me dicen lo mismo y todos me han engañado.

— Menos yo, amigo mío... Me parece que tiene usted razón... ¿Quiere usted ser franco y explicarme sus pesares?

— De buena gana;... pero ese señor no lo consentirá.

— Don Rodrigo: ¿permitirá usted que este joven venga conmigo á mi gabinete ó que demos juntos un paseo por la alameda?

— Concedido,—y luego, hablándome aparte: —Tenga usted mucho cuidado; don Luis tiene *delirio de persecuciones*, y advierta que todo *perseguido* viene día en que se hace *perseguidor*.

— Gracias;... aprovecharé el aviso... Si usted lo consiente, saldremos á la alameda.

No sin escrúpulos levantóse don Luis de la otomana en que estaba reclinado. Dió unos pasos en dirección á la puerta de salida, á donde yo me encaminaba. Retrocedió, miróme con recelo, vaciló é intentó volverse á su asiento; hasta que, al fin, tomándole del brazo, me lo llevé.

Invitados por el agradable sol de las diez de la mañana, nos sentamos en uno de los poyos de una plazoleta, circunscrita por un seto de

tuyas y cipreses. Don Luis se ha mostrado tan remiso al sentarse, como lo fué para levantarse de la otomana. Viendo que de sus miradas no se apartaban ni la inquietud ni el miedo, le he dicho:

— Aquí estamos solos, don Luis; no nos oye nadie, ni nadie nos podría ver... Diga: ¿por qué está usted tan triste?

— Porque me tienen mucha envidia y todos me quieren mal.

— Esto debiera consolarle: siempre la envidia sigue al verdadero mérito. Hombre no envidiado, no vale nada.

— Es que se mofan de mí,... y yo no puedo soportar las burlas.

— Pero ¿de qué le tienen tanta envidia?

— Mi padre era panadero... Pero no quiero continuar; usted lo volvería á decir.

— Palabra... Yo soy su verdadero amigo.

— Yo hallé el secreto de hacer pan esponjado, aun cuando fuese mediana la harina. Ellos amasaban harina de trigo y los panes les salían aplanados y la miga espesa; yo tomaba harina de centeno, salvadilla sola, y mis panes esponjaban mucho... mucho más que los suyos... En la tienda todo el mundo daba la preferencia á los panes míos... Tengo dos hermanos: el mayor, el heredero, concertado con mi padre se empeñó en saber mi secreto... Claro está que

sin más ni más yo no se lo había de decir... No me perdieron de vista: me acecharon de día y de noche. Para trabajar, me encerraba en mi tahona... Practicaron agujeros imperceptibles para espiarme... Así y todo, no pudieron sorprender mi secreto... Entonces trataron de robarme el pensamiento:... una noche, mientras dormía, me untaron la cabeza con un aceite muy fuerte — aun se siente la peste — que me la ablandó de mala manera;... aun se pueden tocar los huesos, que están como melón podrido... Pues bien, por aquí han penetrado en mi pensamiento y me lo han robado... Después, todo han sido befas;... todos se mofaban de mí.



— ¿Qué le decían, que le hacían?

— Medias palabras, palabras de doble sentido, que yo comprendía: gestos, muecas y guiños... Fué tanta su crueldad, que compraron á los vecinos para que se mofasen de mí;... hasta los transeuntes, al pasar por delante de nuestra casa, miraban y hacían burlas... ¡Como que al entrar en nuestra calle ya había quién les pagaba las muecas!... El mal se ha propagado: ahora han comprado á la prensa... Ya no hay día en que los periódicos no me aludan para insultarme... Por fin han comple-

tado la obra de exterminio: con pretexto de tratar con quien me compraría mi secreto, me hicieron venir á esta casa... Ya aquí, se han concertado con el Director, el Médico, el Practicante, el Ecónomo y los camareros, para burlarse de mí... Día vendrá en que yo podré,... y podré más que ellos... El día que pueda... ya se verá á dónde alcanzan mi venganza y mi justicia.



— Cállese usted, cállese... Quizás no sea tanto como usted cree el odio que dice le tienen. Quizás su imaginación le haya hecho ver cosas diferentes de lo que realmente son... Yo mismo, aun no hace cuatro días, estaba tanto y más loco que usted..., y vea cómo al cabo he llegado á mi acuerdo.

— ¿También es usted de los que me creen loco?... Ya había de suponerlo... Y usted ha abusado de mi franqueza... ¡Está usted también vendido á mis parientes!

— No hay tal cosa, hombre, no hay tal cosa... Yo vine, ó mejor, fuí conducido á esta casa, como usted:... loco, chiflado, trastornado del juicio... Ahora me he curado y he reco-

brado la razón... Yo, no hace un cuarto de hora, no le conocía á usted... ¿cómo quiere que me haya aconchabado con nadie para ir contra usted?

—Eso dicen todos... ¿A que no me enseña ese papel que asoma por la faltriquera de su americana?

—¡Cosa más sencilla! Es una carta que he escrito á mi padre. Tómela usted... léala si gusta. (Y la he puesto en sus manos).

—¿Pues?... Ya lo decía yo... los tres puntos... los malditos tres puntos... ¿Piensa usted que no sabemos lo que son masones?... ¡los perros masones!... ¡Pedro Meifrén!... ¡Mire qué casualidad! ¡su padre de usted se llama como el mío!... ¡También es usted de los Meifrenes!... Lo que decía: ¡otro pariente, otro espía!

—Yo no me llamo Meifrén, sino Higiofrén, y si bien mi padre se llama Pedro, ya usted sabe que abundan los Pedros en nuestra tierra.

—Eso son retóricas y malas burlas... Ya estamos solos... Es preciso que esto acabe... O mejor, que yo acabe con usted...

Y esto diciendo, el semblante del loco tomó un aspecto siniestro... Retrocedió dos pasos... fijó en mí su mirada aviesa y dió un brinco para echárseme encima;... pude repeler la primera agresión, en que adiviné el intento de

extrangularme... A buen tiempo: el orate se vió retenido por los codos por las robustas y avezadas manos del buen Pepe—mi camarero—quien, prudentemente advertido por don Rodrigo, había ido á apostarse detrás del seto, provisto de lo necesario, para vigilar cualquiera mala treta que pudiera venirme de parte del perseguido don Luis.

Recibió, á guisa de correctivo, el desdichado joven la camisa de fuerza, en cuya imposición se mostró diestro mi camarero, y aun cuando intercedí por aquél suplicando no se le aplicase correctivo, la orden del médico fué cumplida con religiosa exactitud y el alienado conducido á la sección de agitados.

Acudí en demanda de gracia al gabinete del médico interno;... ¡oh don Rodrigo de León... *volaverunt!* Terminada su visita, el apreciable médico interno se había *externado*.

Firme en mi propósito, me dirigí al despacho del doctor Libe, á quien expuse mi demanda. El Director, accediendo á mi ruego, dió la orden, suplicándome que yo mismo acompañase al camarero, para que viese como era cumplida... Así vería al mismo tiempo cómo manifiestan su gratitud los locos perseguidos con los que se empeñan en hacerles algún beneficio.

Hallamos á don Luis en el patio, y le dije:
—Amigo: deseo que no me guarde rencor.

He conseguido para usted la gracia de que le quiten la camiseta.

Llevóse á cabo la operación liberadora... Tan pronto el loco se vió exonerado de las ataduras, y cuando yo esperaba de su parte votos que me fueran favorables, mirándome con el mismo rencor que poco antes, dijo:

— Pariente y además masón...
¡Un día nos hemos de ver las caras!

...
Salí corrido de esta escena y además tan contristado en vista de miseria tanta, que sentí apremiante necesidad de las consoladoras palabras del doctor Libe.

— Eulogio,—me dijo, así que le hube referido mis impresiones;— piensa el vulgo que la locura sólo pervierte la inteligencia... ¡craso error!... es mucho más profunda y de mayor trascendencia la perversión que experimentan los sentimientos... ¿Verdad que es dolorosa la experiencia del Manicomio?... Pero sosiéguese usted, amigo mío... Vaya á su gabinete, donde hallará grata compañía.

...
En efecto, la visita era más numerosa de lo que yo esperaba: á más de mi padre y Rosita, habían venido mi madre y mis tías.



Abierta la sesión, previos los ósculos y abrazos que eran del caso, propuso Rosita una pequeña gira campestre, yendo á comer en el *Hotel del Promontorio*, vista espléndida, desde el cual se dominan la ciudad, la llanura y el mar, regresando al Manicomio al anochecer. La proposición no fué votada, sino aclamada por unanimidad. Solicitó permiso mi padre al Director, y accediendo éste, añadió:

—Eulogio: para mañana tenemos gran programa: vamos á recibir visita de periodistas. Hay aviso anticipado... eso arguye banquete... Y lo habrá;... porque es preciso amoldarse á los usos y costumbres del país en que se vive.



IV

PERIODISTAS EN EL MANICOMIO



QUE se pasó muy bien la tarde en la montaña; que los manjares del *Hotel del Promontorio* nos supieron á gloria; que Rosita y yo, en particular, nos divertimos y reímos mucho, y que todos dimos por bien empleado el tiempo, no me he de esforzar en demostrarlo. No hubo más molestia que un poco de frío, que, al paso que avivaba el apetito y estimulaba al ejercicio, hacía más grato el sol. Esta es la síntesis de la gira, por lo cual omitiré entrar en pormenores. ¡Qué de cosas nos dijimos Rosita y yo! ¿No sería ofender la ilustración de los lectores detallar esas intimidades del amor? He aquí, no obstante, para muestra, un fragmento de nuestra conversación:

—¿Cuándo acabas tu vida de loco?—dijo Rosita.—¿Habrás que aguantar por muchos días tu manifiesta ingratitud?

—Cabalmente iba á hablarte de esto... Iba á decirte que esta mañana he corrido próximo peligro de morir estrangulado... Figúrate que un loco, á quien quería consolar y convertir á la razón, se ha empeñado en ver en mí un pariente, un enemigo suyo, un masón; y, chica, si no por Pepe, que me ha socorrido á tiempo, hubiera pasado un mal rato... Veo que la vida de manicomio, cuando uno se empeña en ciertas aventuras, no está exenta de peligro. Esto, el hallarme tan bien con vosotros, y mejor contigo, pensando que pronto nos habremos de separar, me inspira ahora mismo el deseo de dar por terminada mi convalecencia... Me iría hoy con vosotros, si no fuese que, según me ha dicho el doctor Libe, mañana ha de venir á visitarnos la Prensa, y deseo estar en el Manicomio... Decididamente, pasado mañana me voy con vosotros.

—¿Qué empeño tienes, ingrato, con la Prensa?

—Quiero saber qué concepto tiene de la locura, de los locos y del Manicomio el eco de la opinión pública.

—Chiquillo;... tienes formalidades impropias de tu edad... Pero ¿qué le haremos?...

hay que resignarse... Como sabes que no te hemos de disgustar, tunantuelo, haces siempre tu santísima voluntad.

— Mira, Rosita, te aseguro que pronto nos desquitaremos de estas ausencias... ¡Si supieras!... Tengo proyectado un gran viaje de novios.

— Y yo otra cosa, que ya no es proyecto, sino obra empezada...

— Dime, ¿qué es?

— Adivínalo tú, que sabes tanto.

— Un abrazo... un ramillete de besos...

— ¡Tonto!... eso entra en el presupuesto ordinario... Eso no se prepara: se da y se toma al contado... Lo mío es una obra de arte; una pechera de camisa que te estoy bordando... Verás qué caprichitos... Hay corazones, flechas, rosas, pensamientos, angelitos...

— Que más angelito que tú, prenda del alma... Pero cuida de que tu tela no sea como la de Penélope... Aun cuando no te parezca correcto, no deshagas nada de lo bordado, que será divino, siendo de tus manos... En fin, que te prometo que pasado mañana veré tu labor.

.

Ansioso de estar en autos de las aventuras amorosas que pudieran contenerse en la gira, muy de mañana ha venido á mi cuarto el doctorcito. No le he contado ni la mitad de lo ocu-

rrido, porque he notado que con mi relato la boca se le hacía agua.

Así, volviendo la hoja y por mi propia iniciativa, hemos pasado á la orden del día: la visita de los periodistas.

— ¿Reciben ustedes á menudo — he dicho — visitas de la Prensa?

— Rara vez... Algunos periodistas han venido aquí por su cuenta y razón y luego han salido con el propósito de no volver;... porque temían que se les contagiase la locura... ¿Qué le hemos de hacer?... Predisposiciones individuales... Los locos huyen del frenópata, por la misma razón que las fieras se apartan del naturalista: de miedo de que las clasifique.

— Está usted cáustico, querido doctor.

— Es que hay males que no se curan sino cauterizándolos... En cambio, otros periodistas no han salido satisfechos, porque venían á ver locos... y no les hemos dejado ver ninguno. Lo que sobre todo deseaban era ver algunas locas... ¡Pobrecitos! ¡No sabían que casi todas las mujeres se vuelven feas con la locura!... Aquí no se ha consentido lo que ellos deseaban, y al irse han dicho: «¡Es fuerte cosa ir á Roma y no ver al Papa!»

— ¿Por qué guardan ustedes tantas reservas?

— Por la mala índole del mundo... Al pobre loco, la sociedad le trata como al presidiario

cumplido y aun peor. ¡Grandes injusticias! Al uno y al otro los mira recelosa: de éste piensa que no tendrá enmienda;—si no cree en la eficacia del castigo, ¿por qué lo aplica?—y de aquél supone que no tiene cura... «¡Fulano!—en un negocio civil, un casamiento, la constitución de una sociedad industrial ó de crédito, pongo por ejemplo,—no me fío de Fulano, se dice, ha sido loco; *ha estado en el Manicomio...*» El *haber estado en el Manicomio*, en vez de ser un atenuante del hecho *locura*, es para el mundo un agravante... ¿No equivale esto al absurdo que resultaría de decir: «Fulano ha tenido una pulmonía;... ha tomado tártaro emético ó kermes mineral;... no creo en la curación de su pulmonía?...» Por esta ignorancia, por la estúpida tiranía de esta ignorancia, que rompe con los linderos de la lógica, el loco debe hallarse sustraído á la mirada de los profanos que gozan reputación de cuerdos... ¿Qué se diría de uno que, habiendo, como usted, tenido la fortuna de curarse en el Manicomio, entrando en el mundo de los negocios, se hallase de manos á boca con otro que le hubiese visto en el Manicomio?... «Don Eulogio,—dirían,—don Eulogio... Dios me libre de tratar con él... Yo mismo le he visto en el Manicomio».

—Entonces, dice usted que á mí me espera este lúgubre porvenir...

—Nada de eso... Su estancia de usted en esta casa es sólo sabida de su familia... Y como usted, se hallan los demás albergados.

—¿Qué podría hacerse para combatir preocupaciones que tanto perjudican y al mismo tiempo tan contrarias á los sentimientos humanos?

—¿Qué? Eulogio... Pues lo que usted hace: publicar los MISTERIOS DE LA LOCURA, ó MEMORIAS DE ULTRAFRENIA, para poblar de luces á estos puntos negros de la civilización moderna.

—Gracias, amigo; entonces usted aprueba mi pensamiento... y el voto de usted es de calidad... ¿Sabe usted que me he acordado mucho del pobre don Luis?... Esta mañana he despertado pensando en él y no he podido volver á conciliar el sueño... ¿Cómo sigue? ¿Podré verle?

—Se ha portado bien; ha dormido toda la noche y ya se halla otra vez con los tranquilos... ¿Quiere usted verle? Ahora le encontraremos en el salón de recreo.

Fuimos allá, atravesando una espaciosa galería acristalada. De paso vimos los dormitorios de los *elinequesas*—ó locos sucios—relegados á un extremo del pabellón ó crujía, los cuales dormitorios son individuales, independientes entre sí y del resto de la casa y mantenidos en irreprochable aseo, gracias á cuidados muy prolijos. Formando ángulo recto con este mísero

departamento, está el salón, ó, por mejor decir, —puesto que son dos—los *salones de recreo*. En uno de ellos está el billar, mueble nuevo, elegante y admirablemente conservado, habida razón del lugar en que se halla y de la clientela que lo frecuenta. Una amplia abertura, una tribuna, más bien que ventana, relaciona este salón con el que le está contiguo, el cual es mucho más espacioso y se halla provisto de mesas de mármol y de tresillo, con sus correspondientes adminículos para los juegos de dominó, cartas, ajedrez y damas. Los enfermos que no quieren tomar parte activa en los juegos y que no se hallan en condiciones para que les sea permitido el manejo del taco y de las bolas, pasan el tiempo mirando el juego de billar por la ancha ventana de que llevo hecho mérito.



He notado que había poca afición al juego. Unos pocos enfermos se entretenían con el dominó; holgaban los tableros de ajedrez y damas, y otros dos enfermos jugaban á las cartas con un camarero. El juego del billar estaba ocupado por el Practicante, y dos enfermos, que se ejercitaban en la carambola. Había como media docena de espectadores. Los demás enfermos

tranquilos paseaban por el salón ó estaban en las otomanas. Mi *simpático* don Luis se hallaba retirado en un rincón. Me ha parecido que estaba menos abstraído que el día anterior. Don Rodrigo le ha llamado, y, como se mostrara poco dispuesto á venir á nosotros, nos hemos aproximado á él.

—¿Ha descansado, don Luis? — le ha dicho el médico.

—Sí, señor.

—¿Conoce usted á este caballero?

—¡Mi pariente!... vaya si le conozco...

—¿Está usted enfadado conmigo? — le he dicho.

—Y á usted ¿qué le importa?... Dejemos que haga cada uno lo que quiera... Y usted déjeme en paz...

Un gesto del doctor me ha indicado que debía abandonar toda esperanza de reconciliación.

En este instante ha venido un camarero, de parte del Director, para decirnos que pasemos á su despacho, pues los periodistas habían entrado en el Manicomio.

Hallamos en el despacho del Director cinco dignísimos representantes de la prensa periódica. El de más edad — para proceder á su enumeración ordenada según un motivo de prelación exento de disgustos, por lo que suele ser poco envidiado, — era un señor alto, de bigotes

entrecanos y reposado continente, al que daban más *venerabilidad* unas gafas de oro, de fina estructura. Éste, hecha su propia presentación y diciendo llamarse Pedro Llanos, y que era director de *El Radical* — título que por sí solo expresa los humos del periódico, — procedió á presentar á sus colegas en los siguientes términos:

— Don Eugenio de Guzmán, dignísimo Director y propietario de *La Ley Marcial*, diario conservador, de tanto abolengo como arraigo. — Era éste un señor bajito, casi calvo, bien conservado, un tanto mofletudo y de nariz rubicunda. Llevaba un lacito colorado en el ojal de la levita.

— Don Felipe Saladríguez, dignísimo representante y festivo cronista de *La Razón Social*, periódico consagrado á la defensa de los intereses del Comercio y de la Banca. — Don Felipe tiene traza de un agente de negocios; joven, barbilampiño, movedizo y de urbanidad muy ceremoniosa y flexible. En su meñique izquierdo brillan tres sortijas, con otros tantos brillantes de gran tamaño en cada una, que, en tal sujeto,



no hay quien ponga en tela de juicio que sean americanos.



— El aprovechado joven don Aureliano Romo, — continuó don Pedro, — afecto á la redacción de *La Razón Social* y compañero de glorias y fatiga de don Felipe. A pesar de sus pocos años, es ya notable en la prensa por sus artículos apologeticos del melón. — En Aureliano conocí á un condiscípulo mío, grandullón, prolongado, por reiteradas y súbitas embestidas del crecimiento; al cual grandullón bastaba con mirarle la facha, para conocer la clase de fruta que anualmente solía cosechar en ambas extremidades del verano. Ciertamente, no me sorprendió su especialidad en la ciencia de los melones.

La última presentación — y el ser la última no ha dependido tanto de las cualidades del presentado, como de los ideales políticos del presentador — ha sido la de don Benito Pueyo.

— Don Benito Pueyo, — continuó diciendo don Pedro, en tono un tanto irónico, — redactor



de *Las Tradiciones*, diario católico, apostólico y ultra-romano, que da la hora y el santo del día, y que en su día dará el santo y seña que ha de redimir á la humanidad de la esclavitud del demonio y de la carne.

El Director invitó á tomar asiento á los presentes, con lo cual resultaron ocupados todos los sillones y sillas del despacho. El periodista que llevaba la palabra, el Director de *El Radical*, explicó el motivo y objeto de visita de la Prensa en estos términos:

— Nuestra inopinada presencia en este benéfico asilo, señor Director, podría causar extrañeza, y nuestra visita podría parecerle inoportuna y hasta impertinente...

— La presencia de personas ilustradas, — interrumpió el doctor Libe, — no puede ser jamás inoportuna... Todo lo contrario: la visita de ustedes honra mucho á esta casa y especialmente á su Director. Sea cual fuere el objeto que aquí les haya dirigido, pueden estar seguros que son motivo de gran satisfacción.

— Gracias; no esperábamos menos de usted... Es el caso que aquí se alberga un compañero nuestro, persona de mucho mérito, y que así



es conocido y con ventaja, en el mundo periodístico, por sus luminosos artículos, que han sido publicados en casi todos los periódicos de la capital, sin distinción de matices políticos, como por sus obras artísticas, pues es uno de nuestros primeros dibujantes.

— Sé de quien se habla... ¿No es de don Alberto Martínez?

— El mismo... Ya verá usted;... tenemos noticias contradictorias respecto de su estado y, como nos unen vínculos de amistad y compañerismo, hemos convenido en hacerle una visita;... siempre y cuando usted, señor Director, crea que esto no le haya de perjudicar... Además, con esta ocasión, hemos creído que la tendríamos propicia para formar concepto cabal del Manicomio, si usted consiente en que lo visitemos... Ya usted lo sabe: hay tantas preocupaciones acerca de la suerte de los alienados en los manicomios; se ha dicho y escrito tanto en contra de esta filantrópica institución,— que yo tengo por preciada conquista del progreso,— y por otra parte, se habla en términos tan favorables el Manicomio *que no lo parece*,— según se dice, esta es la enseña del que usted dirige,— que no hemos vacilado en poner á prueba su amabilidad...

— Señores: aplaudo con toda el alma la determinación de ustedes. Siento tan sólo que el

concepto de la enfermedad del pobre Martínez no pueda ser tan halagüeño como yo desearía y como tal vez les parezca á ustedes, cuando le hayan visitado. Se trata de una *locura circular*, que ahora atraviesa el período lúcido y en que empieza apuntar el de exaltación maníaca... En fin, ustedes lo verán... En cuanto á la inspección del Manicomio por la Prensa, no sólo la considero justa y conveniente, sino de absoluta necesidad, y debiera repetirse periódicamente, para velar sagrados intereses, toda vez que es meramente nominal la que efectúa el Gobierno, por medio de sus delegados. ¡Delegados! ¿A quién creen ustedes se delega para función tan delicada? ¿A un alienista de suficiencia probada en públicas oposiciones, ó á un médico distinguido por sus publicaciones sobre las enfermedades mentales? No... O no se delega á nadie, ó la inspección se encarga al primer médico que viene á mano; al más afín en el trato privado del Gobernador... Y, señores, no peco de presumido: para entender de locuras, de locos y de manicomios, es indispensable haber ejercido aquí, de *rejas adentro*. De ahí que, siendo rarísimas esas visitas de inspección, cuando tienen lugar, pecan de rápidas y superficiales... ¡No parece sino que los delegados del Gobierno tienen miedo á los locos!... Usted lo ha dicho, don Pedro, la misión de la Prensa es disipar

preocupaciones, ilustrar la opinión pública y luchar á brazo partido con los errores... La Prensa está en el deber de acudir á los manantiales de los hechos, para proveerse de impresiones verdaderas. Se habla de *misterios del Manicomio*... Esta frase debe ser invención de algún loco perseguido, de esos locos sueltos que recelan de todo y de todos, y especialmente de los alienistas, seguramente de miedo de que los clasifiquen. ¡Misterios del Manicomio! El Manicomio no tiene misterios... La entrada es expedita para todo aquel que quiera convencerse de que aquí los locos son considerados y tratados como hermanos nuestros, afligidos de la mayor de las desdichas y totalmente desvalidos; no como malvados y criminales. La ciencia y la caridad se adunan para misión tan santa. Si están cerradas las puertas del Manicomio, es para evitar evasiones de los infelices que, privados de razón, la libertad sería tan perjudicial para ellos como para la sociedad... La patria del loco es el Manicomio... Pasemos ahora, si ustedes gustan, á visitar á don Alberto. Ahora le hallaremos en su habitación ocupado en sus dibujos.

El gabinete de don Alberto estaba en la planta baja, y como tenía salida directa y vistas al parterre, el artista sacaba partido de estas condiciones para llevar á cabo una gran obra. Todos los albergados que paseaban por el jardín,

ó que se sentaban en los canapés que hay en el mismo, eran retratados por el señor Martínez, y su fac-símile pasaba á formar parte de una colección, ya numerosa, á la que él llamaba *Galería de locos ilustres*.

Hallámosle, en efecto, entretenido en sombrear con la pluma una figura de mujer, en una cartulina. Viéndonos, manifestó gran satisfacción; diónos uno á uno la mano y abrazó cordialmente á sus antiguos colegas.

— Ya ve usted, Alberto, —dijo don Benito, — que no se olvidan las buenas amistades y que, á pesar de la ausencia, conservamos de usted buenos recuerdos.

— Son ustedes muy amables... nunca dudé de su amistad... Siéntense ustedes... ¿Cómo anda el mundo? ¿Cómo sigue la prensa?

— El mundo... el mundo, —dice don Benito, —el eterno enemigo del hombre, se asocia con la carne y es causa de todas las desdichas.

— Perdone usted, señor Pueyo, — replica don Alberto... —no disputo el concepto que usted tiene del mundo, porque hace ya siete meses y veintitrés días que estoy ausente de él, y las



cosas, en tan largo período, pueden haber variado mucho;... pero en cuanto á la carne, con quien tengo relaciones diarias, afirmo y sostengo que me es muy simpática, mayormente cuando se presenta en forma de bisteque ó estofado, y hasta la encuentro adorable en los fricandos.

— ¡Lo toma usted á guasa!... Se habla de la carne en el sentido de los humanos apetitos, que inducen á la tentación y al pecado.

— Pues yo digo que si estar en pecado es haber perdido la gracia de Dios, yo no estoy en ella, pues á lo menos dos veces cada día, cedo á la tentación de la carne.

— Es que don Benito, — replicó humorísticamente don Pedro, — no alude á la carne de los brutos, sino á la carne humana... ¿No es verdad, seráfico compañero?

— Tan verdad, como que veo que se echan á broma cosas muy formales... Con estas bromas se comete pecado... Yo aludo á la concupiscencia de la carne... Lo que aquí se dice es prueba de que el mundo es enemigo del alma.

— Señores, — añadió don Rodrigo: — yo admito la doctrina de la *pecaminosidad* de la carne tal cual la explica don Benito; pero, pregunto, si preguntar me es lícito sin pecar en materia grave, ¿es también pecaminosa la apetencia de la carne femenina de nuestra especie?

—Pues de esa sí que aquí nos abstenemos del modo más riguroso,—dice don Alberto...—y á fe que no es que falte apetencia;... pero esos señores médicos son tan rígidos y tan conservadores de la buena nutrición de los locos, que nos tienen herméticamente cerradas todas las válvulas del amor... Ahí enfrente, un harén; aquí, este departamento no parece sino el depósito de los servidores del serrallo.

—Bravo, bravo, don Alberto,—repuso el doctor Libe, viendo la senda peligrosa por donde se encaminaba el discurso de Martínez y los rubores que subían al rostro de don Benito.—Sus amigos de usted desearían ver su *galería frenopática*...

—Doctor,—dijo por lo bajo don Pedro,—¿qué bien conoce usted la tauromaquia frenopática!

La *galería* de don Alberto constaba de unos cincuenta retratos, hechos á la pluma, de otros tantos compañeros y compañeras suyas,—¿no diría mejor nuestros?—La ejecución admirable; muchos eran verdaderas obras de arte; el parecido, á juzgar por los locos conocidos míos, no admitía reproche. Lo que me pareció más notable, fué que cada loco se hallaba en la actitud característica de su delirio... Vi un boceto en que me pareció reconocer mi propia efigie... mi efigie en estado de bobo.

— Ahí verán ustedes, — dijo don Alberto, exhibiendo sobre la mesa las cartulinas, — las celebridades de este pequeño mundo. Nos segregaron del grande, que sólo difiere de éste en el tamaño, ... nada más que en el tamaño... Los que aquí habitamos, somos los que hemos hecho locuras sobresalientes; mientras éstas no pasaron de medianas, alternábamos con los locos sueltos. El Manicomio es el Olimpo, la apoteosis de la locura. Si el *Macrocosmos* tiene celebridades antiguas, modernas y contemporáneas, ¿habría de ser menos el *Microcosmos*, que así llamo yo á la Casa de los locos? Mi *galería de locos célebres* es, pues, tan legítima como cualquiera de las más afamadas de varones y mujeres ilustres y de mujeres y hombres célebres que enriquecen ciertos y determinados museos y bibliotecas, adornan palacios y salones de Ministerios, Universidades, Audiencias, Diputaciones y Municipios... Colón, porque bajo las plantas de sus pies sintió palpar un Nuevo Mundo, fué declarado loco por los frailes salmantinos... ;la locura de Colón ha pasado á la posteridad con gloriosa aureola!; Temístocles fué un loco ambicioso, que desterró á Arístides, derrotó á los persas en Maratón, y creó la marina griega, que aterrorizó á los atenienses;... como buen loco, prefirió el veneno á blandir sus armas contra la patria... Sócrates, el que en-

señó á dudar de todo, tenía un demonio familiar... y de éste no dudaba; Diógenes, por no hallarse expuesto al desahucio por omisión de pago del alquiler, se instala en un tonel y, como quien busca caracoles en noche lluviosa, enciende la linterna y no para de buscar el hombre feliz... Demócrito es apellidado el *loco de Abdera*, porque no cesa de reirse de las cosas más serias y que más entristecen á la humanidad; Heráclito, en cambio, es tan pesimista, que pasa la vida llorando en el desierto y se muere de hambre en la vejez, después de haber dejado á la posteridad el gran *Tratado de la Naturaleza*; Mahoma, el gran profeta, á los cuarenta años funda en sus alucinaciones místicas, que los pueblos aceptan como revelaciones divinas, una religión que, comenzando en la Arabia, se extiende á todo el Oriente y aun, por espacio de siete siglos, sienta sus reales en Occidente... El *Korán*, obra de un loco rematado, es un libro imperecedero; Calvino, el *Papa de Ginebra*, es otro loco, un fanático tan cruel, que hace quemar á Miguel Servet por haber atacado el misterio de la Trinidad, lo cual no obsta para que su obra *Instituciones de la religión cristiana*, sea el catecismo de los reformistas; Juana de Arco, la doncella de Orleans, cede á las alucinaciones que la impulsan á salvar la patria librándola del dominio de los

ingleses; recibe de Carlos VII la jefatura del ejército francés; vence á Talbot, en Patay, y obliga á levantar el sitio de Orleans; cae prisionera de guerra en Compiegne y, acusada de sortilegio, muere como bruja en la hoguera: he aquí la biografía de una loca santificada; y vaya otra: Teresa de Jesús, la *doctora de Ávila*, ¿qué fué sino una alucinada mística, á quien perseguió el Santo Oficio como hipócrita é ilusa?...

—Señores,—dice irritado el Director de *Las Tradiciones*:—este lenguaje, aun en boca de un loco, me indigna y no puedo consentir...

—Sí, sí, don Alberto,—repuso el doctor Libe,—esos señores saben estas historias y todos convenimos en que le sobran á usted motivos para la galería... Es la hora de comer y luego volveremos á vernos.

—¡Ah! no se vayan ustedes sin recibir una fineza mía,—añadió el loco,—una memoria, ó mejor, un proyecto que ha de salvar á la Prensa... Ahí lo tienen ustedes,—entregando á don Pedro un pliego cerrado;—lo he escrito esta mañana... Ya verán ustedes de qué manera se acaban las luchas periodísticas y cómo se hace la suscripción universal...

En el corredor contiguo, á pocos pasos de la habitación de don Alberto, los periodistas formaron corro para cambiar impresiones acerca

del estado mental de su compañero. Don Eugenio de Guzmán, que durante la visita no dijo esta boca es mía, hizo la seña para la formación del corro íntimo, lo cual, comprendido por el Director del Manicomio y el doctor Rodrigo, hizo que éstos se separasen del grupo periodístico... Yo, tomando el brazo á mi condiscípulo Aureliano, me quedé con ellos.

— Señores, — dice don Eugenio: — salgo admirado de esta habitación... Alberto está en su cabal juicio... es más: sus facultades han aumentado notablemente. ¡Qué viveza de imaginación! ¡qué prodigiosa memoria! ¡qué brillante ejecución en el dibujo!... Yo creo que no podemos permitir que nuestro compañero continúe ni un día más en esta casa.

— No juzguemos ligeramente de materia tan delicada, — dice don Pedro. — El Director nos ha prevenido... Ha dicho que hallaríamos á Alberto mucho más cuerdo de lo que es;... que atravesaba el período lúcido una locura circular... y, francamente, á mí me ha parecido que comienza á despuntar el delirio...

— ¡Bah! si esto es locura, que nos encierran á todos... El Manicomio no debe ser un *in pace*.

— Y no lo es, — iba á decir yo, — puesto que yo saldré hoy mismo; — pero me callé, porque me acordé del prudente aviso de don Rodrigo:

«para el vulgo es peor nota la estancia en el Manicomio que la locura».

—Cuidado, señores, cuidado,—dice don Felipe:—ahí está el Director y nuestro corrillo comienza á ser sospechoso.

—Yo,—repuso don Benito,—pienso que este chico, no sólo continúa con su chifladura, sino que no hallará enmienda... Periodista... ¡Vaya unas ideas para echadas al público!... Si le dejan decir, hace del cielo un manicomio... Locos así son peligrosos;... muy peligrosos... De ahí vienen las irreverencias y los ataques á la religión.

—Señor Director,—dice D. Pedro,—cuando usted guste enseñarnos la casa...

—Ahora mismo,—dice el doctor Libe;—quiero acompañarles.

He tomado del brazo á Aureliano; me lo he llevado aparte y le he dicho:

—¿Conoces tú el Manicomio?

—Mucho... lo frecuento;... figúrate que, hace tres meses, trajeron aquí una muchacha que se volvió loca por mí... Merceditas, la de Cantera... ¿No podría verla?

—¡Oh! pides una cosa difícil... Será preciso decírselo al médico interino.

—Y tú, Eulogio, ¿cómo es que te hallas aquí?...

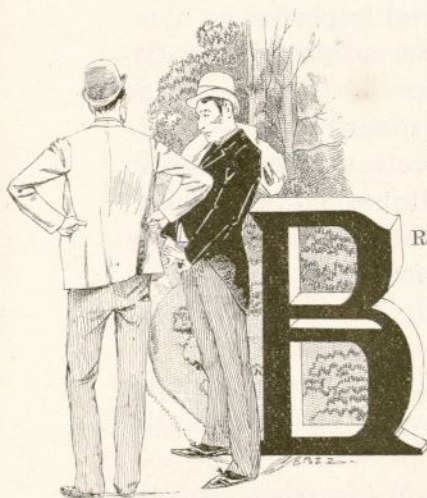
—Toma; porque el doctor don Rodrigo de

León es el médico de mi familia... y somos muy amigos... Hoy le he hecho una visita...

Ellos se internaron por los corredores; Aureliano Romo y yo nos dirigimos á los jardines, donde no tardó en unírseles el doctor León.



COMO ACABA



RINCANDO, más bien que andando, bajábamos por la alameda, con el propósito de internarnos en el bosquecillo, Aureliano y yo, cuando éste, parándose y mirándome en toda mi longitud, me dice:

— ¡Cuán cambiado te encuentro, querido Eulogio!... Un año hace apenas que no te había visto; eras entonces un chisgarabís;... estás hecho un mocetón y ya cultivas bigote... ¿Eres ya bachiller?

— Bachiller... y próximamente padre de familia.

— ¡Qué me place!... Es decir que tu papá abdica en tu grave persona el gobierno de la casa...

— No, hombre... es que me caso.

— ¡Te casas! ¡te casas!... ¿y eres tú aquel sobresaliente perpetuo, el sobresaliente entre los sobresalientes?... Esto es un bromazo.

— Repito que me caso... y pronto... No acabaré este año en estado social imperfecto.

— Admitido y con mucha admiración... Conociéndote á ti ya conozco la víctima... ¿Se podría saber quién es la verdugo?

— No la conoces;... pero te suplico que á su memoria y referencia apliques el mayor respeto... Por de pronto, esta familiaridad te cuesta el no conocerla hasta que nos harás la visita de novios; visita que no podremos recibir hasta después de nuestro viaje por Europa.

— ¡Caramba! Has puesto una formalidad que no me esperaba... Vaya, vaya, te felicito... y te compadezco.

— Haz lo que quieras... Y tú ¿cómo estás de carrera?

— Así... así... Ya sabes que los exámenes me marean... Á no ser esta formalidad, ya sería médico, abogado, farmacéutico é ingeniero... Ahora he entrado en el periodismo... Esto sí que me viene al pelo... es una gran carrera...

— ¿Y qué vas ganando en el periódico?

— En primer lugar, mucha libertad... ¿Tú sabes? Puedes entrar en los teatros; nadie te pide cuentas de la hora en que vives;... se hacen viajes; se concurre á banquetes... y todos te respetan, porque te temen. Hubiese sido periodista y me habría ahorrado muchos naufragios universitarios... Esos señores temen al gacetillero como el malhechor al agente de policía.

— ¿Qué haces tú en el periódico?

— Voy en busca de noticias para la crónica de la localidad; extracto los movimientos de la

Bolsa, y algunas otras cosas por el estilo... He publicado dos artículos apologéticos del melón, que han sido muy aplaudidos.

— ¡Te ha dado por la fructicultura!... Mira, ahí viene el médico... Don Rodrigo, ¿nos acompaña usted?... El señor tiene que pedirle una gracia... ¿No se alberga en esta casa la señorita Mercedes de la Cantera?... Esta niña se volvió



loca de amores por mi amigo Romo...; es periodista distinguido: ahora mismo me hablaba de sus artículos sobre el melón, que han sido muy aplaudidos...

Don Rodrigo, con la gracia fisgona que Dios le ha dado, me dirige una mirada interrogante, que equivalía á decir: «¿no es verdad que este muchacho es un gomoso?», á la cual mirada contesté con otra afirmativa.

— Entonces está usted de enhorabuena... Hoy mismo he leído, me parece en *El Radical*, un extenso comentario de su trabajo.

— ¿Qué dice el crítico?

— Por supuesto, elogios... muchos elogios;... pero mire usted qué chusco: al terminar el comentario, solicita un trabajo apologético sobre la calabaza, pues supone que, si bien usted ha manifestado gran suficiencia en punto á melones, le considera aún mucho más entendido en el fruto gigantesco.

— Esto es una alusión encubierta y de no muy buena índole... Ciertamente, conozco demasiado la fruta universitaria... ¿Pero no les parece á ustedes que las calabazas no quitan



mérito á los melones?... ¡Bah!... estoy seguro de que don Pedro, que me distingue mucho, no sabe una palabra de esta broma... Si papá lo supiese, ya le arreglaría la cuenta á ese sin vergüenza... Cabalmente, papá es propietario de *La Razón Social*... En encargando el asunto al señor Saladríguez, redactor en jefe de nuestro periódico y corredor de confianza de nuestra casa, ya verían ustedes cómo se formalizaba la broma... ¡Oh! no pararían aquí las cosas... ¿No les parece á ustedes que habría materia para un lance?

— ¿De honor?—dice don Rodrigo.— ¡Quiá, hombre!... Déjese usted de bagatelas... Yo, de usted, para hacer *pendant* con los artículos apoloéticos, escribiría otros sobre los cráneos-melones;... y conociendo el articulista, no habría más que señalarlo al público y le daba usted un disgusto que le dejaría vengado.

— Gracias, doctor; seguiré su consejo... Ya le enviaré algunos ejemplares de mis artículos sobre los melones, y después los recibirá de los que escriba sobre el *cráneo-melón*... Entretanto, será usted considerado como suscriptor honorario de *La Razón Social*.

— Muchas gracias... Lo recibiré con gusto;... hay papeles que son de uso indispensable...

— ¡Zumbón!—dije por lo bajo á don Rodrigo.

— ¿Podremos ver á Merceditas, doctor? Es-

toy seguro de que mi visita le haría un gran bien...

— No lo dudo... Pero la pobrecita está muy acongojada... Padece de locura religiosa... Mírela usted allá... al otro extremo de la alameda. ¿La ve usted? Está arrodillada, los brazos en cruz y la cabeza caída sobre el pecho... Pasa el día confesándose y cumpliendo penitencias. La madre de esta niña es devota de todo fanatismo, y su padre exaltado librepensador... La madre, por temor á las ideas anticlericales del padre, la ha tenido sustraída á toda relación social,... hasta á las naturales de la familia. A la edad de seis años la encerró en el convento, donde ha sido educada. Del convento pasaba al templo y del templo al convento. Así ha pasado la infancia y la pubertad... De altar en altar, del altar al confesonario, del confesonario al altar. Usted, ¿en qué altar la conoció?

— En el de la Purísima Concepción, un día de comunión general... y, vamos...: un día para mirarla... ella me miró también y se ruborizó;... otro día para decirla que la amaba,... en el altar del Santísimo Sacramento;... otro día para entregarle una carta... Ocho días después ya estaba loca; poco después la conducían á este Manicomio... ¿Es ó no cierto que esta niña está loca por mis amores?

— Mucho hay de lo que usted dice;... pero

ya veremos la rebaja... Ciertamente que Merceditas tuvo una gran agitación melancólica al otro día de haber recibido la carta de usted; pero Mercedes ya no era un entendimiento cabal: ya estaba chiflada. Tenía ataques convulsivos, durante los cuales gritaba, lloraba y reía; á lo mejor, la hallaban extasiada, arrobada, insensible á los estímulos más vivos; oraba sin cesar; pasaba las noches arrodillada en la cama, con los brazos en cruz, cual la vemos ahora; se aplicaba en la espalda un trozo de estera, que le servía de cilicio;... confesaba todos los días... Aquel en que usted la habló en el altar del Sacramento, acababa de confesar y comulgar;... al siguiente se confesó el nuevo pecado... El confesor la reprendió severamente... Lo mismo ocurrió al otro día, respecto del pecado de haber recibido la carta de usted,... que no leyó, pues la entregó cerrada á su confesor. Éste extremó la reprimenda, y, con ella, la penitencia... La niña se creyó irremisiblemente condenada al infierno, por haber



hecho malas confesiones;... se le apareció el demonio... y éste, desde entonces, no se le aparta de los ojos... Por lo demás, Mercedes, se lo aseguro á usted, Mercedes no sabe lo que es amor. No ha experimentado jamás este sentimiento verdadero... No tiene noción del hombre. Si amor tuviera, sería incestuoso: no ha conocido otros hombres que á sus padres espiritual y natural;... á éste apenas ha llegado á conocerle:... su madre la ha tenido en el lazareto místico, al abrigo del contagio del librepensamiento... El amor, en Merceditas, no ha causado más impresión que la de un vacío: una vaga necesidad, que jamás se ha definido;... lo cual no es óbice para que la domine un deseo carnal insaciable, un prurito ardoroso, que se desfoga en prácticas libidinosas... La pobre peca; sabe que peca y, no obstante, peca sin cesar;... hace como el sarnoso, que sabe que el rascar agrava su enfermedad y no para de arañarse... Por esto, la infeliz no cesa de confesar... Es la regla general —proteste quien quiera; está en la naturaleza humana y los alienistas lo tenemos bien observado,—religiosidad extremada, misticismo fanático, reiteración frecuente de confesiones, en entendimientos débiles, sin distinción de sexos, son hechos que arguyen placeres solitarios... la antítesis del amor... No hay amor sin persona amada... sin compañía... El Amor en

la soledad no es pasión, sino brutal concupiscencia.

— De manera, — replicó Aureliano, — que piensa usted que Mercedes no me ama... ¿Qué efecto cree que le causaría mi vista?...

— Lo que la del diablo... ¿No ve usted que no piensa sino en el pecado, ni siente más que por el pecado?... La vista de usted no podría dejar de avivar en ella la idea del pecado, y como en ella pecado y demonio se confunden en un solo pensamiento, la persona de usted, evocadora del pecado, sería evocadora del demonio.

— Don Rodrigo, — repuse yo viendo la maña que se daba el médico en apagar los *fuegos fatuos* de Romo: — ustedes, los domadores de locos, ¿son también domadores de tontos?

— ¿Qué dirección lleva esta pregunta? — dice el doctor.

— Dígolo al tanto de que parece que ustedes no tratan sino de hacernos tragar muchas bolas... Veamos: siendo tan simpática, como lo es, la figura de Aureliano, ¿cómo habría de perjudicarle á la niña la vista de un buen mozo?

Entretanto nos habíamos aproximado notablemente al sitio donde se hallaba Mercedes. Romo, alentado por mis palabras, traspuso un seto que hasta entonces nos había ocultado de

la vista de la joven; y se echó á correr hacia ella. El doctor León, alarmado por tan inesperada inconveniencia, gritó:

— ¡Joven! ¡Por Dios, joven!... que me compromete usted mucho... ¡Aureliano! ¡Aureliano!

Aureliano se hizo el sueco... En previsión de las consecuencias, el doctor se echó á correr también; mas no por el camino de Aureliano, sino para dar aviso á las hermanas de guardia, que estaban algo separadas del sitio donde se hallaba Mercedes.



La escena que ante mis ojos vino á desarrollarse acabó de hacer la apología de la ciencia y experiencia del médico interno, probándose, una vez más, que el doctor Libe sabía sacar buenos discípulos... Tan pronto la niña divisó al imprudente Romo, quedóse extática; los ojos grandemente abiertos, la boca embobada: todo como si quisiese cerciorarse de la realidad de lo que veía... Dió un grito de terror; se mesaba con furia la caballera, con lo cual sus largas trenzas quedaron deshechas... y, sin parar de dar alaridos, emprendió

una fuga desatentada... ¡Era una furia perseguida: una figura digna del lápiz de Gustavo Doré!

Al final de la avenida, la joven cayó en brazos de las hermanas;... el doctor estaba ya allí para disponer lo conveniente... Cuanto al infeliz Romo, le estuvo bien empleado: espantado del aspecto de Mercedes, declaróse en presurosa retirada

y, al escapar por el boquete que antes abriera en el seto, dió de bruces en tierra... Fuí á socorrerle: sólo se había contundido la nariz;... pero estaba muy espantado...

Condújele al lago, lavéle la cara, le refresqué la nariz y limpiéle los vestidos de la arena que se había puesto en la caída.

— Gracias, amigo, — me dijo. — Que no lo sepa don Felipe;... se lo diría á papá... Dile al médico que no se lo cuente á nadie.

En cuanto a mí — pensé — ya verás cómo me lo callo.

Arreglado el talante de mi condiscípulo, fuimos á reunirnos con los otros periodistas, que en aquel entonces visitaban la capilla.

Era ésta de mayores proporciones de lo que

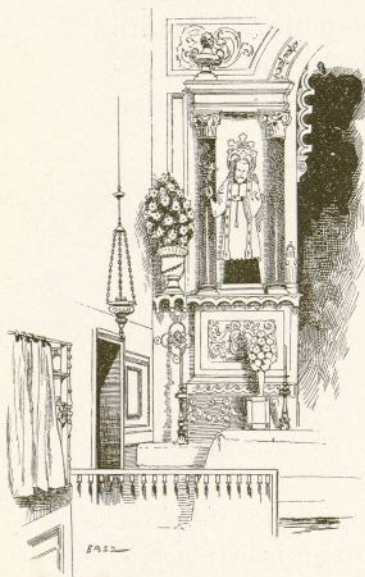


podiera pensarse teniendo en cuenta la reducida población á que estaba destinada... Luego me acordé de que su importancia debía ser mayor, para el culto de la comunidad de hermanas de la

Caridad que prestan servicio en el asilo. El altar era nuevo, pintado y dorado, de estilo churrigueresco, recargado de esculturas primorosas, que eran obra perseverante de un maníaco tallista, que encontraba solaz en sus penosas alucinaciones ocupándose en su oficio. Desde el plan terreno, se pasaba al presbiterio por una escalinata y había otras dos colaterales que daban acceso á las tribunas destinadas á los enfermos.

Dos simples visillos corridos, de lana adamascada, bastaban para que hombres y mujeres, desde su respectiva tribuna, no pudiesen verse, aun concurriendo simultáneamente al templo.

Don Benito y el Reverendo don Cicimbrio estaban arrodillados en el presbiterio; los demás periodistas, con el Director, conversaban, á media voz, en la sacristía. Como la oración de



don Benito se prolongara en demasía y el apetito de los visitantes aumentaba en proporciones geométricas, empezaron éstos á desfilár, dirigiéndose al departamento de hombres por una puerta que sale á los comedores. Quedéme yo, con el pretexto de ofrecer el agua bendita á los remanentes, bien que era otro mi propósito: el de conocer cómo opinaba de la locura y de los locos el representante de la escuela política tradicionalista. Acertado anduve, pues á los cinco minutos salieron don Benito y el capellán, quienes recibieron de mis dedos el bendito líquido, se santiguaron, y llegando al dintel de la puerta, el Director de *Las Tradiciones*, después de besar la mano á don Cicimbrio, se expresó en los siguientes términos:

— ¡Qué gran consuelo, don Cicimbrio, en medio de la iniquidad de que está repleto el mundo, hallar en el seno de este benéfico asilo la enseña gloriosa de la santa Religión!... La locura, enfermedad del alma, obra del pecado y de la falta de creencias, ¿donde, sino en la Religión, encontraría auxilios eficaces? El retiro, la soledad, la contemplación y las oraciones, calman las tempestades del espíritu... ¿Qué es la locura, sino una tempestad del alma? Usted, con su sagrado ministerio, y las Reverendas Hermanas de la Caridad, con su piadoso celo, deben ser el eje y la piedra fundamental

del Manicomio... Con pláticas religiosas, con sermones, con el ayuno y la penitencia y confesando y comulgando, la mente halla reposo y la conciencia tranquilidad... ¿Frecuentan la Eucaristía los alienados?

— No, señor, y no sólo no la frecuentan, sino que, por punto general, les está prohibido este sacramento... Concurren á las funciones religiosas los que tienen devoción y discernimiento bastantes... Para estas cosas, aquí no hay más criterio que el del señor Director.

— Entonces, el ministerio de usted resulta muy reducido...

— No tanto como podría usted imaginarse... Los consuelos de la religión se administran individualmente, y siempre en el modo y forma que prescriben los médicos... Éstos son los que entienden de las enfermedades de la mente... Porque, la verdad, locura y pecado son cosas muy distintas, tanto como la locura y el delito. La confesión lava los pecados y las faltas que cometemos con conocimiento y responsabilidad: el loco no puede pecar, porque carece de ambas cosas. La locura es un padecimiento, no un delito ni un pecado.

Oyendo estos razonamientos, que me parecieron muy discretos, don Benito sacó de su faltriquera un inconmensurable pañuelo de hierbas, sonóse su bien nutrida nariz y sorbió un

gran polvo, recién extraído de su holgada tabaquera de plata.

A tiempo llegó un camarero con el aviso de pasar al comedor, donde era esperada nuestra presencia; á tiempo, digo, porque, rehecho el señor Pueyo de la sorpresa que le causaran las palabras del cura, pensé que iba á enzarzarse por las altas cumbres de la Teología moral... y entonces teníamos para mucho rato.

.

Estuvo la mesa bien servida; la comida, si no espléndida, opípara, descollando entre los platos un salmón enjaezado de manera original, que hubo de llamar la atención de los comensales: su cuerpo estaba cubierto de rosas y camelias, cuyas primeras y únicas materias eran el rábano ó la zanahoria; una larga cadena de esta última misma substancia pasaba, á modo de freno, por la boca del pescado y, después de arrollarse en las aletas, terminaba con dos preciosas rosas en la cola. Era un Prometeo culinario, amarrado á la fuente, que abría el



apetito: en cada comensal encontró un buitre... Hasta tanto que no se presentó el pescado y con él el Sauternes, reinó silencio bromatológico en la mesa. — Se veía que el hambre había llegado á los más altos grados de la elocuencia. — Como es regla en semejantes casos, la conversación se fué generalizando y el ingenio sacando punta; las voces en *crescendo*, hasta que sobrevinieron los alegres estampidos del Champagne de las marcas más afamadas. Éstos dieron la señal de principiar los brindis... Iba á levantarse don Pedro, cuando el doctor Libe, que ocupaba la cabecera, pidió permiso para hacer una proposición.

— Señores, — dijo. — La comida es una necesidad del cuerpo... Ya la hemos satisfecho... Los brindis son un lujo del alma... No nos olvidemos de que, junto á nosotros, están esos infelices, anegados en las penas de la locura;... ¡Son nuestros hermanos, nuestros desdichados hermanos!... Ya que el buen comer y el buen beber fomentan los sentimientos generosos, asociémonos á sus pesares... No brindemos, ó mejor, unámonos todos en un solo brindis:... brindemos para que el mundo conozca al loco, y, conociéndole, le compadezca, le atienda y le cuide como enfermo. ¡Quién sabe si un día necesitaremos para nosotros el beneficio de estos sentimientos!

Las palabras del Director han sido recibidas con verdadero entusiasmo. De los párpados de don Pedro y de don Felipe se desprendían lágrimas de ternura, que me los han hecho muy simpáticos.

Don Benito, que también se había conmovido, añadió:

— Pero, señores, bendigamos las obras de Dios.

— Benditas sean, — dijimos todos.

— Ya que no hay brindis, y me parece muy bien, — repuso don Pedro, — podríamos emplear la sobremesa ocupándonos de la Memoria de nuestro compañero Martínez... Ahí está el documento...

— ¡Que se lea! ¡que se lea! — dijimos todos á un tiempo.

— ¿El señor Director lo permite?

— No hay reparo... Ya verán ustedes cómo ahora respira la locura.

Lo substancial de la Memoria-proyecto de don Alberto consistía en lo siguiente:

1.º Todo el periodismo político de la capital se comprometía á contribuir con sus fuerzas y caudales á la creación de un periódico único, que se titularía *El Polícromo*, en razón á que aparecería con todos los colores de la política.

2.º Todos los periódicos políticos que hoy día hacen la campaña en la capital, cesarían

en su publicación el mismo día en que aparecería el primer número del *Policromo*.

3.º *El Policromo* tendría tres ediciones diarias: matutina, vespertina y nocturna, y constaría de tantos artículos doctrinales cuantos fueren los matices políticos de la Nación; habría una sección de *polémica*, en la cual cada redactor defendería sus opiniones desde el punto de vista de la escuela á que estuviese afiliado.

4.º El periódico no constaría más que de una sección, en lo referente á las materias que no son objeto de debate: afecciones atmosféricas, movimiento de la población, santo del día, cuarenta horas, sucesos de la localidad, oscilaciones de la Bolsa, espectáculos públicos, avisos, anuncios y telegramas... De ahí un ahorro inmenso en la composición y tirada del periódico.

5.º No habiendo más que un periódico en la capital, la suscripción sería única. De ella se pagarían los gastos de edición, correspondencias, telegramas y reparto, y los beneficios se repartirían alícuotamente entre los periodistas.

Esta *fusión* se hacía extensiva á los artistas: dibujantes y pintores convendrían en lo siguiente:

Cada artista profesaría una sola especialidad. Cuando, por ejemplo, se tratase de hacer

un retrato, uno dibujaría la cara, otro el brazo izquierdo, otro el brazo derecho, otro el tronco, otro la pierna derecha, y otro la izquierda. Del mismo modo procederían los pintores. Si se tratase de dibujar ó pintar un árbol ó un jardín, uno pintaría ó dibujaría los troncos, otro las ramas, otro las hojas, otro las flores y otro los frutos; si del dibujo de una casa, éste pintaría ó dibujaría el edificio, el otro los balcones, el otro las puertas, etc... El producto de las obras de arte se repartiría por igual entre todos los artistas.

El Gobierno perseguiría, llevándole á los tribunales, á cualquier periodista, dibujante ó pintor que ejerciese sin haberse convenido ó que, de haberlo hecho, faltase á la conformidad del convenio.

El proyecto de don Alberto fué al principio sonreído; luego después *reído*, y últimamente *carcajeado* por todos los periodistas, no siendo de los menos expresivos en estas manifestaciones hilarantes el señor don Eugenio de Guzmán, quien se apresuró á decir:



— Señores: declaro solemnemente, que pretender juzgar de la chifladura de un sujeto, no puede ser obra del sentido vulgar. El sentido común — y éste pretendo tenerlo yo — de nada sirve para esta determinación... Hace poco tenía en concepto de cuerdo á Martínez;... hasta llegué á dudar del doctor Libe... Ahora digo: que para entender de trastornos de la mente, es indispensable ser médico... y médico alienista.

A una indicación del doctor Libe, hubo un levantamiento general de la sesión trofológica, seguido de recíprocas acciones de gracias y ofrecimientos. Los periodistas salían con el semblante satisfecho... Pero hubo una escena cómica, aunque íntima.

— Don Eugenio,—dijo al director de *La Ley Marcial* llamándole aparte, el doctor León.— Si usted me lo permitiese, le haría una observación...

— ¿Cuál?

— Que lleva un fideo en la cinta.

— ¿Qué cinta?

— La de la condecoración...

— ¡Ah!... tantas gracias... Ha sido una casualidad... Pero ruego á usted no se lo cuente á nadie.

Por lo visto, don Rodrigo iba convirtiéndose en depositario de secretos periodísticos... Yo le acababa de encargar secreto por la aven-

tura de Romo... Él, en cambio, me ha referido el secreto de don Eugenio... Yo, lector, te lo cuento también... pero secretamente... confiado en tu discreta secretividad.

.
Media hora después de haberse despedido la Prensa, me despidieron á mí... ¡Qué satisfacción!... Cuando me despedía del Director, vi que éste escribía en mi hoja clínica: «Día 24 de Noviembre: Alta; perfectamente curado».

.
El 26 de Diciembre, día de San Esteban proto-mártir, se efectuaba nuestra boda, siendo testigos don Agapito Zuriago y don Rodrigo de León, este último en representación del doctor Libe. La bendición nupcial corrió á cargo del Reverendo don Cicimbrio Nasturcio.

Se pasó alegre el día... Hubo buena comida; en la velada concierto y baile por la noche, etcétera, etc.

.
Tres semanas después, en plena luna de miel, Rosita y yo habíamos recorrido la Italia y la Suiza y nos hallábamos en París, ocupando una de las mejores habitaciones del *Grand Hôtel*. Eran las diez de la mañana; el camarero entró mi correspondencia... Entre varias cartas, había un número de *El Radical*, que dirigía don Pedro

Llanos... Un suelto de la crónica local, señalado con tinta roja, decía:

«Sor Angélica, que iba á tomar el velo en el Convento de Madres Inocentes, de L..., desapareció, hace tres días, del religioso asilo. Dícese que su evasión ha sido preparada por el hijo del sacristán, quien también ha desaparecido. Coméntase que se trata de un compromiso hipogástrico, cuya solución, según esperan los interesados, verá la luz en Buenos Aires, si la travesía no es muy largá... ¡Que la bendición del Señor venga sobre la emigrante pareja, y que sea en enmienda de sus errores y en desagravio de la moral!»



NOTAS EXPLICATIVAS



NOTAS EXPLICATIVAS

1. ULTRAFRENIA.—Nombre adoptado por ser sinfónico de *Ultratumba* — *Memorias de Ultratumba*, de Chateaubriand. — Voz latino-griega, compuesta de *ultra*, más allá, y *fren*, razón ó espíritu. *Más allá de la razón* está la Locura; que no debe confundirse con la *Imbecilidad*, deficiencia del desarrollo mental, ni con la *Demencia*, disminución ó pérdida de aptitudes mentales.
2. TRAGALUCES RECTILÍNEOS ENTRECruzADOS. — Son los nervios *ópticos*, que, desde las retinas, membranas nerviosas en donde se pintan las imágenes en el fondo de los globos oculares, transmiten las impresiones luminosas al sensorio, después de haberse entrecruzado las fibras de dichos nervios de una manera especial, por debajo del cerebro, formando el *Kiasma*.
3. LOS LABERÍNTICOS SENDEROS DE LA ACÚSTICA.— El *oído interno*, sitio donde tiene lugar la impresión nerviosa de los sonidos, se llama también *Laberinto*, y consta de una pequeña cavidad llamada *Vestíbulo*, de tres *conductos semicirculares* — dos verticales y uno horizontal — y además de otra cavidad, que re-

produce exactamente la de un *caracol*, en la cual se ve un tabique, que la subdivide en dos, llamadas *escalas*. Por éstas se distribuye el nervio *Auditivo*, ó *Acústico*, formando unas pequeñas prolongaciones, comparables á las teclas de un piano, y constituyendo lo que se llama el *órgano de Corty*.

4. EL HERMOSO SOL DE RIDLEY.—La substancia nerviosa que constituye el encéfalo, es en parte *gris* y en parte *blanca*. La parte *blanca* está formada de *tubos nerviosos*, á los cuales se atribuye la propiedad de conducir las impresiones sensitivas y las determinaciones del movimiento. Esta *substancia blanca* proviene de la *médula espinal*; atraviesa unos abultamientos, nerviosos también, que se llaman el *bulbo raquídeo* y el *istmo del encéfalo*, y al pasar por ellos se engruesa, continuando hacia el cerebro, formando dos haces, que se llaman *pedúnculos cerebrales*. Estos — uno para cada hemisferio cerebral — penetran en unos grupos de substancia gris, que se llaman *tálamos ópticos*, y atraviesan luego otros núcleos, grises también, llamados *cuerpos estriados*. Desde aquí, los grandes haces de tubos nerviosos se separan, para extenderse por todo el seno de los hemisferios y penetrar en las *circunvoluciones* cerebrales: esta expansión de los *pedúnculos cerebrales* se llama *sol de Ridley*.
5. VESANIA.—Igual á mente insana, ó *Locura*.
6. EULOGIO HIGIOFRÉN.—De *eu*, fácil, ó bien, y *logos*, discurso. — *Eulogio*: que habla bien. — *Higiofrén*: de *Higios*, sano, y *fren*, mente ó espíritu. — *Eulogio Higiofrén*: que habla bien y que tiene sana la mente.
7. EL VENTRÍCULO MEDIO, etc.—El *ventriculo medio* es una cavidad ó espacio comprendido entre la parte más baja de los dos hemisferios cerebrales, la cual, á derecha y á izquierda, comunica con otra cavidad, labrada

en el espesor de cada hemisferio, que recibe el nombre de *ventrículo lateral* — derecho é izquierdo. — Los *tálamos ópticos*, uno en cada hemisferio, al paso que se hallan en los ventrículos laterales, constituyen las paredes externas del *ventrículo medio*; el *tálamo óptico*, núcleo del encéfalo, se cree que es el punto donde converge toda la función cerebral *consciente*; de donde que se suponga emplazado en este sitio el *Palacio de la Conciencia*. En la parte posterior del *ventrículo medio* se encuentra la abertura de un conducto que pone en comunicación este ventrículo — llamado también *tercero* — con el *cuarto*, ó del *cerebelo*: es el *acueducto de Sylvio*. Á la entrada de este conducto, por el lado del ventrículo medio, se halla un cuerpecito de substancia gris, de la figura y tamaño de un corazón de pajarito, que recibe el nombre de *glándula pineal*, la cual se halla envuelta en los repliegues de una tela ó membrana vascular, llamada *tela coroidea*.

8. La NACARADA TIENDA, LA TIENDA DEL CEREBELO. — Es una membrana fibrosa, muy resistente y de color blanco nacarado, que separa, por atrás, el *Cerebro* del *Cerebelo*. El *ventrículo cerebeloso*, ó *cuarto ventrículo*, se halla debajo de la tienda, y forma una cavidad de figura romboidal. Por arriba, comunica con el *ventrículo medio*, por el *acueducto de Sylvio*, y por abajo, con un conductito que corre á lo largo de toda la médula, por una hendidura triangular, que forma la punta del *cálamus scriptorius*. Este *cálamus scriptorius*, ó *pluma de escribir*, es la que usa *Eulogio*, autor de las MEMORIAS: las barbas de esta pluma, son las raíces de los nervios *auditivos*. El suelo del *ventrículo del Cerebelo* está tapizado de substancia nerviosa, de color gris, sobre la cual se extiende una cubierta de un tejido más denso, que se llama *epén-*

dima. Levantando esta substancia gris, se descubre otra, de color más obscuro, llamada *substancia negra de Sæmmering*. Esta es la materia atramentaria que *Eulogio* deslíe con agua procedente del acueducto de *Sylvio*, y, por consiguiente, del ventrículo medio, para escribir sus MEMORIAS.

9. HIGIOFRENIA. — *Higios*, salud, y *fren*, razón ó mente.
10. OLIGOFRENIA y AFRENIA. — *Oligos*, poco, y *fren*, razón ó mente. — *A*, privativo, y *fren*, razón ó mente.
11. FRENALGIA. — De *algia*, dolor, y *fren*, razón ó mente: dolor moral, tristeza ó melancolía. — HIPERFRENIA: De *hiper*, sobre, y *fren*, mente, ó espíritu: sobreexcitación de la mente. — IDEOFRENIA: equivalente á delirio. — FRENOPLEXIA: Parálisis de la mente, ó sea *estupor* ó *éxtasis*.
12. ENOS. — Vino.
13. HEMA. — Sangre.
14. HIDOR. — Agua.
15. SALVIA, VALERIANA y ÁRNICA. — Plantas reputadas encefálicas, porque despejan el cerebro y la inteligencia.
16. ESTRAMONIO, BELEÑO, BELLADONA. — Plantas que determinan perturbaciones mentales y, sobre todo, alucinaciones.
17. ELÉBORO BLANCO y MANDRÁGORA. — Plantas usadas en la más remota antigüedad para combatir la locura.
18. REFLEJISMOS NERVIOSOS, CEREBRACIONES INCONSCIENTES, AUTOMATISMOS CEREBRALES. — Funciones del cerebro que no tienen trasunto en la *Conciencia*.
19. ENCEFALITIS, MENINGITIS, etc. — Todas las terminaciones en *itis*, según el lenguaje de la Patología, significan inflamación.

20. TRAUMA.— Todo lo que obra, mecánica ó químicamente, de manera violenta, destruyendo los tejidos vivos.
21. AGAPITO.— Del griego, *Agapi*, amor. El doctor don *Agapito Zuriaga*, eminente catedrático de Anatomía de la Universidad de Valencia, contemporáneo, que escribió un buen tratado sobre la mencionada asignatura.
22. ARDILLA.— En catalán se llama *Esquirol*, nombre del gran frenópata discípulo de Pinel.
23. PTIALITA.— Representante del sentido del gusto; la saliva tiene un fermento llamado *ptialina*.
24. PSICOFRÍGIDA.— De *Psicos* ó *psiquè*, espíritu, y *frigidus a. um*, cosa fría.
25. PSICOCÁLIDA.— De *Psicos* ó *psiquè*, espíritu, y *cálidus a. um*, cosa caliente.
26. MANÍA, ó locura exaltante.
27. PARÁLISIS GENERAL.— Locura, de ordinario acompañada de delirio de grandezas, con pérdida gradual y progresiva de las aptitudes mentales, así como de los movimientos: llámase también *parálisis general progresiva*.
28. PLEXO COROIDES.— Una porción de la membrana vascular — *piamadre* — que tapiza directamente al cerebro, la cual forma repliegues en los ventrículos laterales.— ESPOLÓN DE MORAND.— Una circunvolución cerebral, vuelta del revés, que se encuentra en un recodo de los ventrículos laterales. (Véase nota 7.^a).
29. LA CÁPSULA INTERNA.— Hacedillos de substancia blanca, que atraviesan, radiando, los núcleos de substancia gris de los *cuerpos estriados* del núcleo del encéfalo.
30. El autor de esta locución es el Dr. D. José de Letamendi; la escribió en la portada del álbum de un manicomio.
31. AB INGESTIS.— De las cosas ingeridas ó comidas.

32. NOSTALGIA. — Extrañamiento del país ó de la familia.
 33. LA PARRILLA METACARPIANA. — La parte media de la mano, llamada *metacarpo*, está formada de cinco huesos, casi paralelos entre sí, lo cual da al metacarpo la figura de parrilla.
 34. SULFONAL. — Medicamento moderno, que provoca el sueño y de útiles aplicaciones en el tratamiento de las enfermedades mentales.
 35. HENDIDURA DE BICHAT. — Espacio linear, circunscrito por arriba por los lóbulos posteriores de los hemisferios cerebrales, y por abajo, por los lóbulos laterales del cerebelo.
 36. VENTRÍCULO QUINTO, ó DE CUVIER. — Así se llama á un pequeño espacio, circunscrito — como dice el texto — entre las hojillas del *septum lúcidum*, que es un tabique membranoso, el cual separa entre sí, por su parte más alta, á los ventrículos laterales del cerebro.
 37. ROLANDO EL FURIOSO. — Onomatopeya de *Orlando el Furioso*; la *cisura de Rolando* es una de las más notables de la cara externa de los hemisferios cerebrales.
 38. FUERZA MEDICATRIZ. — Supuesta fuerza, á la cual la escuela vitalista atribuye la dirección de los movimientos curativos del organismo.
-

ÍNDICE

| | Págs. |
|--|-------|
| MOTIVO, OBJETO Y FIN DE ESTE LIBRO | 5 |

ANTECEDENTES

| | |
|---|----|
| I...—Un mito que, por ahora, le vendrá al lector un tanto holgado. | 9 |
| II...—De niño á hombre. | 13 |
| III...—Fuego en la mecha.—Escarceos en los mares de Cupido. | 19 |
| IV...—El observatorio geográfico del Amor. | 27 |
| V...—Aplicación de las asignaturas del Bachillerato. | 35 |
| VI...—De cómo el clero parroquial se interesa por la higiene pública. | 41 |
| VII...—Amor y luna.—El rayo de la divina cólera. | 47 |

LA LOCURA POR DENTRO

| | |
|--|-----|
| I...—Entra en materia.—Ego sum. | 57 |
| II...—Apuntes topográficos de Ultrafrenia. | 63 |
| III...—La Demografía de Ultrafrenia.—Los ultrafrenoides. | 77 |
| IV...—Los ultrafrenenses. | 83 |
| V...—Un galimatías.—Tempestad en puerta.—¡Orden! ¡Orden! | 93 |
| VI...—Entre Galenos. | 107 |
| VII...—Un documento parlamentario. | 121 |
| VIII...—Las Vesanas. | 131 |

| | Págs. |
|---|-------|
| IX....—Lord Spleen. | 143 |
| X....—Noticias de Extra-Cerebro. | 151 |
| XI....—La Gran Locura, ó sea la obra de los Delirios é Impulsos. | 161 |
| XII....—La Estafeta de Ultrafrenia. | 171 |
| XIII....—Continúa la Gran Locura ó sea la obra de los Delirios é Impulsos. | 179 |
| XIV....—Deshielo y una aurora boreal en Cerebrópolis. | 187 |
| XV....—Los Delirios en derrota.—La última trinchera. | 195 |
| XVI....—Ya escampa. | 205 |
| XVII....—La última escaramuza.—Hipnotismo y suges- tión. | 213 |
| XVIII.—Atar cabos. | 225 |

LA LOCURA DESDE FUERA

| | |
|--|-----|
| I....—Del lago al comedor.—Dos megalomanías. | 239 |
| II....—¡¡No restrain!! | 251 |
| III....—Lo que tiene fiarse de locos. | 269 |
| IV....—Periodistas en el Manicomio. | 285 |
| V....—Como acaba. | 309 |
| NOTAS EXPLICATIVAS. | 333 |

OBRAS DEL AUTOR

APUNTES DE ANATOMÍA GENERAL, sacados de las lecciones dadas por el Dr. Giné en la Escuela libre del Instituto Médico de Barcelona. — 4 pesetas.

CUADROS SINÓPTICOS DE ANATOMÍA DESCRIPTIVA, que comprenden la *Artrología, Miología, Arteriología, Flebología y Neurología*. — 5 pesetas.

NECESIDAD LÓGICA DE AMPLIAR LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS. — Memoria leída en la Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona. — 0'50 pesetas.

DEL EMPLEO DEL ÁCIDO FÉNICO EN LOS EMBALSAMAMIENTOS HUMANOS. — (Agotada).

COMPENDIO DE ANATOMÍA MÉDICO-QUIRÚRGICA. — *Un tomo en 4.º mayor*, 6 pesetas.

TRATADO DE HIGIENE RURAL. — *Un tomo en 4.º mayor*, 4 pesetas. — (Agotada).

CURSO ELEMENTAL DE HIGIENE PRIVADA Y PÚBLICA. —
Obra laureada por la Real Academia de Medicina de Madrid. — Cuarta edición, anotada por el doctor D. Rafael Rodríguez Méndez, catedrático de Higiene de la Facultad de Medicina de Barcelona. — *Cuatro tomos en 4.º mayor, 25 pesetas.*

PROYECTO RELATIVO Á LA VERIFICACIÓN DE LAS DEFUNCIONES É INSTALACIÓN DE CASAS DE SOCORRO EN BARCELONA. — Una peseta.

INDICE HIGIÉNICO, MORAL É INTELECTUAL DE UN PUEBLO. — Discurso. — Una peseta.

ARMONÍAS ENTRE LA HIGIENE Y LA LIBERTAD. — Discurso. — Una peseta.

TRATADO CLÍNICO ICONOGRÁFICO DE DERMATOLOGÍA QUIRÚRGICA. — *Un volumen en 4.º, de 840 páginas y atlas de 48 figuras cromolitografiadas, cinco litografías y tres fotografías.* — 16 pesetas.

TRATADO CLÍNICO ICONOGRÁFICO DE LAS ENFERMEDADES VENÉREAS Y SIFILÍTICAS. — *Un volumen de 600 páginas, con 16 láminas cromolitografiadas.* — 16 pesetas.

ESTUDIOS SOBRE LA SECCIÓN POR LIGADURA ELÁSTICA. — Una peseta.

LA FAMILIA DE LOS ONKOS. — Novela científica ilustrada. — 5 pesetas.

TRATADO TEÓRICO-PRÁCTICO DE FRENOPATOLOGÍA. —
Un tomo en 4.º prolongado, de 600 páginas.—10
pesetas.

HOMOLOGÍA Y HETEROLOGÍA FRENOPÁTICAS. — *Un tomo
de 200 páginas.* — 2 pesetas.

UN VIAJE Á CEREBRÓPOLIS. — (Agotada).

EL CORAZÓN DEL ORATE. — Discurso. — Una peseta.

EL CÓDIGO PENAL Y LA FRENOPATOLOGÍA. — Una
peseta.

LECCIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA MEDICINA. — *Un
tomo de 400 páginas, 5 pesetas.* — (Agotada).

EDIFICIO SINÓPTICO-HISTÓRICO DE LA MEDICINA. — Re-
presentación gráfica de la historia de esta cien-
cia. — 5 pesetas.

IMPRESA
DE
HENRICH Y CA
EN COMANDITA
SUC. DE RAMIREZ Y C.^a

Paseo Escudillers, 4